



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.

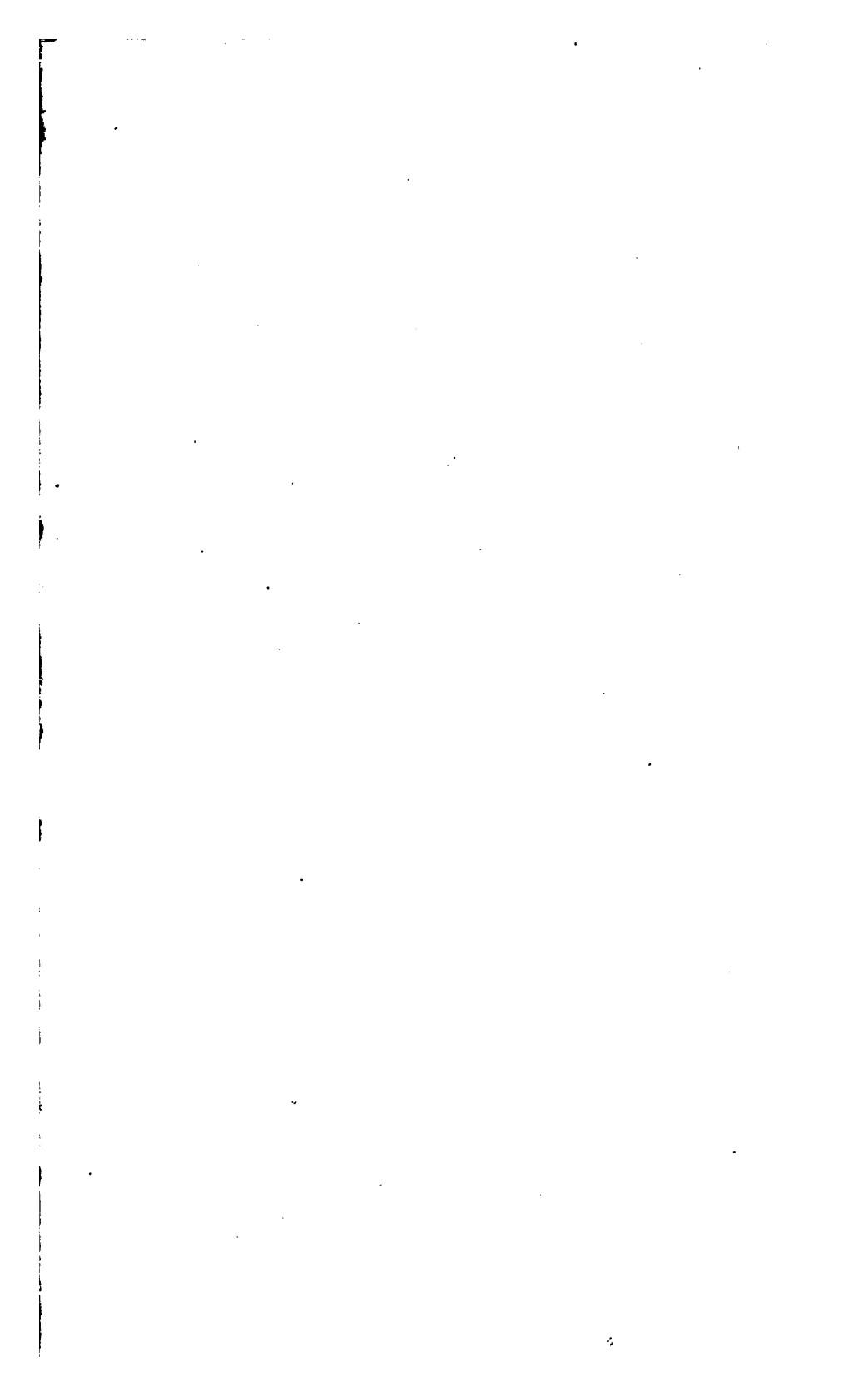
Class





86/iv
812..

12031

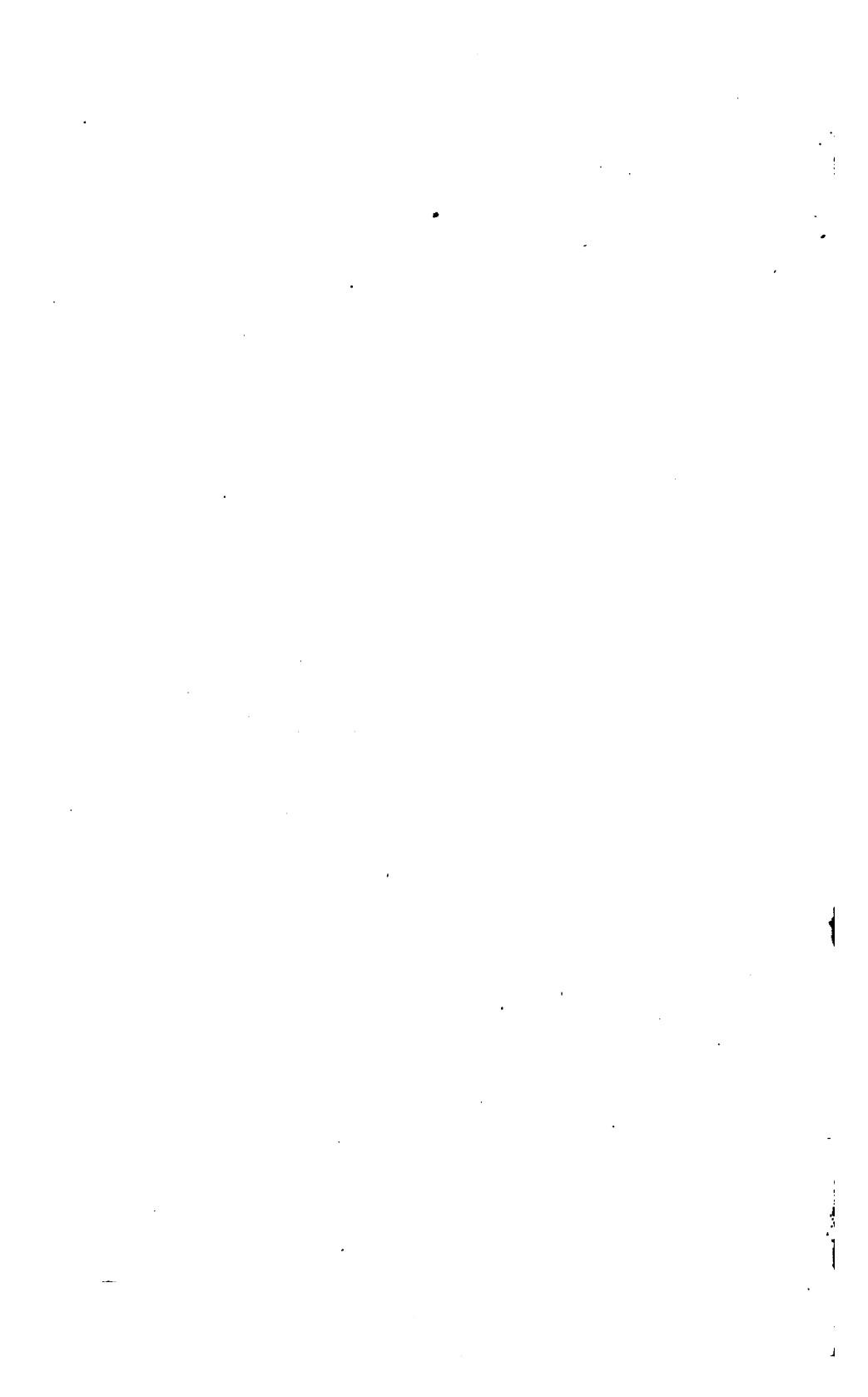




LA PROVINCIA DE VALDIVIA

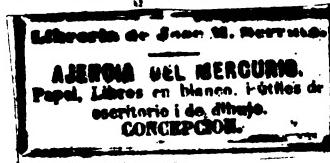
I

LOS ARAUCANOS.



LA
PROVINCIA DE VALDIVIA
I LOS
ARAUCANOS
POR

PABLO TREUTLER.



SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA,
CALLE DE LA CENIZA, NÚM. 25.

— 1861 —

F3246
o T8

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE LEERSE.
IX	21	relucion	resolucion
XV	23	servicies	servicios
22	13	dic ha	dicha
34	9	ausiliasen	auxiliasen
35	1	vogar	bogar
36	6	manzanares	manzanales
37	4	serrania	cerrania
42	16	tupidos montes de quillantales	tupidos montes
43	4	guazos	huazos
45	2	36° 44'	37° 44'
46	17	Callumapu	Cayumapu
"	22	Pangnipulli	Pagipulli
47	26	árbol que	que
48	19	votarlos	botarlos
72	1	araucanía	Araucanía
73	9	muchos	algunos
82	24	embrabecido	embravecido
86	6	arberja	alveja
87	10	tenia tenia	tenia
"	25	Tolten	Imperial
455	2	Putuve	Putuć
159	22	Pelegue	Pelehue
162	3	Suulsudi	Imulsudi
"	16	Cayan	Cuyan
171	24	al cacique	para el cacique
172	27	de uno	del uno

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva, conforme a la ley,
los derechos de reproducción i traducción, tanto en el país, como en el es-
tranjero.



AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DON MANUEL MONTT.

EXMO. SEÑOR :

Al escribir este trabajo sobre la provincia de Valdivia i el territorio Araucano, he creido que a nadie podia dedicarlo mejor que al digno jefe de la República, bajo cuyo gobierno se ha inaugurado para esas comarcas una era de felicidad i porvenir que por la marcha sola de las cosas les hubiera sido difícil alcanzar.

Yo, débil obrero, despues de haber luchado con mil obstáculos i peligros, vengo a someter a V. E. el resultado de mis trabajos i esploraciones en la parte meridional de la República. Si ellos pueden servir de algo al pais, V. E. mejor que nadie sabrá aprovechar el grano de arena que se atreve a ofrecerle

S. Obte. S. S.

Pablo Treutler.

6

INTRODUCCION.

Séame permitido, ántes de entrar en la relacion de mis viajes por la parte mas rica i hermosa del territorio chileno, decir algo acerca de mi persona para esplicar los antecedentes de la obra que ahora ofrezco al país de mis afecções como un débil tributo por la jenerosa hospitalidad que en él he recibido.

Nacido el año de 1822 en uno de los castillos que posee mi familia en la parte mas fértil i pintorezca de la Silesia, provincia del reino de Prusia situada al pié de una hermosa

i nevada montaña que la separa del Austria, me consagré desde muy temprano al estudio de las ciencias naturales, principalmente de la minería, cuya aplicación debía hacer mas tarde en algunos de los establecimientos de este género que poseía mi padre.

Apénas hubo concluido mis estudios en el instituto de una ciudad vecina, entré en la carrera práctica del servicio del rei i trabajé durante dos años, según lo prescribe la ordenanza de mi país, en diferentes minerales.

En 1840 visité la Universidad de Berlin, siguiendo en ella con detención e interés los cursos de mineralogía, química, geología etc., bajo la dirección de los célebres profesores Weiss, Mitscherlich, Schubart i otras distinguidas reputaciones.

Después de algún tiempo de constante dedicación a esos estudios, comenzé una serie no interrumpida de viajes científicos i provechosos, recorriendo en el espacio de cuatro años la Francia, Inglaterra, Bélgica, Austria i Alemania.

En 1846 tomé la dirección de una hacienda i de varias minas i establecimientos de fundición de mi padre, todo lo cual seguí administrando cerca de seis años.

En 1854, cuando tenía lugar la célebre exposición universal de Londres, hice a esa ciudad un viaje con la mira de observar lo que podría llamarse con mucha verdad el maravilloso certámen de la naturaleza i del arte. Entonces tuve ocasión de admirar las preciosas muestras de minerales enviadas de América, i entre éstas las de Copiapó que aparecían como las más ricas i admiradas.

Entusiasmado con la riqueza prodigiosa que la fama había

dado a tales minerales, riqueza de la cual tenía un testimonio fehaciente en aquella infinita variedad de piedras, determiné emprender un viaje a la América del Sur, i, creyendo emplear en él solo el término de dos años, salí de Hamburgo con dirección a Chile, pensando recorrer en breve este país, Bolivia, Perú, Centro-América, Méjico, California i Australia, i volver mas tarde a mi patria, por el Egipto, visitando el mar Mediterráneo i la Italia.

En enero de 1852 arribé a Valparaíso, donde permanecí varias semanas, al cabo de las cuales me diriji a Copiapó. Siete años residí en esta última ciudad entregado enteramente a especulaciones mineras, i si bien la suerte se manifestó propicia conmigo en un principio, mas adelante tuve que sufrir el peso de sus desdenes i pagar con usura sus favores.

Agobiado por un cúmulo de contratiempos, que no estaba en mi mano evitar i viendo a cada paso evaporarse mis más risueñas esperanzas, disponíame a regresar a Europa con el propósito de organizar una compañía, que, provista de máquinas i capitales, me pusiese en aptitud de reparar las grandes pérdidas que había experimentado en la explotación de minas. De vuelta a Valparaíso, cambió, sin embargo, de resolución: muchas personas me aconsejaron allí que hiciese una excursión a la provincia de Valdivia, en la cual, segun las tradiciones i los informes de concienzudos historiadores, se encontraban ricos minerales, que, habiendo sido beneficiados por los españoles en la época de la conquista, yacían hoy completamente ignorados, siendo la minería un ramo de industria casi desconocido en aquellos pueblos no explorados hasta el presente por ningun individuo de suficientes cono-

cimientos teóricos i prácticos i de un valor natural capaz de ponerse a prueba en los mil peligros que dia a dia se ofrecen en aquel hermoso territorio al mas cauto i pacífico esplorador.

Hallagado por tan bellas espectativas, resolví dedicar un año al reconocimiento de esas comarcas.

Así la afición a las minas que se había ido desarrollando en mí, gracias a la educación que había recibido, hacia que se encadenasen mis proyectos; i de este modo, después de examinar las muestras que obtuve, determiné dedicarme a la esploración de ese territorio mineral de la República de Chile.

El 10 de marzo de 1859, me embarqué en el vapor de la carrera con rumbo al Sur i después de tres días de una feliz navegación, llegué a la hermosa bahía del Corral, de donde me embarqué en un pequeño bote i alcancé en cuatro horas hasta la ciudad de Valdivia, que debía ser en lo sucesivo el punto céntrico de mis excursiones.

Como la estación era ya muy rigurosa en esta provincia, i los continuos aguaceros hacían los caminos intransitables, me dediqué durante dos meses, en la ciudad de Valdivia, al estudio de todo el territorio que comprende la provincia del mismo nombre, valiéndome ya de los datos que encontraba en las obras de los más célebres historiadores chilenos, ya de los que conseguía de los vecinos con muchos de los cuales no tardé en cultivar agradables i felices relaciones.

De este modo pasé parte del invierno, dedicando los momentos de descanso al aprendizaje del hermoso i expresivo idioma de los Araucanos.

Fueron para mí de tanta importancia e interés los datos obtenidos, que no pude resistir por mucho tiempo al deseo de recorrer esas comarcas.

Principié pues, mis excursiones a la Araucanía el 19 de mayo de aquel mismo año en un tiempo bastante crudo i muy espuesto, tanto por lo avanzado de la estación, como por encontrarse los indios vecinos en extremo alarmados por los acontecimientos de la alta frontera que habían puesto en armas contra el gobierno a una parte de los Araucanos. Movidos los salvajes de Valdivia por el cacique Mañil, se preparaban a emprender también una campaña i a destruir quizá algunos pueblos que la industria i el comercio han hecho felices, prósperos i florecientes en unos cuantos años. En Valdivia misma se temía de un momento a otro la invasión i sus pobladores inquietos i recelosos principiaban a embarcarse, abandonando sus hogares, mientras que las milicias de San José se preparaban contra el enemigo i le esperaban sobre las armas.

Para penetrar en semejante época, venciendo dificultades de toda clase, en un país en que la luz de la civilización no ha hecho aun sentir su benéfico influjo, necesitaba tener un grande entusiasmo i sentirme impulsado, no únicamente por la mesquina idea de reconocer terrenos para el laboreo de minas, sino por un gran proyecto, cuyas trascendentales consecuencias envolvieran el porvenir de un país entero.

Así era en efecto :

Desde luego pensé, después de haber estudiado en libros el pasado de Valdivia e inquirido por noticias su situación presente i poco lisonjera :

Mejorar su suerte por medio de un rico descubrimiento de minas principalmente en Villa-Rica. Solo así Valdivia, que en la actualidad no saca ningun provecho de sus maderas, ganadería i cereales, tomaría un vuelo prodigioso, ocupando el rango que sus riquezas naturales le destinan ;

Tranquilizar los ánimos de los indios, i, con sanos consejos i buenos regalos, hacerles comprender sus verdaderos intereses ;

Arbitrar los medios de civilizarlos amistosamente ;

Conseguir, que permitieran la fundacion de algunas misiones, para la propagacion de la religion cristiana i la educacion de sus hijos ;

Obtener que consintieran en la venta de sus terrenos incultos i abandonados a chilenos o extranjeros ;

Estudiar su lengua, carácter i costumbres ;

Reunir con prolijidad todos los datos posibles concernientes a la historia i población de ese territorio i al número de guerreros que en él se encuentran ;

Reconocer los terrenos cultivables i levantar planos de todos ellos ;

Reconocer los caminos i vías de transporte por agua i tierra, formando tambien los respectivos planos.

Reconocer los pasos al travez de la cordillera a la Republica Arjentina ;

Visitar i reconocer las ruinas de la antigua ciudad de Villa-Rica, donde es fama hai entierros de consideracion.

Reconocer la laguna de Villa-Rica i su isla, en donde, segun es tradicion, ocultaron los antiguos españoles la mayor parte de sus riquezas ;

Reconocer el volcan del mismo nombre i tomar su altura sobre el nivel del mar ;

Buscar i acopiar antigüedades para el Museo Nacional ;

Reconocer los puntos mas a propósito para la estrategia ;

Formar colecciones mineralojicas i jeolojicas ;

Tratar de rescatar a varias cautivas que jimen en la mas horrorosa esclavitud.

Para alcanzar tales resultados era absolutamente necesario penetrar en la Araucania bajo un pretesto. Era menester deponer toda mira que pareciese hostil, desarmar la natural suspicacia de los salvajes, i llegar hasta ellos, no como un hombre que abriga designios ulteriores, sino como un simple comerciante, que va en busca de un cambio.

Mi rol debia ser el de conchavista de ciertos articulos, por los cuales manifiestan los indios una particular afeccion,

especialmente de aguardiente, bebería de tan poderoso atractivo para los indijenas.

Arriesgada era en verdad mi empresa, porque la sospecha solo habría bastado para que fuese robado, saqueado i quizás asesinado sin misericordia.

El trascurso de los siglos no ha podido aun desterrar de la memoria de los indios el recuerdo de los sufrimientos que el rudo trato de los españoles les infligió.—Este recuerdo, transmitido de jeneracion en jeneracion, mantiene vivo el odio que sus antepasados abrigaron por los opresores.

Reducido al círculo de sus posesiones, el indio no vé mas allá: su amor a la tierra donde nació es un culto tan sagrado como el de Pillan; su pasión por todo lo que nace bajo sus plantas simboliza el pasado, el presente i el porvenir. Por eso *huinca* significa para él *estranjero*, es decir, enemigo de la nación, i por eso también la religión cristiana, que tantos progresos hizo en otros pueblos de América, no ha logrado echar raíces en el corazón del Araucano, que, desconfiado por instinto i por carácter, se irrita fácilmente cuando vislumbra que alguno intenta hacerle cambiar sus viciosas costumbres o arrancarle el más pequeño pedazo de terreno, por muy insignificante que sea su valor.

Hace ya algunos años corre entre ellos la noticia de que el gobierno chileno ha regalado a los colonos alemanes todos los terrenos que se extienden desde Valdivia hasta el río Imperial o Cautén.

Sabedores de que yo hablaba el alemán, infirieron que sería el capitán de aquellos i que iría a practicar el reconocimiento de sus posesiones. Para disuadirlos de semejante idea,

me fué preciso hacerles comprender que yo no era colono aleman, sino prusiano que hablaba aleman, así como había otros que eran chilenos, peruanos, argentinos, etc., que, aunque no pertenecían a una sola nación, hablaban, sin embargo, el mismo idioma. Agreguéles al mismo tiempo, para prevenirlos en mi favor, que los prusianos se hallaban muchas veces en guerra con los alemanes, cosa que los satisfació i por lo que me manifestaron grande amistad.

Ni la perspectiva de los peligros que me cercaban a cada paso, ni lo ríjido del clima, ni las incessantes lluvias, podían contrastar mi firme voluntad, i léjos de debilitar mi entusiasmo, comprendiendo mejor lo importante que debía ser un reconocimiento de esas rejiones para el porvenir de Chile, no pensé ni en sufrimientos, ni en esfuerzos personales.

Así pues, apesar de haberme propuesto destinar solo un año a mi esploracion, le consagré diez i ocho meses i he conseguido en parte mi propósito, obteniendo lo que sigue :

Encontrar muchos lavaderos de oro i algunos minerales de cobre i plata de buen beneficio i de mucha importancia ;

Conciliarme las simpatías de la mayor parte de los Araucanos por mis buenas relaciones i los servicios que les había prestado ;

Conseguir el permiso para el establecimiento de una misión en Tolten que se halla establecida de hecho ;

Obtener el consentimiento de los indijenas para la venta de varios terrenos ;

Conseguir de la mayor parte de las tribus del Sur del río Tolten la libertad de buscar i trabajar minas ;

Estudiar a los araucanos, su idioma, carácter, religión i costumbres, todo lo que me ha dado materia para este trabajo ;

Conocer exactamente sus pueblos, su número i el de sus guerreros ;

Reconocer los terrenos de importancia para la colonización ;

Reconocer las vias de transporte por agua i tierra ;

Levantar un plano del terreno entre el río Tolten i el Calle-Calle o río de Valdivia ;

Obtener la confianza de los principales caciques al Sur de Tolten i, por sus datos fidedignos, la seguridad de que existen maravillosos tesoros en sus terrenos ;

Reconocer la laguna de Trailafqueen i parte del Volcán de Villa-Rica ;

Descubrir los restos de una ciudad antigua no mencionada en la historia ;

Conocer la posicion de algunos lugares en donde existen entierros de valor segun la tradicion indijena.

Alentado por el éxito de mis expediciones, i contando con los datos i noticias de importancia que habia adquirido, pense realizar en el verano pasado lo que faltaba a mi programa, i me dedique desde mi vuelta de la Araucanía a escribir mis esploraciones.

Ninguna otra cosa que el ser útil al pais me ocupaba. Pero he aquí que en el mes de julio el Intendente de Valdivia me hace llamar i me muestra una carta de S. E. el Presidente de la República, don Manuel Montt, por la que se le exigia a vuelta de correo cuantos datos posibles i precisos de la Araucanía pudiesen proporcionarse. Como yo podia suministrarlos mui buenos sobre la materia, creí de mi deber dirijirme inmediatamente a la capital para presentar al Gobierno la obra que habia escrito sobre los Araucanos i el mapa de las desconocidas rejiones que habitan estas tribus, mapa en cuya preparacion habia empleado algunos meses, a fin de hacerlo lo mas exacto i minucioso posible.

Asi lo hice en efecto, i, provisto de una carta de recomendacion del Intendente de Valdivia para el señor Presidente de la República, emprendí mi viaje al Norte.

Llegado a Valparaiso, varias personas que se habian impuesto de mi trabajo, me suplicaron no solo que entregase esta obra al Gobierno, sino tambien que la publicase lo mas pronto.

Me diriji a Santiago i presenté todos mis trabajos al Exmo. señor Presidente. Segun entiendo los datos sobre la Araucanía i el mapa de aquel territorio, le sirvieron algo en

aquellas circunstancias en que se aprontaba una expedicion militar que debia someter a los indios. I tan lo creo asi, que, poco despues, habiéndome presentado al Supremo Gobierno con un nuevo plan de reduccion de la Araucanía i héchole mis proposiciones sobre el particular, tuve la satisfaccion de ver aprobado verbalmente mi proyecto tanto por S. E. el Presidente de la Republica, cuanto por su Ministro de Estado en los departamentos del Interior i Relaciones Esteriores, el señor don Antonio Varas. Necesitándose, sin embargo, para resolver un asunto de tan alta importancia para el pais, largas meditaciones del Gobierno i aun cierto plazo necesario para buscar los hombres especiales que se requieren para emprender una segunda esploracion a Arauco con el objeto de completar los datos presentados, se me ha hecho entender que era preciso esperar algun tiempo. Pero las repetidas instancias de mis amigos, por una parte, i el deseo de conocer el resultado de mis viajes que me han manifestado personas verdaderamente inteligentes con quienes he tenido ocasion de hablar sobre mis proyectos, por otra parte, me han hecho solicitar una suscripcion para la impresion de mi obra de las personas amantes del pais. Ella ha correspondido a mis esperanzas.

Así pues, si ahora doi a luz esta obra, es bajo los auspicios de la nacion, a la cual, como he dicho ántes, he querido rendir con ella un tributo merecido por la jenerosa hospitalidad i graciosa proteccion que ha querido dispensar a un extranjero que deberas se honra con llamarla su segunda patria.

Que el Gobierno i el pais reciban mis trabajos con bene-

volencia i examinen detenidamente el proyecto de reduccion de la Araucanía que les he sometido, tales son mis aspiraciones. Si de ese exámen resultase que habia necesidad de un cooperador para la grande obra, pronto estoi a trabajar en ella hasta que luzca la hermosa aurora del porvenir que reserva la Providencia a la parte mas rica i hermosa de la República chilena. Miéntras tanto pido solo a la nacion que me proteja para poder emprender una segunda esploracion a ese territorio (1).

(1) No poseyendo como extranjero que soi el idioma castellano con toda la perfeccion que se necesita para publicar una obra de esta clase, me he servido de la ayuda de mi amigo don Miguel de la Barra, a quien he confiado la corrección de los manuscritos.





ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

El abate don Juan Ignacio Molina en la páj. 111 de la 1.^a parte de su «Compendio de la historia geográfica, natural i civil del Reino de Chile», dice lo siguiente:

«En las provincias australes, situadas entre el río Biobio i el Archipiélago de Chiloé, se descubrieron antiguamente algunas minas de bellísimo oro, de las cuales sacaron los españoles sumas inmensas, i para cuyo beneficio establecieron una casa de moneda en Valdivia i otra en Osorno: pero luego que los Araucanos despojaron de aquellas tierras a los españoles con repetidos hechos de armas, ce-

rraron aquellas minas enteramente, prohibiendo a toda clase de personas, bajo pena de la vida, el abrirlas de nuevo : porque aquel pueblo guerrero está mui distante de hacer el aprecio que hacemos nosotros de este ídolo adorado de la avaricia.»

Añade Molina a este párrafo la nota que sigue :

«Por encima de estos valles hai minas de plata, de azogue, de cobre, de plomo i un número tan grande de minas de oro; i es tanto el que se encuentra en las arenas de los arroyos, que cierto autor dijo, que todo Chile es un compuesto de este precioso metal. Fué infinito el que sacó de allí Pedro de Valdivia, que entró en Chile despues que Almagro, i que tuvo mas dic ha que él al principio. Hizo beneficiar unas minas de oro tan rico, que cada indio le daba treinta o cuarenta ducados al dia ; de forma, que aun cuando no hubiese empleado en este trabajo mas que doce o quince indios, podia sacar trescientos o cuatrocientos ducados al dia, cerca de diez mil ducados al mes o ciento veinte mil al año. Esto conviene con lo que refiere el Inca Garcilazo en su historia, de que al jeneral Valdivia le cupo en suerte una parte de Chile, i que sus vasallos le pagaban un tributo anual de mas de cien mil pesos de oro.—Sanson Abber, Geografía, en la palabra : Chile.»

PARTE 2.^a p. 134.—«Jerónimo Alderete fué enviado (por Pedro Valdivia en 1552), con 60 hombres a establecer una colonia sobre las riberas del gran lago Lavquen, a la cual dió el nombre de Villa-Rica por la gran copia de oro que se encontraba en sus contornos.»

Id. p. 135.—«Este establecimiento (la ciudad de Valdivia 1552) se elevó en pocos años a un grado considerable de prosperidad, no menos por el oro purísimo que se sacaba de sus minas, por cuyo motivo mereció el privilegio de tener casa de moneda, sino también por la excelencia de su puerto, que es uno de los más bellos i de los más seguros del mar del Sur.»

Id. p. 189.—«Entre ellos fundó (García de Mendoza 1558) o reedificó, como quieren otros, la ciudad de Osorno, la cual se aumentó notablemente, no menos por las manufacturas de paños i de telas que había en ella, que por el excelente oro que se sacaba de sus minas, hasta que fué destruida por el Toquí Paillamachu.»

Id. p. 199.—«García de Mendoza, en el año de 1560 restituyó sus habitantes a Villa-Rica. Hizo volver a abrir las minas abandonadas i descubrir otras nuevas.»

Id. p. 255.—«Paillamachu, (Toquí de los Araucanos) pasó (el 24 de noviembre del año de 1599,) de noche i a nado el gran río Calle-Calle o sea de Valdivia, entró de asalto al amanecer en la plaza e hizo un botín de cerca de dos millones de pesos.»

Id. p. 257.—Después de un asedio de dos años i once meses, Villa-Rica, ciudad muy poblada i opulenta, cayó en fin en poder de los Araucanos (1602). La misma suerte con poco intervalo de tiempo, tuvo la Imperial, metrópoli de las colonias australes.

ID. p. 257.—Osorno, ciudad no ménos rica i populosa que las dos precedentes, no pudo resistir mas largo tiempo su destino. (1603.)

ID. p. 258.—«Las ciudades tomadas (todas las situadas entre el Bio-bio i Chiloé), fueron arruinadas, de manera que al presente apénas se distinguen sus vestijios, los cuales son mirados por los nacionales como unos objetos de abominacion.»

Agregaremos copia de una carta del padre misionero Frai Francisco Imons, que, orijinal, se halla en Valdivia:

«Antigua ciudad de Villa-Rica, marzo 4 de 1716.

«En esta fecha se cumplen cuarenta dias que me hallo empleado en el reconocimiento de estos terrenos, movido de las noticias que por diferentes personas i varios papeles he tenido de sus ricas minas, su amenidad i demas proporciones para la humana existencia, i a la verdad, que despues de conocer por tan verosímiles aquellas relaciones que nunca por mi concepto habian merecido cultivo en el campo del país, no me queda escrúpulo para escribir que mereció mi pluma la nota de pequeña, cuando con razgo de cosmógrafo, tomó el empleo de relacionar las particularidades de esta arruinada ciudad: pero no obstante que estas noticias tuvieron la suerte de no ser a oleo, como merecian i merecen, siempre se deben estimar porque sirven de nota al humano entendimiento que las quiera examinar, para dar a conocer al público ser este arruinado pueblo, el tesoro mayor de este

reino; pues por todo su distrito se encuentran minas abundantísimas de oro, plata, cobre, plomo i estaño, i lo mejor es de diamantes. Se halla esta citada Villa-Rica en 38° i minutos de latitud, situada a la parte del Sur por una grandísima laguna i sobre las riberas de ella, tres leguas distante de un volcan. En lo poco que me parece tengo andado, a distancia de cuatro leguas, en el potrero del cacique Pucon, en una quebrada, he visto un mineral de cobre tan abundante, que muchos peñascos mui grandes son la mitad de este metal, i otros se cubren con venas tan gruesas como brazos de hombres, de modo que para un beneficio, solo tendría la industria el corte del cincel. A su inmediacion se halla un riquísimo laboreo en la falda de un risco, de cuyo arroyo llevé dos piedras, que aunque pequeñas, tendrán algo mas de una onza de oro, i tan franco i limpio, que pienso darian de baja al mas copioso que se conoce. A poca distancia he visto varias boca-minas i labores, aunque solo he examinado los metales de una, conozco i no quiso la Divina Providencia siguiere el provecho de estas riquezas por lo mucho que se destiende la codicia en la posesion de tan inconstante dicha.

«A seis leguas de esta poblacion he visto unos cerros nombrados Wehaipide, (ahora Voipire) todos de pedernal i llenos de labores en que se manifiestan las vetas del saque por donde desentrañaban lo mas firme siguiendo la guía de los diamantes, i aunque éstos no son visibles, no le queda duda a mi experiencia abundan de diamantes estos dichos cerros.

«Deseoso de reconocer alguna parte del camino que corre al otro lado de la Cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno i trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme, iba advirtiendo en la cordillera,

que se pasa la mayor parte sin subida i solo despues de la laguna se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campañas, a las que inmediatamente que se sube se encuentra una hermosa laguna, i al pie de ella un volcan nombrado Ricolofu.

«No sé como se puede ponderar la hermosura de este lago i su volcan planteado en la mitad de tan singular llanura, i siendo éste el camino para Buenos-Aires, que me aseguran está inmediato, i lo conozco por mi observacion, puede este volcan servir de guia a cualquiera persona que intente dirigirse a aquella ciudad.

«Últimamente, padre mio, el diario i sus figuras que llevo trabajado con tanta eficacia, darán mas que admirar que cuanto yo pueda decir estando mui despacio, que ahora no es decir nada por escribir tan de priesa.»

Hé aquí ahora lo que dice Azara, refiriéndose al boquete de Villa-Rica :

«À l'ouest des pampas sont les *aucás* (qui paraissent faire partie des fameux *araucanos* du Chili), et beaucoup d'autres nations indiennes à qui on donne différens noms, aux frontieres de la ville de Mendoza. Je crois que toutes ces nations habitaient anciennement la Cordillière même du Chili, et qu'elles en descendirent pour habiter le pays où elles se trouvent à present, quand les troupeaux sauvages s'étendirent jusque-là, comme nous l'avons vu précédemment. Je me fonde sur le fait suivant : les indiens ne se trouvaient pas sur la route des Espagnols qui allaient autrefois en charrette de Buenos-Ayres au Chili, en passant à côté du volcan de Villa-

Rica, où la Cordillière est ouverte et présent un passage plat et uni de près d'une mille de largeur. Aujourd'hui on a oublié ce chemin, et l'on va au Chili par Mendoza, en traversant la Cordillière avec de grandes difficultés; les neiges en ferment même les passages la plus grande partie de l'année. Quoiqu'il en soit, je n'ai point vu ces nations, etc.»

Confirma esta noticia de Azara el informe del Gobernador Jara Quemada «sobre las cosas de Chile,» memoria curiosa del año 1611 que se registra en la páj. 241 del 2.^o tomo de documentos históricos de la célebre obra de don Claudio Gay. En dicha memoria se habla de los aucaes, lo que prueba que verdaderamente han existido estos indios en Chile en la época a que hace referencia Azara.

Don Claudio Gay se expresa de esta manera en el tomo I, páj. 250 de su Historia de Chile, refiriéndose a las minas de Angol o los Confines:

«Vuelto Valdivia a Concepcion para terminar el reglamento concerniente al mejor estar i trato de los indios, por los cuales siempre sintiera un solícito interes, se le anunció el descubrimiento de ricas minas de oro en los oteros inmediatos a Confines; i ya se beneficiaban tambien las de Quilacoya con fundadas esperanzas de buenos rendimientos, solo que los trabajos iban lentos i sin constancia, i por lo mismo de muy poca monta los frutos; pero en ello no hacian los colonos si-
no conformarse con las órdenes del gobernador, opuesto siem-
pre al beneficio de los mineros, en tanto que no llegaran a
verse las colonias con seguro porvenir, i sólidamente esta-
blecidas.

«Con todo, ansioso de ver prosperar el país que por suyo contaba, considerando que a este fin convenia multiplicar los brazos europeos, pero que para atraérselos eran necesarias prendas que pregonasen la riqueza del suelo, i le diesen reputacion en el continente, dió de mano a su natural repugnancia, ordenando se echasen los moradores a la esplotacion de las minas, o en busca de oro en polvo i pepitas, pudiendo cada uno emplear una parte de sus indios, que alternarian con mas o menos regularidad. Tambien Valdivia envió el gran numero de los que poseia en sus encomiendas de Arauco i Tucapel; i si bien fueron mui satisfactorios los resultados que obtuvo, si este jénero de ocupacion llegó a hacer las delicias de todos los españoles, pues creyeron ver afianzado un porvenir venturoso, del Gobernador no podia desalojarse la ambicion de las conquistas, ni su errado sistema de multiplicar pueblos i pueblos en daño de los ya establecidos, porque, como se ha dicho, las fuerzas se diseminaban, i quedaban mas espuestadas al furor de sus salvajes i crueles enemigos.»

El mismo don Claudio Gay dice en el tomo II, páj. 38 de la obra citada :

«I es de advertir sin embargo, que mientras mas cargada i amenazadora se mantiene la tempestad en derredor de donde ha fijado su asiento la real audiencia, las ciudades de *arriba Imperial*, Villa-Rica i Osorno, a beneficio de un sosiego que nadie parece querer interrumpir, crecen en vecindario, doblan en riqueza, ensanchan su comercio, i la industria fabril toma en aquella última colonia un admirable desarollo; verdad es que nunca con mayor conato, ni con tanto fruto,

se habian laboreado las minas de *lavadero*, porque en los conquistadores, como en los indios, habian penetrado profundamente las amonestaciones i consejos del piadoso prelado Marmolejo, i las tribus entraban en vida social, cristiana i laboriosa, constituyéndose en pueblos con una docilidad sin ejemplo hasta entonces.»





PRIMERA ESPEDICION

A LA

ARAUCANIA

DESDE

SAN JOSÉ, POR QUEULE, HASTA TOLTEM.

Desde mi llegada a Valdivia (15 de marzo de 1859) las lluvias se habian repetido sin interrupcion, permitiéndome cuando mas hacer algunas cortas escursiones en los alrededores de dicha ciudad. Así es que dediqué todo mi tiempo, durante dos meses, al estudio de la historia antigua de estas comarcas i al aprendizaje del idioma araucano. Los datos verbales o escritos, que adquiria ya de los vecinos de Valdivia, ya de los

documentos que podia consultar, me suministraban nuevas probabilidades para creer que no solo el Norte de la República abundaba en ricos minerales, sino que tambien existian éstos en lo que se llama la tierra araucana.

Asi pues no sin mucha impaciencia aguardaba dia a dia que se verificase un cambio favorable en la estacion, a fin de emprender un viaje por aquel territorio tan interesante como poco conocido, en el que esperaba encontrar incalculables riquezas.

A mediados de mayo el cielo como fatigado de aquella larga i no interrumpida serie de aguaceros pareció serenarse. Al triste i monótono aspecto de una atmósfera siempre lluviosa i cargada de espesos nubarrones, sucedió un sol tan radiante i puro como el de los mas bellos dias de la primavera. La naturaleza toda parecia sonreirse i hasta llegué a creer que trataba de darme nuevo ánimo para que emprediese el viaje en que tanto habia pensado i cuyos peligros no podian ménos de alhagar entonces mi imajinación.

Hice, pues, los preparativos de mi viaje, sin detenerme en la consideracion de las mil dificultades quizá insuperables que en él debia vencer: no escuché mas voz que la de mis deseos, ni oí mas consejos que los de mi conciencia, i, en el ardor de mi entusiasmo, llegué hasta olvidarme de los peligros que podian amenazar mi propia vida.

Los que alguna vez hayan experimentado esa lucha incessante del espíritu en sus investigaciones por lo desconocido, comprenderán si el entusiasmo de que me hallaba animado era lejítimo i justo, i si mis poderosas convicciones podian cejar ante los obstáculos que muchas personas me repre-

sentaban con los sombrios colores de la exageracion i del miedo.

Creo que tengo derecho a ser creido, porque nada de quanto voi a narrar excede los limites de la verdad. Mui al contrario, temo que mi relato se resienta de frialdad.

Bien sé que habria podido bosquejar cuadros i referir casos que solo existen en la imaginacion, pero ¿qué habria ganado con eso? Cuando mas el que se me tuviese por un viajero pintorezco. Así pues, no he vacilado ante la verdad, por mas lisonjera que sea la exageracion.

Previa esta pequena digresion, empezaré la reseña de mis escursiones.

Antes de internarme en la tierra araucana, hice todos los preparativos que creí necesarios, tales como contratar un buen intérprete o lenguaraz, algunos arrieros i varios cateadores de minas, comprar caballos para mí i mi gente i mulas de transporte, i adquirir las armas e instrumentos indispensables para una expedicion de esta naturaleza, como así mismo aquellas mercaderías que se me habian recomendado como mas vendibles i codiciadas entre los Araucanos, i que consistian en levitas i pañuelos lacres, camisas de color, botas, gorras, sombreros, paño azul, sables, hachas, cuchillos, frenos, acordiones, chaquiras, agujas capoteras, tabaco i papel de fumar, aji i algunas cargas de aguardiente.

Don Ruperto Solar, Intendente de Valdivia en esa época, contribuyó no poco a la realizacion de mi viaje. Este caballero que ha sabido granjearse el cariño de todos los pobladores

chilenos i extranjeros de esa provincia por su carácter amable i emprendedor, no solo escuchó con interés la relación de mis proyectos, sino que me animó a seguir adelante, ofreciéndome su eficaz cooperación. Desde luego me facilitó una hermosa carpita para mí i la gente que debía acompañarme, así como también algunas cartas de recomendación para el capitán don Pedro Moreno, subdelegado entonces de San José, i para varios capitanes de amigos de las reducciones inmediatas, en cuyas cartas ordenaba a estos empleados que me auxiliasen en cuanto les fuera posible i me diesen todas las facilidades necesarias para penetrar en la frontera, debiendo acompañarme cada uno de ellos en su respectiva reducción.

19 DE MAYO DE 1859.

Era éste un día hermoso. La naturaleza se ostentaba en todo su esplendor i la población, como si se despertase de un largo i profundo sueño, bullía en todas direcciones. El vapor *Fósforo* acababa de anclar: esto unido a la afluencia de lanchas i canoas que traían los productos de los campos inmediatos, comunicaba mayor animación i movimiento al cuadro viviente que tenía ante mis ojos.

Desde temprano la embarcación en que debía emprender mi viaje, aguardaba al pie del muelle provista de cuatro remeros. Muchos de mis amigos me habían acompañado hasta ella. Pero era preciso separarme de todos para no quedar más que con las personas que debían acompañarme. Dí en efecto a aquellos mi adiós i me lancé al río Valdivia, cuyo curso seguí con dirección al Norte hasta cerca de cuatro

cuadras, i, torciendo entonces al Poniente, hice vogar mi barquilla por el Caucau que en ese punto afluye al Valdivia. Despues adelante una legua hasta llegar al rio Cruces o San José.

Entre este rio, el Valdivia i el Caucau se halla la hermosa isla de Tejas o Valenzuela sobre la cual diremos algo antes de continuar la relacion de nuestro viaje al norte. Tiene como una legua cuadrada de extension i se halla habitada por colonos alemanes que, por su comercio e industria, la han hermoseado notablemente en unos cuantos años, fertilizando sus campos i aprovechando los elementos de riqueza con que la dotara la mano de la Providencia. Encuentranse en ella hoy dia algunos buenos edificios, grandes i variados cultivos de frutas i cereales, abundantes pastos i hermosos jardines, todo lo cual revela que, a la indolencia de los antiguos pobladores, ha sucedido el movimiento i la animacion de la industria, movimiento i animacion comunicados necesariamente por jentes extranjeras que, ávidas de utilidad i comodidades i creadas con hábitos de trabajo, tratan de desarrollar por todos los medios posibles, en su favor i el del pais que las ha protejido, las riquezas que encierran esos terrenos vírgenes que los naturales han despreciado talvez.

Los bosques que posee esta preciosa isla contienen abundantes i ricas maderas de construccion que se aprovechan actualmente en los edificios que allí se levantan i sirven al propio tiempo como un artículo de comercio.

Muchas veces al costearla nos vimos precisados a detenernos para admirar la hermosa vista que nos ofrecian algunas verdes praderas cubiertas de piños de animales que pacian tranquilamente, sin que hubiese necesidad de custo-

diarlos durante el dia, ni de llevarlos a establos durante la noche.

La lonjitud del Caucau alcanzará a una legua poco mas o menos, teniendo como ochenta pies de estension en su mayor anchura. Sus riberas, que son bajas, estan bordadas de manzanares en medio de los cuales se divisa de cuando en cuando una que otra casita.

Siguiendo siempre el rumbo de ese rio i como a una hora de camino, llegamos al punto en que este confluente desemboca en el Cruces, cuya anchura en esta parte es de cuatro cuadras.

La monotonía de este sitio poblado de montes está compensada con la agradable perspectiva que ofrece el establecimiento de curtiembres de don José María Adriásola, que se divisa al otro lado del rio.

Desde aquí continuamos por el curso del Cruces hacia el Norte. Lo ancho i correntoso de las aguas nos dió entonces bastante que hacer, i, apesar de los cuatro remeros que llevaba conmigo, me vi forzado a trabajar contra el rio yo mismo i las demás personas que me acompañaban, hasta que salimos de aquel mal paso.

Por lo jeneral la orilla oriental del Cruces hasta Marrayef, es mui baja, i se halla cubierta de montes, a excepcion del paraje denominado Tres Bocas. Hai tambien por aquellas inmediaciones uno que otro llano labrado, tales como los de Almuerzo i Cabo Blanco distantes una media legua del Caucau en los cuales se hacen mui buenas cosechas.

Al Oeste se levanta una serranía de sciscientos a ochocientos pies de elevacion a cuya falda corre el río en caprichoso jiro, ya acercándose, ya retirándose, ya formando bonitos valles entregados al cultivo. Notanse en esta serranía el glímer i una capa de tierra roja de algunos pies de grueso que contiene bastante oro en polvo; como así mismo, muchas vetas de cuarzo o eachí blanco.

Esta misma serranía, en donde se conservan todavía las huellas de antiguos trabajos de lavaderos, se dice, por la tradicion, que producia grandes cantidades de oro.

Siguiendo siempre el curso del río, tocamos en la isla de Culebras, cuya estension alcanzará apenas a una legua de largo con unas cuantas cuadras de ancho. Su poca elevacion sobre el nivel del río, hace que siempre se halle bañada por las aguas i no se preste a cultivo alguno.

No lejos de allí i hacia el Oeste del río, ganamos la orilla i atracamos en el pequeño puerto de Punucapa. Esta aldea que cuenta escasamente ocho habitaciones, se halla situada en una bonita llanura cuyos alrededores son bosques de manzanos. Sus pobladores se ocupan principalmente en cortar maderas, industria que les dá de que vivir.

Teniendo noticias de que cerca de esta población los españoles trabajaron en otro tiempo muchas minas de oro, i que existe en ese lugar un subterráneo llamado la Cueva de las Brujas, desembarqué con la mira de practicar un reconocimiento en sus alrededores. Visité al juez de la aldea, quien, después de haberse instruido de mis propósitos, se ofreció a acompañarme de mui buena voluntad.

A poca distancia de ese sitio i como a un cuarto de hora

de camino, nos hallamos en la orilla de un pequeño estero, cuya dirección seguimos por un espeso i dilatado monte. Encontramos varias zanjas, la mayor de las cuales tenía tres cuadras de largo sobre diez varas de profundidad i ocho de ancho.

Era evidente que los antiguos habían sacado algún manto de esa tierra roja aurífera i lavádolo en el estero adonde van a parar todas aquellas zanjas. Infinitos vestijios me probaron esta verdad, pues no fueron pocos los fragmentos de cátaros i herramientas que tuve ocasión de observar, lo mismo que algunos agujeros practicados en las rocas, con el objeto sin duda, de lavar en ellos las tierras preciosas que de allí se sacaban.

Examiné prolíjamente el manto en varias partes, i aun cuando encontré que tenía lei de oro, no me pareció lo bastante para arriesgar en él el establecimiento de un trabajo formal. I no habiendo encontrado la ponderada Cueva de las Brujas por lo tupido de los montes, me despedí del juez, prometiéndole volver el verano siguiente para practicar un examen más detenido del territorio de su jurisdicción.

Emprendimos de nuevo nuestra marcha pasando por San Ramón, lugarejo que colinda con Punucapa i que está situado al pie de una eminencia, sin mas vivienda que una casita abandonada, construida en el punto mismo en que se juntan los dos brazos del río.

Como tres millas hacia el Norte este caudal de agua se abre de nuevo i forma la isla llamada de *Realejo* que tiene cerca de una legua cuadrada de superficie i es mucho más larga que ancha.

Deluvio en un puertecito formado en la orilla oriental

del río, en el punto denominado Tres Bocas, i pasé a ver la hermosa chacra que allí posee un aleman, el señor Ex, a quien había prometido desde algún tiempo atrás hacer una visita en el curso de mis exploraciones.

Al llegar a este paraje me sentí sobrecojido por una gran-de admiracion. El panorama que presentaba la naturaleza era no solo encantador, sino tambien inmenso e infinito. El terreno situado a sesenta pies sobre el nivel de las aguas de los ríos Cruces, Pichoi i Cayumapu dominaba todos los alre-dedores. Desde él se podian divisar por una parte las corrien-tes de esos ríos, corrientes puras i cristalinas que se dirijen serpenteando a unirse en un mismo punto; i por otra, la pre-ciosa i plateada faja de los Andes cubierta de nieves que van a perderse en los cielos, i entre esas nieves el espectáculo imponente i majestuoso del Volcan de Villa-Rica vomitando columnas de humo i de fuego desde las mas recónditas entrañas de la tierra. Si a esto se agrega la risueña perspectiva de los campos cubiertos de verdura i de frondosos árboles, desde cuyas ramas entonan melodiosos trinos mil a vecillas de diversas clases i colores, apénas podria figurarse la admira-cion i el respeto de que se siente dominado el viajero que se atreve a poner su planta en tales campiñas.

Ante esos cuadros en que la naturaleza se muestra con to-da la grandeza de su poder, la lengua enmudece i el espíritu vaga en medio de las sublimes ideas que despierta la obra del Omnipotente.

Me demoré como media hora en la chacra del señor Ex, i volví a continuar en seguida el curso de mi viaje, por la orilla de la isla llamada Rcalejo, donde se nota una que otra

cementera. Enfrente de esta isla, en un paraje que se llama Corcobado, se divisan dos casas edificadas en una fértil planicie i rodeadas de manzanos.

Un poco mas allá i como a hora i media de camino se descubre el lugarejo llamado el Mono que, situado a orillas de las aguas, solo tiene, como el Corcobado, dos casas i algunos hermosos oasis cubiertos de planteles i cementeras.

Saliendo de aquí, siempre al Norte, me entretuve con mis jentes durante algunos instantes en cazar cisnes. Estos hermosos animales se encuentran a cada paso en todos los ríos de Valdivia. Diferéncianse de los de la misma clase que se conocen en Europa solo en que los de aquí tienen el cogote enteramente negro, mientras que los de allá son completamente blancos.

Estando ya el sol al fin de su carrera i acercándose la noche, determiné buscar un asilo en aquellos alrededores. Felizmente no distaba mucho del lugar donde nos encontrábamos la pequeña aldea de Chunimpa, adonde me dirigi inmediatamente. Llegado a ella, busqué desde luego al juez, a quien pedí hospitalidad por aquella noche. Este sujeto correspondió con mucho a mis exigencias, pues que, no solo supo proporcionarme cuanto necesitaba para cenar yo i mis jentes, sino que también me suministró noticias muy importantes acerca de los indios, entre los cuales había pasado toda su juventud, noticias que me sirvieron bastante en mis siguientes exploraciones. Conversando con el buen anciano sobre este particular pasé la mayor parte de la noche i apenas dormí dos o tres horas.

20 DE MAYO.

Al despertar se me avisó que acababan de llegar allí los arrieros que había alquilado en Valdivia, tráyéndome los caballos i mulas que les había encomendado. Despaché entonces a los remeros para esa ciudad, me despedí del juez del lugar i de uno de sus hermanos, que me sirvió mas tarde como lenguaz, i seguí el curso del Cruces, acompañado de un hijo de aquel anciano, que se había prestado a guiarne por esos lugares. En mi tránsito toqué en Paico, Esperanza, Cuncun, Calfuco, Guilin, Chacra, Asque, Calchatue i Tapia, todos parajes pequeños situados en terrenos cultivados i circundados de espesos montes i quilantales.

Al cabo de seis horas de camino llegamos frente a la misión de San José. Despedí al hijo del juez (mi compañero de viaje hasta aquel punto) e igualmente las cabalgaduras, i, en una canoa, atravesé con las demás personas de mi comitiva el río de San José, encaminándome con dirección al pueblo del mismo nombre. El subdelegado de éste, don Pedro Moreno, i los padres misioneros, me recibieron con grandes manifestaciones de cariño i me hicieron alojarme esa noche en la misma misión. Encontrábame en ésta solo dos sacerdotes, los PP. Tadeo i Adeodato, el primero natural de Munich i el segundo de Bolonia. Expliqué a éstos RR. PP., como era consiguiente, el objeto de mis exploraciones. Escucharonme con mucho interés, haciéndome de cuando en cuando algunas útiles advertencias. Sin embargo, así que hube concluido, trajeron de disuadirme de mis proyectos, representándome la multitud

de dificultades que a ello se oponian, ya por lo intransitable de los caminos, ya por lo crecido de los ríos, ya por la actitud bélica en fin, que observaban los indios en esos momentos.

Viendo en seguida que todas estas observaciones no eran suficientes para hacerme cambiar de propósito, los buenos misioneros me suministraron datos i noticias mui curiosas i me dieron felices consejos de que no poco aproveché en el curso de mis peregrinaciones.

DOMINGO 21 DE MAYO.

Mui temprano me despertó el ruido de las campanas de la misión que llamaba a los fieles. Levantéme inmediatamente i salí a observar los campos de los alrededores.

El pueblo de San José está situado en un llano que se eleva como veinte pies sobre el nivel de las aguas. A sus inmediaciones se ven tupidos montes de quilantales que hacen resaltar el aspecto poco hermoso que presenta la plaza de la población. En un lado de esta plaza se halla la iglesia, el convento i la escuela de la misión, i en el otro la casa del subdelegado, el cuartel i la cárcel. Los otros costados no están cerrados todavía i solo hai en ellos una que otra casa, delante de las cuales crece el pasto i se ven paciendo tranquilamente a todas horas del día algunos animales que vienen de los potreros inmediatos.

La monotonía que de ordinario reina en aquellos contornos había cambiado de aspecto con la festividad del día. Mu-

titud de guazos de los campos vecinos acudian presurosos a la iglesia por todas partes; unos en pequeños grupos i a pie i otros a caballo, trayendo en ancas a sus mujeres e hijos. Las milicias, que como hemos dicho ántes, esperaban sobre las armas de un instante a otro al enemigo, se hallaban tambien allí formadas, con sus fusiles apoyados por un estremo en la verde alfombra de césped que tapisaba la plaza i por otro en el brazo derecho de un valiente. Algunos caciques, entre los cuales se notaba Cariman (de Marilef) que habian llegado allí con grandes acompañamientos de indios i mocetones: con el objeto de manifestar sus pacíficas disposiciones al capitán Moreno, se veian tambien hechados de barriga los unos i sentados los otros en el suelo i con las piernas cruzadas a manera de los turcos. Esa gran variedad de trajes i de figuras, de armas i de movimientos, que resaltaba notablemente por la belleza del dia, presentaba un cuadro hermoso, que siempre recordaré con placer.

Llegada la hora de la misa, nos encaminamos a la capilla que, siendo demasiado estrecha, no pudo contener a todas las personas que habian acudido a ella aquel dia. Así es que no pocos de los feligreses tuvieron que oir misa desde la plaza. Noté que entre éstos habian muchos indios cristianos de ambos sexos, que seguian todavia las costumbres de sus abuelos en todo aquello que no se oponia a los preceptos del catolicismo i a las leyes del país.

Apénas se concluyó la misa tuve ocasión de presenciar una tierna ceremonia que no pudo ménos de conmoverme profundamente. Como la mayor parte de estos indios no entienden

el español, tampoco pueden seguir las oraciones que se recitan en los principales puntos del divino sacrificio; i por esto acostumbran los misioneros, despues de concluido éste, hacerlos acercarse al altar para que allí repitan en voz alta los rezos que un religioso les recita de memoria i palabra por palabra en su lengua nativa. Tocóme presenciar entonces, dije, esta ceremonia, i no pudo ménos de enternecerme sobre manera la piadosa devoción con que, arrodillados i con las manos juntas, elevaban aquellos salvajes sus preces al Supremo Hacedor del Universo.

A medio dia tuve que asistir a una comida que habian preparado los PP. de la misión con el objeto de convidar a ella a algunos sujetos que podian servirme en mi expedicion. Entre éstos se hallaba el capitán don Adriano Mera, con quien no tardé en cultivar mui buenas relaciones. Este sujeto, que poseia algunos terrenos entre los araucanos, me suministró excelentes datos acerca de los caminos que conducen a las principales poblaciones de éstas tribus, i principalmente de algunos ricos minerales que había visitado personalmente.

Creo oportuno ántes de principiar la descripción de mis viajes por la Araucanía propiamente dicha, instruir al lector acerca de los límites de ese territorio, de la configuración i feracidad de su suelo i de las principales particularidades de sus pobladores.

Habitan los araucanos el hermoso i rico territorio que se halla comprendido entre los ríos Bío-bío i Valdivia, por una parte, i la gran cordillera de los Andes i el mar, por otra;

es decir, en el punto mas ancho de la larga faja que forma la República de Chile, entre 36° 44' i 39° 38' de lonjitud, i 71° i 73° 50' de latitud austral.

Advertiré aquí, sin embargo, que no habiendo alcanzado en mis escursiones mas que hasta el río Tolten, por el Norte, las particularidades que refiera deberán entenderse solo de los indios que moran en la parte que hasta ahora he recorrido.

Una larga cadena de montañas mas o menos elevadas recorre toda la cesta de ese territorio desde el fuerte de Niebla, en el puerto del Corral, hasta la desembocadura del río Mehuin, levantándose directamente del mar en toda su estension, excepto en unos cuantos parajes en donde se ensancha el terreno hasta tres cuadras, parajes que ofrecen un bello aspecto por su feracidad i cultivo.

Esa misma cadena de montañas vuelve a aparecer despues al Norte de la desembocadura del Lingue o Mehuin i sigue hasta la del Queule. Desde aqui se retira del Océano, para volver a tocarlo, formando un pequeño semicírculo. Pero como las aguas del Queule cortan por el Norte estas cadenas, queda por el lado del mar una cerranía aislada conocida bajo el nombre de Nigue.

Desde el punto en que el ultimo río divide las montañas aparece una nueva ramificacion que sigue con direccion N. O. hasta el Tolten, formando de esta manera un triángulo de terrenos bajos i cultivados donde se hallan situadas la reducción i misión del mismo nombre.

Al E. se levanta la gran cordillera de los Andes que corre de Norte a Sur todo el territorio i se halla dominada por el Volcan de Villa-Rica.

El centro aparece en partes plano i en otras mui quebrado por varias cadenas de montañas que siguen por lo jeneral el curso de los ríos en dirección a la cordillera i principalmente al Volcan de Villa-Rica.

Estas comarcas se hallan recorridas tambien por dos ríos principales que desembocan en el mar, caminando de Oriente a Poniente, casi en línea recta, i son, como hemos dicho, el Tolten por el Norte, que sale de la laguna de Villa-Rica i le sirve de desaguadero, i el Valdivia o Calle-Calle, que nace del pequeño lago de Rinihue, por el Sur. Merece notarse tambien el río de las Cruces que, a manera de diagonal, sale de las inmediaciones del Volcan de Villa-Rica i afluye en las aguas del Calle-Calle, poco ántes que éstas desemboquen en el mar. Hai ademas en el territorio que he visitado varios otros ríos que, aunque no tan grandes como los anteriores, puesto que afluuyen en ellos, no carecen de importancia, tales como el Donguil, Lleufucague, Pelchugui, Pichoi, Callumapu, Putabla, Queule i Mehuin, i una infinidad de vertientes, esteros i riachuelos de poca consideracion.

Fuera de las lagunas mencionadas en el acápite anterior se hallan tambien situadas al pie de la cordillera, en la parte de que nos ocupamos, las de Tráilafqueen i Panguipulli.

El clima es el mejor de todo Chile i, por su benignidad, se asemeja mucho al del mediodía de la Italia. A su influjo crece toda clase de árboles i plantas, los animales se crian sanos i hermosos i en los pueblos no se notan ni enfermedades contagiosas, ni tan graves que puedan arrastrar al hombre en unas cuantas horas al borde del sepulcro. Solo la peste vi-

ruela viene a visitar de tarde en tarde este territorio, i hace desgraciadamente muchas víctimas por no conocerse en él el precioso preservativo de la vacuna.

Los bosques son inmensos i abundan en toda clase de maderas de construccion, sobre todo en coihigües, robles, pellines, lingues i laureles. En algunos puntos elevados se encuentran tambien pinos i alerces i en los bosques infinidad de manzanos. Desgraciadamente en todos esos bosques hai grandes extensiones de terrenos perdidos, ocupados por infinidad de coliguales i quilantales tan tupidos e inmensos, que impiden el tránsito del viajero i le obligan a abrirselo con el hacha i el machete. Esta desventaja de los coliguales i quilantales se halla compensada sin embargo, con el alimento que en invierno proporcionan a los animales.

En los montes se hallan a cada paso árboles hasta de ciento cincuenta pies de altura, cuyos troncos se ven cubiertos de hermosas enredaderas que, en caprichosas vueltas, van sembrando de flores todo su follaje, para volver otra vez a la tierra i seguir por ella hasta encontrar otros árboles a los que suben tambien i dejan unidos con los anteriores, formando hermosos arcos bajo los cuales el viajero descansa muchas veces de sus fatigas embebido en la contemplacion de las maravillosas obras que le presenta la naturaleza por do quiera que dirige sus miradas.

En los mismos montes crece una multitud de pencas i de arbustos frutales, entre los que se distingue la murta, árbol que tiene apénas dos varas de alto i produce una fruta colorada mui sabrosa i refrescante.

En medio de los bosques i principalmente a orillas de los ríos, se encuentran praderas cubiertas en el verano de pastos tan hermosos i crecidos que ocultan por lo jeneral a los animales lanares que pacen ellos, i en la primavera de frutillos variadas i esquisitas. Las mismas praderas se prestan con facilidad a toda clase de cultivo. Las avas, el trigo, las papas i el maiz se dan en ellas en abundancia i de muy buena calidad. Para sacar estos alimentos basta solo sembrarlos i cosecharlos: la tierra por si sola se encarga de hacerlos brotar i madurar.

Hai, empero, dos plagas que de vez en cuando caen sobre los campos i asolan las cementeras i manzanares. Estas son las palomas i los chorroyes. Bajan de las inmediaciones en bandadas tan numerosas que llegan hasta oscurecer el Sol i se echan, las palomas sobre las cementeras, i los chorroyes, sobre los bosques de manzanos, de donde sacan los indios la chicha, bebida favorita con la cual se embriagan muy a menudo. Pero en esto hai una observación singular, i es, que mientras las palomas destruyen completamente los sembrados, los chorroyes solo toman la fruta, la parten con mucho cuidado, sacan las pepas, que se comen, i arrojan el resto bajo las ramas de los árboles. Así es que los indios recogen luego los pedazos i sacan de ellos su cosecha.

La Araucanía abunda también en rico ganado vacuno i lanar. Los caballos, animales indispensables para sus moradores, que están acostumbrados a andar siempre en ellos, son de dos clases: naturales del país i argentinos. Aquellos aunque bajos, tienen buena presencia, i son ágiles i suaves. Estos, al contrario, tienen una altura mucho mayor, pero

son tardios i de un paso demasiado áspero. Los indios prefieren naturalmente los primeros, pero como son escasos, se ven obligados a ir a buscar los otros a la República Arjentina. La causa de tal escasez no es empero, la naturaleza del clima, que, léjos de perjudicar a la propagacion de esa raza, la favorece notablemente, sino los leones, enemigos poderosos que se encuentran en abundancia en todas las inmediaciones de la cordillera, sobre todo en cierto paraje denominado Pangipulli o *Tierra de los leones*. Estos animales no son tan hermeseos ni tan bravos como los de Africa. Persiguen a muerte a los caballos i los asechan continuamente. Una vez acercados éstos al lugar donde se halla escondido un león pueden contarse perdidos. La fiera salta inmediatamente sobre ellos i los agarra de las orejas. Trábase entonces una lucha horrorosa entre uno i otro hasta que el caballo queda sin vida o consigue escapar dejando sus orejas en las garras del enemigo.

Los Araucanos son mui díestros en la caza de leones. Por lo jeneral les tiran el laquí (1) i una vez que consiguen votarlos con él a tierra, se van sobre ellos i les desecuartizan. Pero muchas veces tambien les arman en los montes ciertas trampas de madera en las cuales dejan amarrado algun corderito u oveja a cuyos gritos acude el león con la esperanza de cazarlos i queda cazado él mismo.

En las selvas suelen hallarse algunos venados de dos pies de alto i de un color amarillo oscuro que son mui graciosos, chingues, gatos silvestres i zorros, i a inmediaciones de los ríos los huillines, animales semi-anfibios que se alimentan de

(1) Lazo, en cuyos extremos se encuentran amarradas dos o tres volas de plata u otra materia pesada,

pescados i viven indistintamente en las selvas o en las aguas. Tienen como dos i medio pies de largo, medio de ancho i solo cinco o seis pulgadas de alto. Sus cueros son mui apreciados en Europa, a donde se mandan algunas veces en grandes cantidades. En la cordillera abundan los guanacos.

Como animales domésticos se distinguen en la Araucanía las gallinas i los perros. En cada choza hai siempre muchas de las primeras i uno por cada persona de los segundos. Estos son de diversas clases, mui hábiles i fieles. Dánles en varios parajes el nombre de *aleman* para manifestar el odio que tienen a los colonos de Valdivia i sus inmediaciones (1).

Entre las aves merecen una mención especial : el cóndor, rei de los Andes, que solo baja a las praderas cuando esas montañas están cubiertas de nieve o amenaza la tempestad, llevándose entonces algunas ovejas o cabritos que le sirven de alimento; el flamenco, notable por su hermosa figura i sus alas de color rosado, i sus compañeros el cisne i la garza, que se encuentran a inmediaciones de todos los ríos, donde abundan tambien patos de diversas clases.

Tal es el hermoso i variado cuadro que ha presentado a mi vista el territorio de la Araucanía. Mucho mas hermoso por cierto en realidad, pero que, apénas puedo bosquejar aquí por no permitirmelo los estrechos límites de este trabajo.

En ese territorio moran los célebres araucanos, tribus

(1) Ignorando esto, me sucedió muchas veces dar vuelta la cara cuando se llamaba a alguno de esos animales.

allívas e independientes que los españoles durante trescientos años jamas pudieron avasallar i que el Gobierno de Chile, con todos sus esfuerzos, apénas puede contener al presente:

Dividense dichas tribus en tres razas: una de ellas ocupa las comarcas situadas al Norte del Valdivia i las otras dos las que se hallan al Sur del mismo río. A los araucanos que forman la primera se da el nombre de Araucanos Picuntos i a los de las segundas el de Huilliches i Cuncos. Aquellos se dividen en dependientes e independientes, division que puede hacerse tambien en el terreno que habitan, cortándolo por una linea imaginaria tirada desde la laguna de Rinihue hasta la misión de San José i prolongada desde aquí, con dirección al S. O., hasta Chanchan. Estos habitantes se diferencian mucho de los Cuncos i Huilliches, no solo por su idioma i vestidos, sino tambien por hallarse casi todos los últimos convertidos al cristianismo. Aquí nos ocuparemos solo de los primeros. Sin embargo, no estará demas que advirtamos, ántes de seguir nuestra descripción, que los Cuncos se estienden por la orilla del mar, en el terreno comprendido entre el río Calle-Calle o Valdivia i el archipiélago de Chiloé, i los Huilliches por el lado de la cordillera, hasta los grados 44 o 45, o lo que es lo mismo, el punto mas austral de Chile, de donde les viene el nombre que llevan, porque Huilliches, en idioma indígena quiere decir *hombres del sur*.

Los araucanos picuntos son jeneralmente robustos i de una estatura mas bien baja que alta. Su tez es algo áspera, de color cobre claro i sus cabellos negros, largos i gruesos. De cara casi redonda i pelada, dejan notar una nariz algo chata, ojos pequeños, pero vivos e inteligentes, i boca chica en

la que se puede ver una exelente dentadura blanca i pareja. El resto del cuerpo es mui proporcionado i los brazos i piernas de una fuerza i musculatura admirables, siendo sus pies pequeños i bajos (1).

Las mujeres son bien parecidas, gordas, de baja estatura, hermosas formas i del mismo color que los hombres. Peinanse de trenzas i rodean con ellas sus cabezas, dejando salir las puntas, a manera de cuernos, por detrás de las orejas. De éstas, lo mismo que de sus cabellos, hacen colgar grandes adornos de chaquiras i prendecitas de plata.

Hombres i mujeres alcanzan por lo regular una mui larga vida, no siendo pocos los que pasan de cien años, conservando en perfecto estado hasta tal edad, vista, pelo i dientes.

El traje de los araucanos consiste en un chamal o manta cuadrada de lana ordinaria que tejen sus mujeres i que, atada a la cintura, cuelga hasta los pies. El resto del cuerpo queda siempre desnudo, excepto cuando salen de sus casas que acostumbran cubrirlo con otra especie de manta del mismo tejido. Por lo comun, a esto solo se reducen los vestidos del araucano. Sus adornos no son otros que un cintillo o pa-

(1) Entre los Picuntos, al otro lado del Tolten, bai una tribu de indios que se diferencia mucho de las otras i a la cual se da el nombre de Boroa. Sus habitantes son blancos, rubios i hermosos; de estatura poco elevada, nariz roma i ojos grandes i azules. Díscense descendientes de los naufragos de cierto buque holandes que se estrelló contra unas rocas inmediatas no se sabe en qué época, lo que parece mui verosímil, a pesar de las conjeturas de varios historiadores i viajeros que los suponen de origen español por haber servido de destierro aquellos lugares en la época de la conquista a muchos criminales que se mandaban de la Peninsula,

fuelle lacre con que ata sus cabellos, partidos en la mitad de la frente, i unas espuelas de plata que se calza a pie desnudo i que estima mas que quanto pudieran ofrecerle.

Las mujeres usan el mismo chamal, con la diferencia que éste es un poco mas largo i que en lugar de ser solo atado a la cintura, lo es tambien a la espalda i a la altura del pecho, dejando libre la accion de los brazos.

Los atavíos que tanto desdenan los hombres por ser contrarios a su carácter, gustan mucho a las mujeres que van siempre cabiertas de chaquiras i otros adornos de plata. Entre éstos merecen notarse una especie de carabanas de dicho metal, en forma de planchas, que tienen como tres pulgadas cuadradas i son por consiguiente bastante pesadas i alargan en extremo las orejas. Cuando salen de sus casas acostumbran usar tambien una especie de mantilla prendida sobre el pecho con un alfiler de plata de un pie de largo cuyo boton es del tamaño de una manzana regular.

Los Picuntos se sirven del hermoso i expresivo idioma araucano. Es éste en tanto estremo regular i poético i su aprendizaje se halla sujeto a reglas tan claras i precisas, que parece fuera de duda que los primeros araucanos hubieran sido mas instruidos que los actuales, i, en tal caso, oriundos de alguno de esos grandes pueblos que, por los diversos cataclismos que han afligido a la especie humana, yacen hoy completamente olvidados. I no puede ser de otro modo, porque los Picuntos, por ejemplo, poseen en su idioma una multitud de frases i palabras que expresan ideas abstractas, incomprendibles para ellos i que repiten solo por costumbre en ciertas i determinadas circunstancias. Por otra parte, ese

idioma no parece ser sino el resultado de felices e intelijentes combinaciones que, por supuesto, no pueden atribuirse a un salvaje. El uso de las palabras compuestas es mui jeneral i hasta podria decirse que mui pocas son las dicciones que no sirven de raíces a otras, i que, con solo agregarles una *n*, dejan de convertirse en verbos. Todo está perfectamente reglado, i ni en los nombres, ni en otra parte alguna de la oracion pueden encontrarse esas anomalías tan frecuentes en los idiomas europeos.

El alfabeto indiano consta de las mismas letras que el latino, con excepcion de la *x*, de que carece. Tiene sin embargo, a mas de esos sonidos, el de la *u* que, cuando lleva encima un acento de izquierda a derecha, se pronuncia lo mismo que la *u* francesa, alemana i griega; i el de *th*, que se pronuncia lo mismo que si se escribiera *tr*.

He observado, admirando las aceraciones del sabio abate Molina, que este idioma posee una gran semejanza con el griego, ya sea en el infinitivo de los verbos que, como hemos dicho, termina siempre en *n*, ya en la conjugacion de éstos i en las declinaciones de los nombres, en las cuales se usa el dual, a mas del singular i plural, ya en fin, en la analogia de muchas palabras.

Hé aquí ejemplos:

INFINITIVOS.

<i>Gemen.</i>	andar
<i>Gepan.</i>	venir,
<i>Ilon.</i>	comer,
<i>Mupiltun</i>	crear,

- Gadin*. cubrir,
Amucan. viajar,
etc. etc.

CONJUGACION DE UN VERBO.

VOZ ACTIVA.—INDICATIVO.

Presente primero.

Singular	<i>Elun</i>	doi,
	<i>Eluimi</i>	das,
	<i>Elui</i>	da.
Dual	<i>Eluyu</i>	nosotros dos damos,
	<i>Eluimu</i>	vosotros dos dais,
	<i>Eluigu</i>	aquellos dos dan.
Plural	<i>Eluign</i>	damos,
	<i>Eluimēn</i>	dais,
	<i>Eluigēn</i>	dan.

Presente segundo.

Singular	<i>Eluchen</i>	doi,
	<i>Elucheimi</i>	das, etc.

Imperfecto.

Singular	<i>Elubun</i>	daba,
----------	---------------	-------

Elubuimi dabas, etc.

Perfecto.

Singular	<i>Eluuyen</i> di, <i>Eluuyeimi</i> diste, etc.
----------	--

Plusquamperfecto.

Singular	<i>Eluuyebun</i> habia dado, <i>Eluuyebuimi</i> habias dado, etc.
----------	--

Futuro primero.

Singular	<i>Eluan</i> daré, <i>Eluaimi</i> darás, etc.
----------	--

Futuro segundo.

Singular	<i>Eluuyaean</i> habré dado, <i>Eluuyaaimi</i> habrás dado, etc.
----------	---

Mixto primero.

Singular	<i>Eluabun</i> habia de dar, <i>Eluabuimi</i> habias de dar, etc.
----------	--

Mixto segundo.

Singular	<i>Eluuyaebun</i> deberia haber dado, <i>Eluuyaebuimi</i> deberias haber dado, etc.
----------	--

IMPERATIVO.

Singular	<i>Eluchi</i>	dé yo,
	<i>Eluge</i>	dá tú,
	<i>Elupe</i>	dé aquél.
Dual	<i>Eluyu</i>	demos nosotros dos,
	<i>Elumu</i>	dad vosotros dos,
	<i>Elugu</i>	den aquellos dos.
Plural	<i>Eluign</i>	demos,
	<i>Elumēn</i>	dad,
	<i>Elugēn</i>	den.

SUBJUNTIVO.

Presente.

Singular	<i>Eluli</i>	que yo dé,
	<i>Elulmi</i>	que tú dés,
	<i>Elule</i>	que aquél dé.
Dual	<i>Elulin</i>	que nosotros dos demos,
	<i>Elulmu</i>	que vosotros dos deis,
	<i>Elulgu</i>	que aquellos dos den.
Plural	<i>Elulign</i>	que demos,
	<i>Elulmēn</i>	que deis,
	<i>Elulgēn</i>	que den.

Imperfecto.

Singular	<i>E</i> lubuli	si yo diese,
	<i>E</i> lubulmi	si tú dieses, etc.
Perfecto	<i>E</i> luayeli	si había dado, etc.
Plusquamperfecto	<i>E</i> luuyebuli	si hubiese dado, etc.
Futuro primero	<i>E</i> luali	si daré, etc.
Futuro segundo	<i>E</i> luuyeali	si habré dado, etc.
Mixto primero	<i>E</i> luabuli	si hubiese de dar, etc.
Mixto segundo	<i>E</i> luyeabuli	si debiese haber dado, etc.

OPTATIVO E INFINITIVO.

El optativo se forma del subjuntivo o de los dos mixtos del indicativo con las partículas *velem vel* o *chi*, pospuestas; por ejemplo: *eluli velem!* (Dios quiera que yo dé!); *eluabum chi!* (Dios quisiese que yo diese!). El infinitivo afirmativo no se distingue de las primeras personas singulares de los tiempos del indicativo, como sucede en la mayor parte de las lenguas primitivas i sobre todo en el idioma inglés. Así todos los nuevos tiempos del indicativo tienen sus infinitivos peculiares. Cuando ocurre hacer de ellos alguna distinción se les anteponen algunas partículas determinativas (1).

(1) Molina, tom. 14, pág. 343.

Participios activos.

Presente primero	<i>Elulu</i>	aquel que dà.
Presente segundo	<i>Eluchelu</i>	aquel que dà.
Imperfecto	<i>Elubulu</i>	aquel que daba.
Perfecto	<i>Eluuyelu</i>	aquel que dió.
Plusquamperfecto	<i>Eluyebulu</i>	aquel que había dado.
Futuro primero	<i>Elualu</i>	aquel que dará.
Futuro segundo	<i>Eluuyealu</i>	aquel que habrá dado.
Mixto primero	<i>Eluabulu</i>	aquel que había de dar.
Mixto segundo	<i>Eluuyeabulu</i>	aquel que debería haber dado

Jerundio.

Primer presente	<i>Eluyum</i>	dando.
Imperfecto	<i>Eluyubum</i>	cuando daba, etc.
Segundo presente	<i>Elual</i>	por dar, etc. etc.

VOZ PASIVA.—INDICATIVO.

Presente primero.

Singular	<i>Elugen</i>	yo soi dado,
----------	---------------	--------------

Elugeimi tú eres dado,
Elugei aquel es dado,

Dual *Elugeyu* nosotros dos somos dados,

Imperfecto *Elugebum* yo era dado, etc. etc.

Participio pasivo.

Primer presente *Elugelu* dado.

Imperfecto *Elugebulu* que era dado, etc.

Segundo presente *Eluel* dado.

Imperfecto *Elubuel* que era dado, etc.

VOCES IMPERSONALES.

Indicativo.

Presente primero *Eluam* dan.

Presente segundo *Elucheam* dan.

Imperfecto *Elubuam* daban.

Perfecto *Eluuyeam* dieron.

Plusquamperfecto *Eluuyebuam* habian dado.

Futuro primero	<i>Eluayam</i>	darán.
Futuro segundo	<i>Elunyeayam</i>	habrán dado.
Mixto primero	<i>Eluabuam</i>	habian de dar.
Mixto segundo	<i>Eluuyeabuam</i>	deberian haber dado.
Imperativo	<i>Elupeam</i>	den.
Subjuntivo	<i>Eluleam</i>	den.
Imperfecto	<i>Elubuleam</i>	diesen, etc. etc.

DECLINACION DEL SUBSTANTIVO.

ANCA, CUERPO.

Singular.

Nominativo	<i>anca,</i>	el cuerpo,
Jenitivo	<i>anca-ñi,</i>	del cuerpo,
Dativo	<i>anca-meu,</i>	al cuerpo,
Acusativo	<i>anca,</i>	el cuerpo,
Vocativo	<i>a anca,</i>	¡Oh cuerpo!,
Ablativo	<i>ancamo,</i>	por o con el cuerpo.

Dual.

N.	<i>anca-egu,</i>	los dos cuerpos,
----	------------------	------------------

J.	<i>anca-eguñi</i> ,	de los dos cuerpos.
D.	<i>anca-egumeu</i> ,	a los dos cuerpos,
Ac.	<i>anca-egu</i> ,	los dos cuerpos,
V.	<i>a anca-egu</i>	joh dos cuerpos!,
Abl.	<i>anca-egumo</i>	con o por los cuerpos.

Plural.

N.	<i>Pu-anca</i> ,	los cuerpos,
J.	<i>Pu-ancañi</i> ,	de los cuerpos,
D.	<i>Pu-ancameu</i> ,	a los cuerpos,
Ac.	<i>Pu-anca</i> ,	los cuerpos,
V.	<i>Apu-anca</i> ,	joh cuerpos!,
Abl.	<i>Pu-ancamo</i> ,	por o con los cuerpos.

He aquí ahora algunas palabras araucanas que salen del griego :

ARAUCAÑO.	GRIEGO.	ESPAÑOL.
<i>Aldùn</i>	<i>aldein</i>	aumentar,
<i>caï</i>	<i>cai</i>	y,
<i>dùmen</i>	<i>dumi</i>	sumerjirse,
<i>ga</i>	<i>ya</i>	en verdad,
<i>gen</i>	<i>yenesdai</i>	nacer,
<i>lampaicon</i>	<i>lampein</i>	resplandecer,
<i>mulan</i>	<i>mullen</i>	moler,
<i>reuma</i>	<i>reuma</i>	corriente,
<i>tupùn</i>	<i>tupein</i>	azotar,
<i>etc.</i>	<i>etc.</i>	etc.



Se encuentran todavía en el idioma araucano muchas palabras de origen latino que en nada se asemejan al español. Por ejemplo :

ARAUCANO.	LATIN.	ESPAÑOL.
<i>am</i>	<i>an</i>	quizá,
<i>aren</i>	<i>ardere</i>	arder,
<i>cupa</i>	<i>cupere</i>	desear,
<i>dapin</i>	<i>dapinare</i>	banquetejar,
<i>eja</i>	<i>eja</i>	ea pues!
<i>ejun</i>	<i>ejulare</i>	llorar,
<i>em</i>	<i>hem</i>	ah!
<i>en</i>	<i>heu</i>	hai,
<i>hui</i>	<i>hui</i>	hu,
<i>lev</i>	<i>levis</i>	veloz,
<i>lumùlmën</i>	<i>lumen</i>	resplandecer,
<i>liv</i>	<i>lux</i>	esplendor,
<i>man</i>	<i>manus</i>	mano diestra,
<i>mu</i>	<i>multus</i>	mucho,
<i>munun</i>	<i>munus</i>	dar,
<i>no</i>	<i>non</i>	no,
<i>non</i>	<i>no, as</i>	nadar,
<i>petun</i>	<i>petere</i>	recobrar,
<i>petoican</i>	<i>petulcus</i>	lascivo,
<i>punun</i>	<i>penis</i>	rabo,
<i>putun</i>	<i>potare</i>	beber,
<i>then</i>	<i>tempus</i>	tiempo,
<i>valin</i>	<i>valere</i>	valer,
<i>valën</i>	<i>valere</i>	poder,

ARAUCANO.	LATIN.	ESPAÑOL.
<i>ve</i>	<i>ve</i>	Oh!
<i>velem</i>	<i>vellem</i>	quisiera,
<i>une</i>	<i>unus</i>	uno.

Al decir que los araucanos del dia no parecen tan instruidos como los antiguos, no hemos hecho mas que asentar una verdad comprobada por la historia que nos habla de hombres agudos e intelijentes en la época de Caupolicán i Lautaro, miéntras que el viajero que ahora recorre esas comarcas i examina el aspecto, maneras i costumbres de sus habitantes, no puede ménos de asombrarse del estado de barbarie i estupidez en que se encuentran. Ellos en efecto, no tienen la menor instrucción, ni procuran adquirirla ; i solo de algun tiempo a esta parte se ve a los caciques principales enviar a sus hijos a las escuelas de las misiones inmediatas para que aprendan algunas nociones jenerales, nociones que éstos a su vuelta al techo paterno suelen propagar entre los demás habitantes.

En ideas religiosas no están tampoco mui adelantados i aun cuando reconocen un Dios Creador i Protector del Universo, al que llaman Pillan, tienen sin embargo, otras divinidades de un órden inferior a los cuales rinden el mismo culto. Entre éstas merecen notarse : Eponemon, dios de la guerra, Moilen, dios del bien, i Güecubu, dios del mal i autor de todas las desgracias que afligen a la humanidad. Creen que hai un lugar privilejiado donde habitan estos dioses, a quienes su-

ponen en contacto con los hombres i el universo por medio de ciertos jenios que les sirven de mensajeros. Creen tambien en la inmortalidad del alma i en las penas i recompensas de una vida futura, i se imaginan que aquellas son dolores i sufrimientos eternos i éstas goces i placeres de la misma clase, como asi mismo que la segunda vida principia al otro lado de cierto cerro misterioso situado en medio del Océano, adonde van a parar las almas cuando se separan de los cuerpos.

No tienen ni templos, ni sacerdotes: su culto se reduce a ciertos sacrificios de animales, hechos al aire libre, con los cuales creen aplacar la cólera de los dioses, a quienes suponen enojados cuando se ven aflijidos por alguna peste o calamidad. Usan tambien libaciones de chicha i aguardiente, i, ántes de consumirlas, mojan la mano en los vasos i arrojan unas cuantas gotas con dirección al Volcan de Villa-Rica, donde suponen que se halla el Omnipotente Pillan.

Pero si los araucanos se muestran poco preocupados por sus dioses, no sucede lo mismo con sus médicos o hechiceros, a quienes consultan mui a menudo i obedecen ciegamente, a pesar de hallarse desprovistos de toda ciencia i no ser mas que puros charlatanes.

Divididos en tribus enteramente independientes, los araucanos Picuntos no reconocen mas autoridad que la de su cacique. Entre una tribu i otra no se notan ya las antiguas dependencias de que nos hablar los historiadores al referirse a los butalmapus, i, mui al contrario, suelen darse malones o salteos reciprocos i hacerse tambien la guerra. Esto no quiere

decir, sin embargo, que deje de haber entre ellas vínculos dé alianza que las unan en el peligro. Pues vemos todos los días que apénas tienen la menor noticia de algún movimiento de tropas chilenas en la frontera, todos esos caciques se buscan inmediatamente a fin de reunirse en parlamentos i deliberar en ellos lo que mas conviene a sus intereses.

Los caciques se hallan investidos pues, de una grande autoridad, i, para atender a todos los cuidados que ella les demanda, se rodean de cierto número de indios a quienes se da el nombre de mocetones. De éstos unos sirven de correos, otros de guardias i otros de agentes del cacique. Los primeros se hallan apostados en diferentes puntos del territorio, desde la frontera hasta la casa misma de su jefe, i están encargados de traerle noticias inmediatas de cuanto suceda, ya sea en la frontera, ya en los diversos puntos de su territorio. Son tan báiles i diestros, que en muy corto tiempo pueden recorrer todas las tribus de la araucania i comunicarles una noticia cualquiera. El viajero que recorre esas comarcas se admira muchas veces al ver que le esperan en una reducción adonde apénas va llegando, pero así que mira en torno suyo i divisa tirados en el suelo i cubiertos de sudor a un indio i su caballo, cesa toda su admiración, reconociendo en aquel indio al correo que acaba de anunciarlo.

Los adelantos que estas tribus hacen en las ciencias i en las artes son casi nulos. Tienen sin embargo, algunas buenas nociones de astronomía i de medicina i las mujeres sobre todo se aplican con solicitud a la agricultura. Dividen el año en es-

taciones, meses i días como nosotros, aunque no exactamente. A cada mes le dan solo treinta días, excepto al último que le agregan los que faltan para completar trescientos sesenta i cinco, que tiene el año. Fijan la duración de éste por dos solsticios; el primero el veintidos de diciembre i el segundo el veintidos de junio. A los meses los llaman jeneralmente lunas i por eso nada mas comun que oírlos decir, al hacer sus tratos o dar citas, *en tal i tal luna* (cujen) etc.

He aquí los nombres que dan a los meses:

Enero,	<i>Avun-cújen,</i>	Mes de la fruta,
Febrero,	<i>Cogi-cújen,</i>	mes de la cosecha,
Marzo,	<i>Glor-cújen,</i>	mes del maíz,
Abrial,	<i>Rimu-cújen,</i>	mes primero del <i>rimu</i> ,
Mayo,	<i>Inanrimu-cújen,</i>	mes segundo de la flor <i>rimu</i> ,
Junio,	<i>Thor-cújen,</i>	mes primero de la espuma,
Julio,	<i>Inanthor-cújen,</i>	mes segundo de la espuma,
Agosto,	<i>Huin-cújen,</i>	mes molesto,
Setiembre,	<i>Pillel-cújen,</i>	mes impostor,
Octubre,	<i>Hueul-cújen,</i>	mes primero de nuevas ventas,
Noviembre,	<i>Inanhueul-cújen,</i>	mes segundo de nuevas ventas,
Diciembre,	<i>Huevun-cújen,</i>	mes de la fruta nueva.

He aquí ahora los nombres de las estaciones:

<i>Ucan,</i>	el estío,
<i>Peuggen,</i>	la primavera,
<i>Puchem,</i>	el invierno,
<i>Gualug,</i>	el otoño.

Los picuntos nada saben de la Aritmética i apenas se atrevén a contar hasta ciento. Dicen:

<i>Quigne</i>	uno,
<i>Epu.</i>	dos,
<i>Cula.</i>	tres,
<i>Meli</i>	cuatro,
<i>Quechu</i>	cinco,
<i>Cayu</i>	seis,
<i>Relghe</i>	siete,
<i>Pura</i>	ocho,
<i>Aylla</i>	nueve,
<i>Mari</i>	diez.

De estos números se derivan los demás hasta ciento, como sigue:

<i>Mariquigne</i>	diez i uno u once,
<i>Mariepu</i>	diez i dos o doce,
<i>Maricula</i>	diez i tres o trece,
<i>etc.</i>	etc.
<i>Epumari</i>	dos veces diez o veinte,
<i>Quigne epumari</i>	uno i dos veces diez o veintiuno,
<i>Epu mari epu</i>	dos i dos veces diez o veintidos,
<i>etc.</i>	etc.
<i>Culamari</i>	tres veces diez o treinta,
<i>Melimari</i>	cuatro veces diez o cuarenta,
<i>Quechumari</i>	cinco veces diez o cincuenta,
<i>Cayumari</i>	seis veces diez o sesenta,
<i>Relghemari</i>	siete veces diez o setenta,

<i>Puramari</i>	ocho veces diez u ochenta,
<i>Ayllamari</i>	nueve veces diez o noventa,
<i>Pataca</i>	ciento,
<i>Patacamari</i>	ciento diez,
<i>Pataca epumari</i>	ciento veinte,
	<i>etc.</i>	<i>etc.</i>
<i>Epu pataca</i>	doscientos,
<i>Cula pataca</i>	trescientos,
	<i>etc.</i>	<i>etc.</i>
<i>Huaranca</i>	mil,
<i>Epu huaranca</i>	dos mil,
	<i>etc.</i>	<i>etc.</i>

De este modo 1859 en araucano se diría: *quigne huaranca pura pataca quechumari aylla*; i 1861, *quigne huaranca pura pataca cayumari quigne*.

Los numerales ordinales se forman de los cardinales, agregando a éstos la partícula *lelu*:

<i>Quignelelu</i> ,	primero,
<i>Epulelu</i> ,	segundo,
<i>Culalelu</i>	tercero,
<i>etc.</i>	<i>etc.</i>

En lugar de escritura usan los araucanos algunas veces de látigos o cañamos anudados de cierta manera, por medio de los cuales se trasmiten las noticias reservadas de una tribu a otra.

En medio de su ignorancia, el araucano tiene mui bellas cualidades que lo distinguen de los demás indígenas de la Amé-

rica. Intrépido i valiente, no se rinde jamas i desiente palmo a palmo su territorio contra cualquiera enemigo que ose invadirlo. La patria es para él mas que cuanto puede haber en el universo : ámala como ama la independencia i siempre está dispuesto a defenderla con su sangre. Celoso de su honor i el de sus mujeres, se le ve reñir a cada instante por cualquiera palabra que los ofenda aunque indirectamente. Fiel en sus tratos, busca a sus acreedores para pagarles el dia mismo que se cumple el plazo estipulado. Cuerdo; nada hace sin pensarlo. Jeneroso i agradecido, gusta de socorrer al indijente i volver favor por favor. En estremo hospitalario, jamas deja en la puerta al peregrino.. De una memoria increible, no olvida nunca el beneficio ni la injuria recibida. Paciente, en fin, sufre con resignacion toda clase de trabajos i fatigas. Desgraciadamente al lado de éstas virtudes resaltan tambien algunos vicios que hacen desmerecer no poco la pintura que de éstos salvajes acabo de hacer. Entre ellos se notan principalmente la borrachera i la ociosidad.

Las mujeres tienen por lo jeneral un carácter sumiso i afable i se manifiestan mui intelijentes en el menaje de la casa i en la crianza de sus hijos. Pùdicas por naturaleza i por costumbre, exeden en esta virtud a muchas naciones que se precian de poseerla. Entre los araucanos no se conoce el adulterio, i, si alguna vez este feo crimen viene a turbar la paz doméstica, la muerte es la pena que se impone a los que se creen reos en la conciencia pública.

Creo conveniente advertir aquí que entre los indijenas de la araucania se encuentra una moralidad mas pura de la que jeneralmente se cree. Es cierto que los habitantes de la fron-

teria son corrompidos casi siempre, pero esto es solo porque, a sus vicios naturales, unen los de los extranjeros cuyo trato cultivan, cosa que no sucede en el interior del territorio.

La poligamia está encarnada en las costumbres de los Picuntos. Cada uno de ellos tiene dos, tres, cuatro i hasta doce mujeres, segun se lo permiten su rango i condicion.

Triste i mui triste es la suerte de la mujer entre los araucanos. Sometida enteramente a las órdenes de sus padres, pasa su niñez ocupada en los quehaceres de la casa, sin tener las distracciones i entretenimientos que tanto se desean en esa edad. Crecida ya, sigue bajo la misma sujecion hasta que algun Picuento solicita su mano. Pero aun entonces carece de la libertad de escoger una persona de sus simpatías, porque el matrimonio se arregla sin que ella pueda saberlo por medio de una especie de venta, como veremos mas tarde en el curso de estos viajes.

Antes de concluir este pequeño bosquejo del territorio araucano i de sus pobladores, creo que no estará demas decir algunas palabras acerca de los alimentos de que éstos se sirven. Es opinion mui jeneral en el dia que en aquellas rejonnes se come solo la carne del caballo; pero esto sucede raras veces, porque abunda allí el ganado vacuno i lanar, principal alimento de los indijenas.

Come ademas el Picunto la carne de leon, guanaco, venado i chancho, i es no poco aficionado a las gallinas i huevos. El pescado suele probarlo de cuando en cuando, por no tomarse talvez el trabajo de buscarlo.

Los habitantes de la costa viven jeneralmente de mariscos, collofo i luche. Estos dos últimos alimentos son mui apreciados

en toda la araucanía i forman el plato favorito del indijena. Para buscarlos vienen en ciertas épocas del año familias enteras desde el pié de la cordillera hasta la costa i pasan allí algunos días.

Otros alimentos principales de los indios son el mais, las papas, el trigo i las avas.

Sus bebidas están reducidas al ulpo (1) i a las chichas de manzana i de mais.

22 DE MAYO.

Disponíame a continuar mi viaje en cuyos preparativos me ayudaba don Adriano Mera, cuando sobrevino un fuerte aguacero que duró hasta el primero de junio i que me obligó a permanecer en la mision hasta la misma fecha.

Durante ese tiempo me contraje a estudiar el idioma araucano del que tenía tanta necesidad. Los ratos que no ocupaba en dicho aprendizaje los consagraba al estudio de la mision.

Ciertamente que no cumpliría con un deber de justicia, si no hiciese aquí mención especial de la heroica virtud de los misioneros, de su ejemplar mansedumbre, de su inagotable caridad i del espíritu eminentemente evanjélico de que se hallan animados.

¿Qué mision mas grande i mas noble que la de separarse voluntariamente de la sociedad i renunciar a las comodidades de la vida para abrazar con la fé i abnegacion de los apóstoles esa carrera de privaciones, de sacrificios i de padecimientos que abraza el misionero al escojer por morada las

(1) Agua mezclada con harina tostada.

reducciones araucanas? Qué mision mas bella i sublime que la de ser los mensajeros de la luz en aquella tierra de oscuridad i de tinieblas? ¡i todo ello por qué? Porque aman a la humanidad como la amaba el Redentor, porque comprenden el ministerio de que se hallan investidos, ministerio de prueba, de predicacion perpétua i de eterna e inagotable caridad. ¡Qué abnegacion tan bella i digna de ser imitada por todos los que abrazan la carrera eclesiástica!

Muchos de esos sacerdotes, verdaderos dechados de virtud, son hijos de padres poderosos, i herederos de inmensas fortunas; i sin embargo han dejado las risueñas i mundanales perspectivas de la vida por la soledad del desierto. No tienen ni aun la remota esperanza de que sus nombres pasen a la posteridad ni de que su ejemplo despierte una santa i digna emulacion. Morirán, i con la última paletada de tierra que caiga sobre sus restos, habrán muerto tambien sus nombres i quien sabe si habrá una lágrima siquiera entre aquellos salvajes que vaya a humedecer la fria fosa de los que vivos fueron para ellos todo amor i sacrificios!

Me complazco en consignar aquí estas pocas líneas en recuerdo de esos dignos sacerdotes i siento que no me sea posible testificarles de otra manera el profundo respeto i la grande admiracion que me inspiran por su celo e inagotable caridad. Yo los vi muchas veces penetrar en el territorio araucano sin mas armas que sus breviarios, dispuestos a enseñar la palabra de Dios a los salvajes, i algunos días despues los miré volver tambien con la cabeza baja i las lágrimas en los ojos por no haber podido conseguir su objeto. Otras veces los oí contar las objeciones de los salvajes, objeciones que éstos creen mui poderosas, pero cuya solucion no

puede darles el misionero como quisiera, porque ello importaría la perpetuidad de ciertos vicios i costumbres criminales que rechaza la civilización i que condena el evangelio divino. Variar las costumbres de sus antepasados es un imposible mayor que todos los imposibles para el indígena araucano ; i para el misionero un objeto de continuas e inútiles exhortaciones (1). Cansado éste de ver lo infructuoso de sus tra-

(1) En una obra que, bajo el título de «Memoria sobre la Araucanía», publicó hace poco, en esta capital, el P. Fr. Victorino Palavicino, puede verse una confirmación de lo que yo mismo he presenciado varias veces. Léese en efecto, en la páj. 46 de dicha obra lo que sigue :

«El cacique Pichuñmanque, de quien ya he hablado, vivía a inmediaciones de Nacimiento (poco más de dos leguas) era cristiano, me tenía una particular afición, varias veces depositó en mí su confianza en asuntos de interés, me consultaba en sus negocios : muchas veces adhería a mis consejos ; sabía muy regular el idioma español, que era el que usaba en sus contratos : en una palabra, más parecía un hacendado de campo, que un araucano. Cuando lo conocí habitaba una miserable cabaña : le aconsejé hiciera una casa de teja que le prestase alguna comodidad, resistió por algún tiempo, oponiendo las costumbres de sus mayores, i también manifestándome el temor de que los demás indios, viéndole emprender un trabajo tan desusado i desconocido entre ellos, lo creyesen demasiado adherido a los españoles, i por consiguiente le mirarían como enemigo, i quizás atentaran contra su vida misma. Sin embargo, desvanecidos sus temores con mis reflexiones, se resolvió por fin : para realizarlo tuve yo que proporcionarle parte del material, i también los artesanos, todo lo que él pagó. Otros trabajos emprendió también a instancias mías. Esa adquisición a mis reflexiones i consejos, la buena razón que aparentaba, i el carácter de cristiano que revestía, parece debía ser una garantía que asegurase el buen éxito de su conversión una vez que se tratase de ella. Pues bien, enfermó de gravedad este cacique, i luego me hizo llamar ; corrió apresuradamente ; mi presencia le alegró. Me preguntó ¿qué haría? pues se veía enfermo de gravedad,

jos, no le queda otro consuelo que dedicarse a la educacion de los indiesitos que, a duras penas, puede sacar del seno de sus padres con la obligacion de vestirlos i alimentarlos gratuitamente.

Tuve ocasion de visitar dos veces la escuela que sostenia la mision. Habria en ella como veinte muchachos casi todos hijos de caciques principales de la Araucania. Noté que todos

de cuya enfermedad creia morir. No le hablé de conversion todavia por no herir su susceptibilidad: mis consejos se dirijieron primero a que dispusiese arregladamente sus intereses, haciendo su ultima disposicion con toda claridad, para de ese modo evitar pleitos a sus hermanos e hijos: me lo agradeció i convino en ello. Me propuso entonces que yo le dirijiese en este asunto, a lo que me presté gustoso. Despues de haber hablado bastante a este respecto, encontrando en él tanta docilidad, i al parecer tan buena disposicion a convenir en todo lo que le proponía, creí era aquella la ocasion mas oportuna, que no debia perder, para hablarle de conversion, no al cristianismo, pues ya era cristiano, i si, a morir como tal, especialmente hallándose de peligro. Tenia dos mujeres tomadas segun sus costumbres i ceremonias, i seguia en todo todas las demas prácticas de los araucanos no cristianos. Aquí el escollo: aquí concluyó toda la docilidad i buena disposicion: toda reflexion, toda razon para convencerlo fué débil, inútil: las costumbres de sus padres, los usos de la tierra fué el muro inespugnable. Viniéreron en seguida dos hermanos del cacique a aumentar su dureza. La mujer misma, que era con la que al parecer debia contraer matrimonio, por ser la que mas distinguia, i la que gobernaba la casa, i que por lo mismo parecia deberia tomar empeño por la separacion de la segunda, como es mui natural creerlo; fué ella misma la que manifestó mas oposicion diciendo: *que eso no podia ser: que la mujer segunda no podia separarse, ni el cacique despedirla, porque ademas de la costumbre, ya se habian hecho por ella las pagas a sus parientes.* Despues de ésto fué envano fatigarme, como lo hice, por convencer a un hombre que por toda contestacion daba la costumbre de sus mayores i los usos de la tierra. Allí concluyó pues toda la confianza i docilidad, sin que

esos niños aprendian a leer, escribir, contar i rezar, i, habiendo examinado a algunos, los encontre mui adelantados. Los PP. les suministraban el alimento i el vestido, lo mismo que los libros i útiles de caligrafia. Por todo esto nada recibian de sus parientes. El Supremo Gobierno les daba solo sesenta i dos i medio centavos por cada niño. I como esa insignificante cantidad no podia bastar en manera alguna para cubrir

otra vez hasta su muerte me volviese a tocar nada ni de disposiciones testamentarias, ni de otra cosa. Poco dias despues volvi a su casa sin mejor resultado, repitiéndolo por otras dos veces mas i todo inútilmente. Algun tiempo despues llegó allí el prelado de misioneros; le referí el hecho, i me invitó a volver a ver al cacique, admirado sin duda de tanta resistencia increible en un hombre cristiano, que se hallaba gravemente enfermo, cuya buena razon yo le encomiaba, refiriéndole ademas la deferencia que hacia mi manifestaba: para darle una prueba de ello mandé un recado al cacique, pidiéndole me mandase caballos para visitarle con otro compañero, pronto me mandó dos caballos: llegados a su casa, inicié yo un poco flojamente el asunto, convencido por la experiencia que el resultado seria nulo: pero al menos para dar al prelado de misiones ocasion de continuararlo como lo hizo; teniendo por resultado el que debia esperarse con mas razon, pues era la primera vez que veia a aquel cacique, i esta gente si de quien conoce desconfia, ya se dejá ver cual será su conducta respecto de aquel que ne ha tratado. Quizo el prelado hablar a la mujer (la primera) del cacique, i por resultado tuvo una pesada i mortificante burla..... Se quedó pues el cacique con sus dos mujeres i siguiendo sus prácticas superticiosas hasta morir con ellas. Cuando la enfermedad se agravó mas, hubo sus *machitunes*, ceremonia fastidiosa, que dura dos a mas dias segun la categoria del enfermo, i últimamente el mismo cacique envió uno de sus hermanos a *Voroé* (distante setenta o mas leguas) a consultar una *adivina* de fama que allí hai, sobre la causa de su enfermedad, llevando la rapadura de la lengua, las extremidades de las uñas i cabellos del enfermo, todo envuelto en un poco de lana puesta en un baso de hasta. La adivina, segun me

los gastos que mensualmente demandaba el alimento i ropa de los muchachos, los PP. misioneros, se veian obligados a repartir con ellos el sínodo que tienen asignado por el Estado i hasta las pequeñas limosnas que recibian de cuando en cuando de la Sociedad Evanjélica de Santiago. Mas todavía, muchas veces los vi yo mismo privarse hasta del cigarro, su única distraccion, a fin de aprovechar esta miserable econo-

lo contó el mismo hermano enviado, hizo hablar esas reliquias del cacique (he oido a varias personas que se cree que la tal adivina sea una india ventrilocua) i de resultas declaró por autores del daño a una hermana del mismo cacique, un hijo de la misma como de catorce años, una cuñada del mismo i una hija, todos los que fueron bárbaramente degollados sin oposición ni resistencia alguna de parte de sus respectivas familias: el cacique murió a los pocos días tal como había vivido a pesar de sus *machitunes* i consultas de adivina, i del degüello de las infelices víctimas, recibiendo si la adivina su buena merced por su *trabajo* de adivinar.

«Colipi (el padre) convino en mi proposicion de bautismo estando en vísperas de espirar; pero cuando para hacerlo le propuse la separacion de veintitres mujeres de las veinte, i cuatro que tenia, me despidió sin quererme dar mas oido por mas instancias que hice, i murió a los pocos días con sus veinticuatro mujeres: i muriendo, a consecuencia de la consulta de la adivina, cinco infelices por el *daño*, logrando escapar dos mas tambien culpados del mismo delito, con la precipitada fuga.

«El hijo (de Colipi) enfermó gravemente en Nacimiento: se dudaba de su bautismo. Tambien admitió mi propuesta: tenia tres mujeres; en sus apuros me prometió dejar dos i contraer matrimonio con una, la que quisiese hacerse cristiana: yo no creí tal promesa, i como estaba allí mismo dónde yo residia, diferi el bautismo estando en observacion del peligro. Alivió de esa enfermedad i tan lejos estuvo de cumplir su promesa, que luego tomó otra mas sobre las tres mencionadas, con la particularidad que la última era mujer de su padre i hermana de su madre: i cuando yo despues le reconvenía por todo esto, se burlaba de mi, i de este modo murió asesinado por *Majin*.»

mía en el pago de una persona que se hiciese cargo del lavado de los niños. Esto me enterneció sobremanera i me hizo formar una idea de los sacrificios de aquellos religiosos i de su ardiente caridad. I confieso que por ello me parecieron, mucho mas dignos de respeto i veneracion, que cuantos sacerdotes había visto durante toda mi vida.

2 DE JUNIO.

Las lluvias cesaron al fin i pude volver a continuar mi viaje. Provisto de cabalgaduras i acompañado del jefe de amigos Jaramillo, del lenguaraz i de los mineros i mozos que traia desde Valdivia, me despedí de los misioneros i marché hacia el Poniente pasando por Quechuco i Cuyan hasta llegar a Tres Cruces, a donde arribé despues de una marcha de mas de dos horas.

Este paraje tiene solo tres casitas situadas pintorezcamente en la falda de una elevada montaña a la que subimos inmediatamente. Desde la parte superior de ésta se presenta una vista mui agradable: por el Sur el pueblo de San José i el río Cruces, por el Oriente la Cordillera de los Andes con los volcanes de Villa-Rica i Llaima i por el Poniente quebradas de aspecto tan salvaje i tan cubiertas de bosques que al ojo mas escrutador hubiera sido difícil descubrir la tierra. Despues de contemplar durante algunos instantes ese hermoso panorama, seguimos por la cumbre subiendo i bajando cuestas, cruzando caminos fragosos, hasta llegar a un valle regado por las aguas de un caudaloso torrente. Era el Lingue situado a orillas del río del mismo nombre. En él no hai mas que una sola casita. I como ella sirve de límite entre los

terrenos que posee el Gobierno i los de propiedad de los indios, está habitada por un soldado que tiene obligacion de pasar el río al correo i demás personas que quieran cruzarlo e impedir que se introduzcan licores a los indios de las misiones.

Allí determinamos pasar la noche.

3 DE JUNIO.

Despues de haber encomendado al soldado el cuidado de nuestras cabalgaduras, nos embarcamos en una piragua i seguimos el curso del río. Como las lluvias habian aumentado considerablemente sus aguas, nuestra marcha fué bastante rápida i en cierto modo peligrosa, porque, siendo demasiado torcido el cauce del río, la embarcacion en que ibamos no podia mantenerse siempre en el centro i se dirijia a cada instante impulsada por la corriente de una orilla a otra.

Al cabo de una hora pudimos llegar sin novedad a cierto punto que presenta grandes llanuras a uno i otro lado de las aguas. Descubrimos no lejos de allí i en un terreno perfectamente cultivado la casa del cacique Martin situada en un sitio llamado Mehuin.

Como hiciéramos comprender a ese cacique que el objeto de nuestro desembarque era hacerle una visita, envió luego a varios de sus hijos para que condujesen nuestro equipaje i él mismo salió en seguida a recibirnos hasta el umbral de la puerta de su casa. Saludónos con el *marri-marri*, frase sacramental entre los indios, i nos invitó a pasar en seguida adentro.

La casa era por lo menos de cuarenta varas de largo sobre

veinte de ancho. El esterior presentaba la forma de una capilla i el interior la de una especie de pasadizo de diez varas de ancho dividido en tres partes, en medio de cada una de las cuales ardía un fuego.

Aquello no me estraño mucho en verdad, porque ya había sido instruido de la rara costumbre de los indios de tener un fuego por cada mujer i de la otra no ménos estraña i curiosa de preguntarse *¿cuántos fuegos tienes?* en lugar de *cuantas mujeres*. Sin embargo necesitaba verlo para poder formar una idea del estúpido materialismo que se nota en aquellos salvajes, materialismo que les hace considerar a la compañera de su vida, a la amiga i confidente de sus dolores i penas, a la madre de sus hijos, como una cosa o animal cualquiera.

Volviendo ahora a la habitación del cacique Martín. Era un galpon construido de coligüe, barro i totora, sin mas que una sola puerta, que daba paso indiferentemente a los hombres i a los animales. En la parte superior de dicho galpon había un soberado donde se guardaba la cosecha; en la inferior i a ambos lados del pasadizo diversos departamentos separados por quinchas de coligüe i destinados para dormitorios de la familia.

Cuando entramos, las mujeres estaban sentadas cerca del fuego sobre veralcas (1) con las piernas cruzadas i teniendo consigo a sus hijos. Nos invitaron a sentarnos i pocos minutos despues nos encontramos en sociedad con aquella gente. Mi lenguaraz cumplió con ellos los deberes de urbanidad. Los saludó recitando la fórmula de sus cumplimientos, que fué para mí una jerigonza rápidamente hablada entre ellos que

(1) Pieles de guanacos.

duró mas de media hora. Aquella conversacion era un canto de violentos compases al principio, que seguia en *crescendo* hasta llegar á la mas caprichosa *foritura*. Concluida la ceremonia, se trajo un cordero vivo que se ató a un poste; lo degollaron, en el cuello sangriento echaron sal i aji, i la sangre caliente todavía, así condimentada, fué servida en pequeños platos de palo a todos los que nos hallábamos presentes.

El convite en efecto me repugnaba, pero ¿qué hacer entre salvajes? una negativa de mi parte, habría inutilizado todos mis proyectos, i, discurriendo como los franceses que, *à la guerre comme à la guerre*, me resolví a sacar el mejor partido de mi situación i acepté la sangrienta ofrenda. Sirviósenos después el mismo cordero de tal manera asado que habrían tenido envidia los mejores *restaurateurs* de Lóndres o de París.

Terminada la comida, ofrecí al cacique i a sus mujeres algunos regalos de pañuelos lacres, tabaco i chaquiras, de que parecieron mui satisfechos.

Martin tendrá de cincuenta a sesenta años; es robusto i de presencia agradable. Sus mujeres, que no son jóvenes, no carecen de regularidad en sus facciones.

La tarde era hermosa, Martin, que se encontraba albagado por mi visita, me invitó a conocer sus tierras. Aceplé con la mejor gana del mundo su invitación i tuve el gusto de encontrarlas tan bien cultivadas como se podía exijir, sin ciencia i sin artes, de aquellos naturales. Los campos, ademas de su producción natural, daban alimento a multitud de ganado vacuno i lanar de propiedad del cacique.

En una de mis excursiones en aquel dia, tuve la felicidad de encontrarme con el padre de Martin. El buen viejo araucano contaba ciento diez años de edad ; todos sus sentidos estaban despiertos, tanto que, a esa avanzada edad, recordaba el castellano i podía expresarse con facilidad en este idioma.

Cambié con el anciano algunas palabras i entre otras cosas recibí de él el encargo de saludar a S. E. el Presidente de la República i decirle que esperaba verlo ántes de morir.

4 DE JUNIO.

Al alba estábamos dispuestos a seguir nuestra marcha. La embarcación en que habíamos llegado quedaba en un lugar seguro a cargo de Martin. Este, que me había proporcionado caballos i mulas, no quiso dejarme partir sin la compañía de su hijo, conformándose en ello a la costumbre de todos los araucanos que no dejan salir de su reducción a ningún amigo sin hacerlo acompañar hasta la inmediata por uno o dos mocetones.

Seguimos pues el curso del Lingue hasta su desembocadura en el mar que dista unas ocho cuadras de la casa que dejábamos.

En este punto se ofreció a nuestra vista un cuadro bello e imponente. A ambos lados se eleva la cordillera de la costa, cubierta de espesos montes que forman una ensenada en cuyo centro sobresale una multitud de rocas levantadas en forma de torres, castillos i otras caprichosas figuras. Si a esto se agrega el aspecto de un mar embravecido cuyas olas se estrellan estrepitosamente contra las rocas, cubriendolas con sus espumas hasta una altura considerable, i por otra

parte, la hermosa vista de los campos llenos de ganados i recorridos por el torrente cuyo curso habíamos seguido, apenas se podrá formar una idea de aquel hermoso cuadro.

Despues de haber contemplado durante algunos instantes el espectáculo que se ofrecía a nuestra vista, proseguimos nuestro camino hacia el Norte, subiendo una de las montañas de que acabamos de hablar. Esta por ser en extremo parada i no tener mas camino que un sanjon por el cual acostumbran correr las aguas, sanjon de una gran profundidad i de una anchura por la que únicamente puede pasar un caballo; nos ofreció muchas dificultades. Aun creo que jamas he pasado en mi vida por un camino mas áspero e incómodo. Recuerdo en efecto, que en la mayor parte de la subida tuve que echar las piernas a las ancas del caballo i agarrarme de su pescuezo para no maltratarme, operacion indispensable al andar por aquella senda i que vi ejecutar diestramente a mi compañero, el hijo del cacique Martín.

Siguiendo por la cumbre i despues de dos horas de camino, bajamos por una cuesta casi tan parada como la anterior i llegamos a un hermoso llano donde está situada la reducción de Queule. Este paraje se conoce que ha sido ántes una hermosa ensenada que, por el lento retiro de las aguas i ellevantamiento de la costa, ha cesado de servir de lecho al mar para convertirse en un terreno fértil i cultivado.

La posición del pueblo es muy pintoresca. Está situado en un valle como de media legua cuadrada de extensión, cruzado de Norte a Sur por el río Queule, circundado por el Este por un

semicírculo de montañas elevadas i cubiertas de espesos bosques, i resguardado al Oeste por algunos morros de arena que, aunque le sirven de defensa contra los vientos, van inutilizando, sin embargo, poco a poco sus terrenos por la arena que arrojan sobre ellos. Hacia el Norte hai una especie de promontorio formado por el cerro Nigue de que ya hemos hablado. En la parte del Sur i al pie de la cerranía por donde habíamos entrado se hallaba una misión de capuchinos i cuatro casas de chilenos, i, un poco mas al Norte, diez u once de naturales, todas ellas edificadas en terrenos planos i cultivados i a orillas del Chamil, afluente del Queule. Un poco mas al Norte, cerca del cerro de Nigue hai otras habitaciones de indijenes. Entre el Queule i el mar i a inmediaciones de los morros ya dichos se encuentra ademas el *Campo Santo*, terreno en cuya cercanía vive el cacique Pocura.

Impuesto ya el lector del aspecto i topografía de ese lugar, seguiré ahora refiriéndole los acontecimientos principales de mi viaje.

Siendo necesario ver desde luego al cacique de la reducción para avisarle de nuestra llegada, nos dirijimos a su casa donde fuimos recibidos por un jóven que se apresuró a hacernos entrar. Despues de habernos sentado i mientras que el hijo de Martín daba parte del mensaje de su padre i mi lenguaraz se ocupaba de los cumplimientos de costumbre, sentí en derredor mío un olor nauseabundo e insufrible. Acerté a mirar hacia arriba i vi con sorpresa colgado de una viga un cadáver medio podrido, lo que me causó no poco disgusto i repugnancia.

Concluidas que fueron las salutaciones, pregunté a mi len-

guardaz lo que significaba aquello i me respondió que eran los restos mortales del padre del cacique jóven fallecido dos semanas ántes, restos que, en conformidad a una costumbre muy general entre los indios, se guardan durante quince o mas dias, no solo para manifestar el dolor que causa la separacion del difunto, sino tambien para dar tiempo a las viudas a que se dispongan para el entierro, haciendo chicha de manzana i maiz, acopiando aguardiente, i buscando las vacas, corderos, chanchos, gallinas i demas cosas que sirven de ordinario para una fiesta de esta naturaleza, a la cual son invitados todos los amigos i conocidos de la casa i los caciques i mocetones de las reducciones inmediatas.

Iba a retirarme de seguida porque la felicidad me ahogaba; pero tuve que consentir en quedarme para tomar, como en Mehuin, la sangre de un cordero i comer muy a mi pesar en presencia del nauseabundo cadáver, un plato de asado del mismo animal entremezclado con maiz.

Acabada que fue esta ceremonia, hice varios regalos al jóven cacique i a sus mujeres i me despedí de todos ellos, prometiendo volver el dia que tuviese lugar el entierro.

En seguida nos dirijimos a la misión donde se nos había preparado ya alojamiento por los PP. Capuchinos Pedro i Agustín, que nos recibieron con mucho cariño, prodigándonos toda clase de agasajos i atenciones. Conversando largamente con estos religiosos sobre mis proyectos, pasé una parte de aquella noche. Manifestaronme sus temores, lo mismo que los misioneros de San José i, como ellos tambien, trajeron de

disuadirme de mi empresa, representándome los mil peligros a que podia hallarme espuesto entre los salvajes.

5 DE JUNIO.

Habiendo sabido por los PP. que varias veces se habian sacado del buche de las gallinas que se creaban en la mision pepitas de oro del tamaño de una arberja, sali en la mañana de este dia acompañado del P. Pedro i de mis mineros con el objeto de reconocer las cerranías de los alrededores i algunos esteros de donde, segun la tradicion, se habia sacado bastante oro en épocas anteriores.

El panizo de esos cerros me pareció bueno i mui semejante al de Punacapa. Sin embargo, apesar de mis investigaciones i de las de los mineros que me acompañaban, no pude encontrar una sola pepa de oro, sino en polvo.

Por la tarde hice un nuevo paseo hacia la punta saliente de la ensenada con el objeto de levantar un plano de la costa. Allí encontré a varios chilenos que habitaban en cuevas formadas naturalmente en los peñascos de la playa i se ocupaban de la caza de lobos marinos. Como estos animales son mui abundantes en aquellas aguas, los cazadores se hallaban mui contentos por el buen resultado que obtenian. Vendieronme algunos cueros que me sirvieron mucho en aquella estacion no solo para cubrirme contra las lluvias, sino tambien para proporcionar a mis mozos mantas i rodilleras.

7 I 8 DE JUNIO.

Como el tiempo hubiese cambiado repentinamente i princi-

piase a soplar un norte bastante recio, que por lo jeneral es precursor de lluvias, conocí que no era prudente seguir mis esploraciones el siete de junio, i me quedé en la mision. En efecto, no tardó en cubrirse el cielo de oscuros nubarrones i en caer un abundante aguacero, que duró hasta el dia siguiente. Ocupéme mientras tanto en estudiar algo mas el idioma araucano i en recojer de los misioneros algunos otros datos acerca de los indios, datos que los buenos religiosos me suministraban siempre de mui buena gana.

Interesándome extraordinariamente todo cuanto tenía tenia relación con los salvajes, los buenos padres no olvidaban nada a este respecto.

Hablando una vez sobre las supersticiones de los indígenas me refirieron el hecho siguiente, que puede dar una idea de sus creencias i costumbres.

Segun ellos ningún individuo puede morir sino de resultas de un combate o de vojaz. Cuando fallecen de una enfermedad cualquiera en la juventud pretenden que han sido envenenados.

Para descubrir a los autores del crimen, se sirven aun de otra supersticion. Se dirigen a Boroa, en donde reside un indio que pasa por adivino, i cuya ciencia ha estado a veces en peligro de fracazar entre los mismos creyentes. Como el pretendido adivino, movido de la curiosidad, hubiese tenido un dia la idea de visitar la mision de Tolten, los PP. le hicieron la mas hospitalaria acogida queriendo aprovechar la ocasión de convertir al infiel por medio de atenciones i regalos. El indio, ya sea por interes o por verdadero deseo de saber, se manifestó curioso de conocer algunos detalles del culto i de

la religión cristiana. Los PP. que creyeron que iban a catequizar un neófito, accedieron gustosos a satisfacer su curiosidad i redoblaron sus atenciones. El indio se mostró satisfecho de la acogida que había recibido de los religiosos, quienes a su turno le obsequiaron por despedida una pequeña cruz que ellos mismos le colgaron del cuello. Vuelto a su tribu nuestro adivino con aquel nuevo adorno, la credulidad de sus paisanos principia por alarmarse i acaba por negar la ciencia del que se había manchado con la reliquia. Nuestro adivino no pudo ejercer mas su oficio, ni ser venerado por sus creyentes hasta que no se hubo desprendido de la sagrada insignia, lo que no sucedió sin que hubiese tenido lugar un alboroto en la tribu de Boroa, i que una partida de salvajes se hubiese encaminado a Tolten con el objeto de asesinar a los PP. que habían maleficiado al adivino.

Volviendo ahora a los procedimientos indagatorios de que éste se sirve—después de haber oido la relación minuciosa del hecho, sin perjuicio de admitir muchos regalos de caballos, animales vacunos, prendas de plata i todo lo que se le ofrece, averigua los nombres de los amigos i enemigos del difunto i de todas aquellas personas con quienes pudo tener relación durante su vida.

No es solamente la superstición lo que inspira a los consultores de aquel Délfos Araucano, ni lo que dicta las resoluciones de su pitonisa. Los salvajes i sobre todo las mujeres son diestros en el conocimiento de las plantas venenosas que contiene su territorio: saben esplotarlas con ese mal instinto de que la naturaleza ha dotado al hombre primitivo al mismo tiempo que de sus mejores sentimientos. Así es que la

práctica de la consultacion del oráculo no carece de una base en el conocimiento de las costumbres indígenas. Las mujeres araucanas usan entre sus muchos adornos de chaquiras, piedras, cristales i otras zarandajas, un collar de dedales de plomo o zinc, i generalmente en uno de esos pequeños receptáculos es en donde esconden el filtro que siempre llevan consigo. Un disgusto eualquiera, una pendencia, un momento de cólera o una venganza premeditada encuentran inmediatamente su satisfaccion. En la primera oportunidad, no tienen mas que vaciar el contenido del dedal en un vaso que pueda beber el enemigo, i la venganza está cumplida.

Esto, no obstante la charlatanería de los adivinos, pone algo de su parte. El adivino como si consultara a los cielos, se entrega a contorciones ridículas, gritos descomunales e incoherentes, invocaciones finjidas, actos de delirio, en medio de los cuales pronuncia el nombre de una o mas de las personas con quienes tuviera relación el muerto.

Esa es la sentencia definitiva.

Los pobres diablos cuyos nombres han sido pronunciados por ese charlatán están condenados al último suplicio.

Los consultores del oráculo de Boroa, de vuelta en su tribu, piden a su cacique la entrega de los acusados para la ejecucion de la sentencia.

Como los misioneros han querido a toda costa desarraigar de entre los indígenas esa bárbara costumbre, instándolos constantemente a adoptar hábitos mas suaves i humanos, una vez que debia tener lugar uno de estos *juicios de Dios* de la Tierra, el cacique en cuya jurisdiccion debia ejecutarse creyendo dar una prueba de la razon de sus costumbres,

invitó al misionero de la Imperial a presenciar el acto, i como éste se encontrase imposibilitado, envió en su lugar al capitán de la misión cuyo relato es como sigue:

«El dia que me designó el religioso, me diriji al llano donde debia tener lugar la justicia. Habia allí mas de quinientos indios, unos sentados sobre sus piernas cruzadas i otros echados de barriga.

«Al cabo de algun tiempo se alzó una voz. Era la del cacique que segun las costumbres de la Tierra, mandaba que todos los asistentes formasen un gran círculo, en medio del cual debia cumplirse la atroz ceremonia.

«Formado el círculo, el cacique dirigiéndose a todos los asistentes, dijo: «que la adivinacion del adivino (queremos conservar las mismas palabras del capitán de la misión) habia descubierto al autor de la muerte del hijo de un cacique i que el culpable estaba presente, por lo que creia necesario bacerlo venir delante de él para ser interrogado.»

«En seguida, llamando a una jóven de diez i seis años de en medio del círculo, le preguntó si era cierto que habia envenenado al hijo del cacique.

—Sí, respondió ella con entereza.

—Sabias que merecias la muerte por este crimen?

—Lo sabia, respondió con igual serenidad, agregando que había sido inducida al crimen por su madre.

«Se hizo venir a la madre. Ella se disculpó con astucia, conservando una admirable sangre fría, hasta hacerse absolver por sus bárbaros jueces.

«Despues de este breve interrogatorio, se hicieron los pre-

parativos del suplicio. Plantáronse dos postes en medio de los circunstantes en cuyas extremidades superiores había una especie de abertura; encendieron cuatro hogueras cerca de ellos, desnudaron a la víctima i la ataron de pies i manos a un madero, que colocaron sobre la abertura de los postes i al calor del fuego. Bailaban, brincaban, saltaban, bebian, risoteaban, ahullaban, mujian, mientras que se tostaba la piel de la joven.

¡Pobre humanidad! entre la vieja civilización de las antiguas repúblicas italianas que tenía por instrumentos de justicia los sótanos del palacio ducal de Venecia i su techumbre de zinc al rayo del Sol i la barbarie primitiva de los araucanos había este punto de contacto: hacer que la víctima viviese mas para agotar la tortura!.... Los salvajes retiraban el fuego, daban un descanso a la joven como para fortalecerla contra el suplicio i luego lo aplicaban con mayor vehemencia para provocar en ella las últimas fibras del dolor....

¡Pobre naturaleza la nuestra no puede resistir i sucumbe...! La infeliz exaló el último suspiro. Ni un jemido, ni una queja, ni una manifestación de dolor, ni un gesto de aflicción, pudieron notar en ella los que la rodeaban. Vigorosa i primitiva raza la que así desafía el martirio i la muerte!

La terrible tragedia estaba ya terminada i muchos de los indios empezaban a retirarse cuando la madre de la víctima, maltraidos sus vestidos, pálido el semblante, espumosa la boca, saltados los ojos, temblando todos sus miembros, hendiendo la multitud, penetra hasta el bárbaro juez i en frases entrecortadas i balbuceantes, baja i trémula la voz, amenazador el ceño, murmura a su oído estas palabras:

«Escucha.... La culpable soi yo.... Yo fui quien preparó el veneno...: la hija de mis entrañas ha perecido inocente.... yo la instigué al crimen sin que ella supiera lo que hacia..... Tú me la has arrebatado...., tú la has convertido en carbones...; tú tendrás la misma suerte.»

Aquella mujer, cegada por el delirio, acosada por el remordimiento, se entregaba a la brutal justicia del cacique en un momento de enajenación mental.

Este al oírla llamó de nuevo a la concurrencia que iba ya en dispersion para juzgar de la confesión de la infeliz e bárbara madre.

Aquel pueblo salvaje, no satisfecho aun de la primera ejecución, ántes por el contrario, provocados por ella sus instintos sangrientos, volvió presuroso a contemplar las torturas horribles que se preparaban a la verdadera culpable, i que celebraba en medio de una gritería de canibales.

Concluido este acto de brutal justicia, el cacique volviéndose al capitán de la misión dijo: «Diga U. a los PP. que no siempre se condena aquí a los inocentes i que sabemos hacer justicia mejor de lo que ellos creen.»

9 DE JUNIO.

El tiempo se había serenado i prometía buenos días ; así es que creí conveniente seguir mi viaje.

A las nueve de la mañana pasamos el Quemule en una canoa, llevando nuestras cabalgaduras a nado.

Llegado al lado opuesto, hice una visita al cacique Pocura, que vivía a inmediaciones del panteón. El araucano me reci-

bíó mui bien. I no queriendo dejarlo descontento, le regalé varias frioleras, por las que se mostró mui agradecido.

Continuamos por la playa nuestro viaje hacia el Norte hasta llegar al cerro de Nigue, distante como dos leguas de la casa que dejábamos. Tuvimos que subir a él por un camino en extremo fangoso; i, despues de haber marchado cerca de una hora por su cumbre, llegamos a un barranco desde donde pudimos divisar una infinitad de peñascos i riscos que se veian a nuestros piés i toda la estension del camino que debiamos recorrer para llegar a la reduccion de Tolten.

Descendimos de nuevo a la playa por medio de esos riscos.

El cielo se había oscurecido mientras tanto; el Norte soplaban con tal violencia que levantaba inmensas olas del mar irritado, estrellándolas en seguida con grande estrépito contra las rocas. Era tal el ruido qne hacia la naturaleza que era imposible oír lo que se hablaba. En los pequeños intervalos de calma que se sucedian de cuando en cuando, apénas se distinguia otra cosa que los abullidos de los lobos marinos que huian de la tempestad para refugiarse en los riscos sobresalientes.

En mi bajada de la montaña tuve ocasión de observar algunos rodados de minerales que, por el mal tiempo, no me fué posible seguir hasta su oríjen. I teniendo algunas noticias de que en aquel lugar se habian trabajado varias minas en tiempo de los españoles, determiné examinar esta cerranía, previo el permiso de los caciques vecinos, a mi vuelta.

Como principiaba ya a caer el agua, apresuramos nuestra

marcha, siguiendo por la playa hasta llegar a la desembocadura del Tolten, adonde arribamos en el término de hora i media. De allí continuamos por el curso del río con dirección al N. E. hasta llegar a la casa del cacique Huilcafiel que se encontraba en la misma orilla.

Este jefe picunto, luego que supo quien era, hizo preparar alojamiento para mí i las jentes que me acompañaban i salió a recibirme. Era un hombre como de cuarenta i tantos años de edad, alto, de buena presencia, de una fisonomía bastante agradable i vivía allí con sus dos mujeres e hijos.

Después de haber cumplido con el ceremonial de costumbre, que consiste, segun hemos dicho en otra parte, en un largo i pesado saludo reciproco i en la bebida de la sangre de un cordero, en señal de amistad, cenamos con mui buen apetito i pasamos algunas horas de la noche conversando sobre mis proyectos.

Sabiendo que este cacique tenía una grande influencia entre los indios, me apresuré a ganar su voluntad por medio de buenos regalos, que distribuí entre él i sus mujeres, regalos que consistían en camisas, pañuelos, un acordion, chajiras i agujas capoteras. Pero lo que me agradeció mas el jefe araucano fue una pipa de aguardiente. Esta bebida tan apreciada entre los salvajes, no tardó en ser probada por el cacique repetidas veces. Un poco alegre con ella, cambió de idioma en su conversacion que, hasta entonces había sido en araucano, dirigiéndome varias preguntas en español. Noté que hablaba bastante regular e inferí que si no lo había hecho ántes era por imponerse, segun lo acostumbran, de lo

que yo dijese a mis jentes i saber así las verdaderas intenciones que me llevaban a la Tierra (1).

Despues de haber conversado algun tiempo mas, tomé el pretesto de una indisposicion para retirarme al aposento que se me habia destinado, resuelto a recorrer a la mañana siguiente los alrededores del nuevo pueblo a que acababa de llegar.

10 DE JUNIO.

Tolten es una de las reducciones mas grandes que hai entre el rio del mismo nombre i el Valdivia o Calle-Calle. Se estiende como dos leguas a ambas orillas del primero de estos rios hacia el Este i cuenta una poblacion como de doscientas familias.

Sus terrenos son planos i feraces: tienen exelentes pastos que sirven de alimento a numerosos piños de ganados de todas clases. El trigo, las avas, el maíz i principalmente la papa conocida bajo el nombre de *Toltenia* se dan en abundancia i de mui buena calidad.

De esos terrenos se cultiva desgraciadamente una mui pequeña estension, quedando el resto cada dia mas abandonado a causa de los estragos que hace en sus pobladores, desde algunos años a esta fecha, la peste de viruela, enfermedad para la que no tienen remedio, ni preservativo alguno. I es de sentir que tierras tan preciosas para el cultivo vayan cubriendose poco a poco de árboles que, si en el dia es fácil

(1) Es costumbre de los chilenos del sur, llamar Tierra a todo el territorio araucano.

arranear, no lo será mas tarde, cuando, crecidos ya, hayan echado profundas raíces en el suelo, enlazándose unos a otros.

En época anterior existió en ese lugar una misión cristiana, pero los P. P. que la dirijían tuvieron que abandonarla más tarde por los muchos peligros y el ningún provecho que de ella se sacaba.

Volviendo ahora al río Tolten, diré que nace de la laguna de Villa-Rica, a la que sirve de desaguadero y, después de recorrer casi en línea recta de Oriente a Poniente una extensión como de veinticinco leguas, tocando en las reducciones de Putué, Petrufqueen y Donguil y formando innumerables islas, desemboca en el mar, teniendo de anchura en esa parte más de cuatro cuadras.

Siendo tan ancho este río y teniendo además la suficiente profundidad para sostener en sus aguas buques de alto bordo podría servir de excelente desembarcadero si, por desgracia, no existiese a su entrada una barra bastante grande que varias personas han considerado con un obstáculo invencible para hacerlo navegable. Creo sin embargo que si un práctico en la materia examinase aquella localidad, no podría menos de descubrir que, por la parte Sur, existe un canal por donde se puede entrar con facilidad. Sujetos competentes me han asegurado que el Río Bueno, navegado en vapor y goletas por ellos mismos muchas veces, presentaba mayores dificultades para la entrada de los buques que el Tolten.

A inmediaciones de mi alojamiento había un balsero indio

que se ocupaba en pasar el río a las personas que lo solicitaban mediante una módica recompensa.

El Tolten es en invierno muy correntoso y difícil de pasar, cosa que no sucede en el verano, época en que deja ver algunos vados, principalmente en las cercanías de Villa-Rica, de Putué y Pilrufqueen. Los indios que viven lejos de esos vados lo pasan o agarrados de las colas de sus caballos que, nadando, los sacan muy luego a la orilla opuesta, o en píraguas que cuidan también de amarrar a las mismas colas y que los referidos animales arrastran con mayor facilidad.

Necesitando un disfraz para penetrar entre los indios, como he dicho al principio, hice entender al cacique que deseaba conchavar en la reducción varias mercaderías por caballos y otros animales. Este ordenó a algunos de sus mocetones que fuesen inmediatamente a llamar a los indios vecinos, quienes se apresuraron a concurrir con los caballos y vacas que deseaban cambiar. Entretenido con ellos, pasé la mayor parte del día.

A la tarde Huilcafiel me llamó aparte y me dijo: «a fin de darte una prueba de mi amor a la religión cristiana de que tanto me has hablado y para mostrarte al mismo tiempo el afecto que te profeso, he determinado que bautices a tres de mis hijos. Yo también me convertiría a tu religión de muy buena gana, pero ¿qué sería entonces de mis mujeres? me vería obligado a abandonarlas; y esto en verdad que no puedo hacerlo.

Agradecí sus manifestaciones de cariño, explicándole que no era de mis atribuciones lo que exigía, siendo preciso enviar a los niños a la misión de Queule o hacer venir de ella algu-

no de los religiosos. Insistió sin embargo en sus pretensiones, agregando que si yo no consentía en hacerlo nunca permitiría que otro los bautisase. Mi lenguaraz me hizo señas para que aceptase, i mui contra mi voluntad, tuve que administrar el Sacramento del Bautismo a los tres hijos del cacique. Al efecto, hice que todos los concurrentes se formaran en circulo, i habiendo elegido Huilcasiel las personas que debían servir de padrinos, derramé el agua rejeneradora sobre la cabeza de las tres criaturas que sucesivamente me fué presentando en brazos mi lenguaraz. Por una rara casualidad había tocado a éste i a mi mozo de mano el ser los padrinos de aquellos niños. I ambos se vieron mui apurados después de la ceremonia porque no tenian qué regalar a sus ahijados, en conformidad a la costumbre del país.

Huilcasiel me obsequió en seguida, como compadre, un hermoso caballo i ordenó a cada una de sus mujeres que me diesen un abrazo, señal de mucho aprecio entre los Picuntos.

Dueño así de la entera confianza del indio, le di a entender que no solo había venido a la Tierra con el objeto de concharvar, sino tambien con el de reconocer los ricos minerales que, segun fama, existian en aquellas reducciones i de que ellos no hacian uso alguno. Le agregué que en el cerro de Nigue ya había encontrado buenas demostraciones de la existencia de metales; pero que, conociendo lo arriesgado que era un reconocimiento, por hallarse prohibido por sus leyes bajo pena de la vida el trabajo de minas, no había querido principiarlo sin obtener antes su permiso. A esto me contestó que él por su parte no tenia la menor desconfianza de mí; pero que, de todos modos, sería preciso conseguir licencia de los otros caciques, i, como en aquella misma tarde debían reunirse para tratar de varios

asuntos de importancia, creia mui aproposito que les hiciese mi solicitud sobre el particular, que él mismo apoyaria como pudiese.

Como Huilcafiel no era el principal cacique de la reduccion, sino Millapí, i éste agraviado me enviara varios recados para que fuese a alojarme a su casa, no pude ménos de satisfacer sus deseos i me dirijí acompañado de Huilcafiel i de mi pequeña carabana a sus posesiones que distaban unas ocho o diez cuadras del lugar donde nos encontrábamos i estaban situadas a orillas del río en terrenos sumamente feraces.

A medida que nos acercábamos podiamos divisar la multitud de gente que había acudido a la junta. Al llegar, Huilcafiel me presentó a Millapí, que estaba sentado en medio de un gran círculo de indios, teniendo a su lado otros caciques de la misma reducción. Este me hizo sentarme también junto a él con mi lenguaraz i ordenó a las demás personas de mi comitiva que se colocasen en la fila jeneral.

Faltando todavía algunos caciques i no pudiendo darse principio a las deliberaciones de la junta mientras no llegasen, aproveché la oportunidad para regalar a los concurrentes varias de las mercaderías que llevaba conmigo. Los jefes tocaron pañuelos lares con que se amarraron al momento la cabeza; Millapí una carga de aguardiente i un sable que colgó a su cintura, i los demás dos cigarrillos de papel cada uno. Millapí puso a disposición de la concurrencia su aguardiente, que dió origen a una multitud de brindis.

Los que faltaban habían llegado mientras tanto, i, a una

señal dada, todos se callaron, quedando con la palabra Millapi.

Tratose primeramente de castigar a una joven, que, segun la sentencia del adivino de Boroa, debia considerarse como autora del daño o envenenamiento de cierto indio. Hallábase alli un anciano venerable, padre de la infeliz a quien se trataba de ajusticiar. Suplicó éste con los ojos llenos de lágrimas que se declarase inocente a su hija, ofreciendo pruebas de su inocuidad. Pero a nada se hizo caso; i la sentencia pronunciada en Boroa fué declarada infalible i en consecuencia condenada la niña a ser quemada viva. Por suerte ésta habia huido de la reduccion, refugiándose en territorio cristiano, donde no podia alcanzarla el bárbaro martirio.

En seguida se denuncio el robo cometido por un Picunto de dos vacas, i, con sorpresa vi que era condenado a devolver al dueño de ellas diez i seis. Pregunté a mi lenguaraz porqué se le hacia entregar tantos animales, no habiendo sido mas que dos los robados, i me contestó refiriéndome detalladamente las costumbres de los indijenes en cuanto a robos, cuya relacion creo que no carecerá de interes para el lector.

Cuando un indio roba una vaca, por ejemplo, i es descubierto por el dueño, se le condena a devolver el doble, es decir, dos vacas; si no obedece a la orden del cacique, se envia un moceton con el encargo de notificarlo por segunda vez, i el ladrón tiene que entregar, a mas de los animales ya dichos, otro a este mensajero como paga de su diligenzia. Si a pesar de esto, se obsolina en no obedecer, el cacique se dirige personalmente a la casa acompañado de varios mocetones i

le ordena dar dos vacas al dueño, una al primer moceton que le notificó la sentencia, otra a cada uno de los que le acompañan i dos a él mismo. Como suele suceder que hai algunos indios tan obstinados que no quieren cumplir por capricho las órdenes de su jefe, se convoca entonces a junta a toda la reducción, i los asistentes se dirigen inmediatamente a casa del ladrón, lo obligan a cumplir por fuerza lo ordenado, sacando cada uno de ellos otro animal para sí ; de manera que como los que concurren a estas juntas son jeneralmente muchos, suele quedar el ladrón con los brazos cruzados, sin animal alguno.

En caso de ser descubierto el robo por otra persona que el dueño, se manda que el criminal pague dos animales al robado i uno al denunciante.

Sucede tambien a menudo que, viendo que un ladrón no tiene con que pagar los animales robados, el dueño de éstos finje no conocerlo i deja transcurrir algun tiempo hasta que mejore de fortuna. Entonces se presenta contra él con las pruebas necesarias i reclama no solo el doble de los animales robados, sino tambien la cría que a ellos hubiera correspondido durante todo aquel lapso de tiempo. De modo que si el robo fué de una vaca, ocho años despues del hecho, tendrían que entregarse como cincuenta e mas.

Ventilaronse en la junta de aquel dia varios otros asuntos de menor importancia, que consistian principalmente en reclamos hechos por algunos ancianos contra el mal trato que sus yernos daban a sus hijas. Condenóse a éstos a hacer cierto número de pagos a los suegros (1).

(1) Cada pago consiste en dos objetos de la misma especie, como dos corderos, dos chanchos e dos caballos.

En seguida Huilcafiel tomó la palabra i, en una elocuente arenga, dijo a los asistentes que acababa de hacerme su com-padre en prueba de la gran confianza que le había inspirado i que, hablando conmigo, había sabido que poseía los conocimientos necesarios para la explotación de los ricos minerales de la Tierra, minerales que, si no tenían valor para ellos, podían hacerlos ricos siempre que tuviesen una persona como yo, dispuesta a trabajar en compañía i repartir con ellos todas las utilidades. Agrególes que, a pesar de la costumbre de sus antepasados, creía que era conveniente emprender el trabajo a fin de que todos los pobres pudiesen tener sus buenas espuelas de plata i elevarse poco a poco hasta dar mayor importancia a la reducción.

Concluida esta arenga, se levantó un murmullo jeneral en la asamblea, murmullo que, creciendo cada vez mas, dejó-neró mui luego en una completa confusión. Levantáronse casi todos los indios de sus asientos i rodearon al orador con gritos i amenazas, diciéndole, que ya estaban informados del objeto de mi viaje que era sacar las prendas de los sepulcros de sus antepasados, i que ellos no consentirían jamás en semejante atentado.

La discusion iba acalorándose sobre manera. Por fortuna, varios de los amigos de Huilcafiel, vinieron en su auxilio i en apoyo de mi solicitud, diciendo a los mas exaltados que no eran tales las miras que me animaban, sino únicamente el deseo de sacar los metales de la Tierra que se encontraban en las entrañas de los cerros. Yo aproveché esta oportunidad, repartiéndo nuevos regalos a todos los concurrentes, cosa que contribuyó no poco a hacerlos declararse en mi favor.

En efecto, el bullicio fué cesando por grados i una vez con-

cluido el debate i consultados los votos de la asamblea, tuve la satisfaccion de oir que se me concedia por unanimidad el permiso que habia solicitado.

Dióse cuenta en seguida de algunos recados de varios caciques de la Alta Frontera que tenian por objeto invitar a los indios de Tolten a levantarse en masa i caer sobre Valdivia. Millapí se dirijó entonces a mi i me dijo, que, considerandome ya como hijo de la tierra, esperaba que le manifestase francamente mi parecer en este asunto, debiendo descansar en la seguridad de que mis consejos en manera alguna llegarian a oidos de nadie. Por medio de mi lenguaraz le emiti mis ideas sobre el particular i conclui diciéndoles que no era propio de su cordura el dejarse alucinar por las falaces promesas de caciques enemigos.

Abogué con calor por los bienes que les traeria la buena inteligencia con los cristianos, prometiéndoles presentar a mi vuelta a Santiago las peticiones que ellos quisiesen elevar al Gobierno.

Mil demostraciones de asentimiento no cesaron de interrumpir mi discurso, que concluyó en medio de los gritos i vivas de todos los concurrentes.

El permiso para trabajar minas que se me habia concedido ya, era mucho mas dificil de obtener que el establecimiento de una mision, cuyas ventajas les hice comprender por los progresos que habia hecho la reduccion de Queule i por lo que debian esperar de la bondadosa solicitud que siempre habian merecido de los P. P. Esto pareció convencerlos, i en el dia esa mision se encuentra ya restablecida en los mismos terrenos que ocupaba la anterior.

11 DE JUNIO.

Por la mañana hice un paseo para reconocer el río Queule, que corre muy cerca del lugar donde me encontraba.

En el camino me distraje algunos instantes en cazar flamencos, cisnes i garzas, aves que se encuentran allí en abundancia.

Una vez llegado al Queule, me ocupé en la observación de los terrenos por donde pasa, a fin de ver si era fácil unir este río con el Tolten por medio de un canal, cosa que me pareció no ofrecía grandes dificultades.

Después de haber tomado varios datos interesantes sobre la reducción, consideré cumplido el objeto de mi viaje i traté de volver a Valdivia.

Al efecto, hice que mis mozos reuniesen todos los animales que había conchavado a los indios, i, después de despedirme de los caciques Millapi i Huilcasiel, salí de Tolten, siguiendo el mismo camino por donde había venido hasta llegar al cerro de Nigue, donde me proponía pasar la noche.

Llegado allí, principié por examinar las muestras de minerales que ántes había visto a la ligera. Descubrí felizmente una veta de cobre bastante ancha i que, aunque en su superficie no manifestaba una lei muy subida, prometía sin embargo mejorarla en mayor hondura i dejar buenas recompensas al esplotador, no solo por sus metáles, sino también por hallarse situada en la falda de un cerro que toca en la playa

i tener ademas a sus inmediaciones agua dulce, leña i maderas de construccion.

Alentado por el buen resultado de mi primer hallazgo i deseando reconocer con mas detencion algunos parajes del mismo cerro, prendí fuego a varios espinoz para poder penetrar en los espesos montes que lo cubren. Las llamas cundieron empero mucho mas de lo que hubiera deseado, presentando en breve un fuego que consumia como una cuadra de árboles mas o menos elevados i que probablemente habria consumido todos los que allí habia, si un fuerte aguacero no hubiera venido a apagarlo en la noche inmediata.

Siendo insoportable el calor i humo que nosotros mismos habíamos provocado, nos vimos precisados a refugiarnos bajo algunos riscos de la playa.

Aquí se ofreció a nuestra vista un espectáculo bastante particular. Siendo este lugar notable por sus exelentes mariscos, se habían reunido en él aquel dia mas de treinta indias, entre jóvenes i viejas. Aguantaban éstas que las olas se retirasesen para hecharse sobre los riscos abandonados un momento por las aguas i sacar las conchas, corriendo en seguida a la orilla antes que las pillase junto con su presa una nueva ola. Sucedió muchas veces que las aguas llegaron con mas lijereza de la acostumbrada, arrastrando a algunas que no habían alcanzado a correr lo bastante para librarse de ellas, lo que ocasionaba una inmensa algazara i gritería entre las demás.

Así que vino la noche, aquellas mujeres se retiraron muy contentas con sus mariscos, i yo i mis jentes nos arreglamos del mejor modo posible en la cueva que habíamos elejido, a fin de dormir algunas horas.

12 DE JUNIO.

Recordando lo que se me había dicho acerca de los lavaderos de oro que los españoles habían trabajado en la época de la conquista en el cerro de Nigue, observé los esteros que nacen de él, i, a pesar de no haber hallado en éstos mas que oro en polvo, no pude dudar de cuanto se me refiriera en vista de las señales de trabajos que noté en diversos puntos.

Concluido mi reconocimiento, volví a seguir mi camino con dirección a Queule, pasando por dos pequeñas poblaciones que ántes no había visitado i que se hallan situadas a orillas del río que lleva el nombre de aquella reducción.

Pocas horas despues llegábamos a la morada del cacique Pocura, donde nos entretuvimos un buen rato, para atravesar en seguida el río con rumbo a la misión. En ésta nos recibieron los PP. Pedro i Agustín con tanto mayor gusto, cuanto que habían tenido serios temores por nuestra tardanza.

13 DE JUNIO.

Aun cuando me había propuesto volver a Valdivia inmediatamente aprovechando el buen tiempo, tuve sin embargo que demorarme en Queule para cumplir el compromiso que había contraído con el hijo del finado cacique Voiquipan de asistir al entierro de su padre.

Aproveché este dia en visitar la escuela de la misión. Había en ella como veinte muchachos que se ocupaban, lo mis-

mo que en San José, en el aprendizaje de la lectura, caligrafía, aritmética i catecismo de la religión cristiana, ramos todos en que se hallaban no poco adelantados. Propúseles varias cuestiones sobre las materias que habían estudiado i todas ellas las resolvieron con un despejo admirable i sin asustarse en lo menor por las dificultades que encerraban.

14 DE JUNIO.

Este era el dia fijado para el entierro de los restos del cacique Voiquipan. Así es que desde temprano me diriji a la casa de su hijo.

La familia del finado había reunido ya gran número de provisiones para aquella solemnidad, consistiendo en vacas, corderos i chanchos gordos, gallinas, chichas de maíz i de manzana i aguardiente.

Desde mui de mañana empezaron a llegar los convidados de uno i otro sexo en hermosas cabalgaduras adornadas con cabezadas, frenos i estriveras de plata, luciendo las mujeres en sus cabezas, orejas i brazos adornos del mismo metal.

A medio dia estaban reunidos ya cerca de la casa del difunto como cuatrocientos indios, entre hombres i mujeres, formando un gran círculo.

Poco despues se sacó el cadáver de las vigas donde estaba colgado para llevarlo al cementerio. Una vez en el suelo, varias mujeres se arrodillaron en derredor de él i comenzaron con sollozos, gritos, suspiros i lágrimas a cantar las hazañas, los méritos i las virtudes del difunto.

En seguida todos los asistentes montaron a caballo, a excepción de los deudos del finado, que permanecieron a

pie i que, cojiendo el ataúd, lo condujeron hasta el río. Allí se embarcaron con el cadáver en una canoa, mientras el acompañamiento pasaba a nado hasta la orilla opuesta, donde se encontraba el campo santo.

Llegados a tierra, diez robustos macetones se adelantaron a escape, dando alaridos espantosos i blandiendo en todas direcciones sus sables i formidables lanzas como si hubieran empeñado un singular combate con algún enemigo. A tiempo que los indios hacían aquellas escaramuzas con las que creían abuyentar al espíritu malo de aquellos parajes para que no pudiese perseguir al difunto, yo i las jentes de mi comitiva hicimos algunas descargas con nuestras escopetas por habernoslo suplicado anteriormente el hijo de Voiquipan.

Llogados al sitio del entierro, pusieron los deudos el ataúd en tierra i se despidieron del difunto, lo mismo que los demás de la comitiva, uno a uno. Pusieron en seguida al rededor del cadáver carne, maiz, pavos, gallinas i varios cántaros de chicha para que le sirvieran en el largo viaje que debía emprender. Despues lo cubrieron con piedras hasta formar una pirámide, i, terminada esta operacion, vacearon sobre las piedras otros cántaros de chicha i plantaron allí una cruz de madera; volviendo despues a la casa donde principió una borrachera que debió durar tres o cuatro días (1).

15 DE JUNIO.

En la mañana de este dia hice los preparativos necesarios para la prosecucion de mi viaje i mandé a los arrieros con

(1) Esta costumbre de colocar cruces sobre los sepulcros, a imitacion de los cristianos, es mai comun en toda la Araucania.

todos los animales que había adquirido en la reducción de Tolten que se adelantasen por tierra hasta Valdivia.

Séame permitido, ántes de seguir en la relación de mi vuelta, consagrar un recuerdo a los misioneros de Queule, quienes, por hallarse en medio de los indios, están mas expuestos a la cólera de estos salvajes i a mayores privaciones que los de San José. Reciban ellos desde el lugar donde me encuentro las mas sinceras gracias por el cariño i hospitalidad que supieron dispensarme.

Salí pues de Queule con dirección a Mehuín por el mismo mal paso de que ya he hablado al lector, i Hegué en la tarde del mismo dia, alojándome en la casa de Martín.

Después de haber descansado un rato, salí a pasear por el campo.

Los vagos i melancólicos tintos del crepúsculo vespertino me permitieron todavía reconocer varios arroyos ántes de que las sombras de la noche hubieran podido estender su negro manto.

Las siete i media serían cuando me retiré al alojamiento, contento del resultado de mi paseo.

Desde esa hora hasta las doce de la noche pasé resiriendo a Martín los principales acontecimientos de mi viaje a Tolten i los resultados obtenidos, que me dejaban no poco satisfecho.

16 DE JUNIO.

Mui de alba hice preparar la canoa i me embarqué con

mis mozos i dos hijos del cacique que debían ayudarnos a bogar.

Como en mi viaje anterior de Lingue a Mehuin había empleado poco mas de dos horas, no consideré necesario llevar víveres, i me engañé gravemente, porque el río había crecido mucho i su corriente era tan rápida, que cuando nos sorprendió la noche habríamos andado escasamente la tercera parte del camino.

Las orillas de este río eran tan espesas de montes, que no nos fué posible desembarcarnos i tuvimos que atar la canoa a un tronco que sobresalía en las aguas.

Para colmo de desgracias, la perturbación del aire unida a la alteración de los elementos atrajo una borrasca que estuvo a punto de hacer zozobrar repetidas veces la frágil embarcación que nos conducía.

El cielo cubierto de negras nubes manaba torrentes de agua i el viento bramaba con violencia entre los quilantales i coligüales que eran arrastrados impetuosamente en encontradas direcciones.

De cuando en cuando la viva i deslumbradora llamarada del relámpago que precedía a la atronadora explosión del trueno, hería nuestros ojos con sus siniestros resplandores i daba a la desesperante situación en que nos hallábamos un tinte aun más sombrío i aterrador.

De súbito un rayo rasgó el espacio con formidable violencia i fué a destrozar un corpulento cohigue que pocos momentos ántes se alzaba gigantesco hacia los cielos.

La tempestad lejos de calmarse arreciaba cada vez más; así es que los remeros tuvieron que ocuparse toda la noche en achicar el agua que de un momento a otro podía sumejir nuestra barquilla.

Al amanecer del siguiente dia nos encontrábamos completamente mojados, travados de frio i hambrientos i a merced todavía de la tormenta. El rio había crecido aun mas, nuestra débil piragua era arrebatada con rapidez en dirección de la corriente i solo al cabo de esfuerzos inauditos pudimos ganar la orilla, agarrándonos de las quillas, hasta que llegamos a un puato desde donde pudimos sacar a lazo la embarcación, alcanzando solo al anochecer a una casita situada enfrente de la que habita el soldado de que hablamos al pasar por Lingue. Sus hospitalarios moradores nos prestaron chamales con los cuales nos vestimos a la manera india, miéntras tomábamos un corto refrigerio, se secaban los empapados trajes que llevábamos i calentábamos nuestros entumecidos miembros en torno de un exelente fogón.

18 DE JUNIO.

Mui de mañana reunimos nuestros caballos i cargas i nos dirijimos por el mismo camino a Tres Cruces, a donde llegamos cuatro horas despues. Desde aquí caminamos hacia el Sur, pasando por Boche, i alcanzamos al pequeño pueblo de Cruces en algunas horas mas.

Esta aldea está situada a la orilla Oeste del rio de San José en un hermoso llano. Cuenta doce casas, buenos terrenos de cultivos i abundantes manzanares.

A la misma orilla del rio se hallan las ruinas de un antiguo fuerte construido por los españoles, que aun conserva sus fosos i murallas en regular estado, así como tambien varios cañones viejos i enmohecidos por el tiempo.

19 DE JUNIO.

Por la mañana envié por tierra a Valdivia a mis mozos con las cabalgaduras i alquilé un bote para seguir yo i mi lenguaraz por el curso del río hasta el mismo punto.

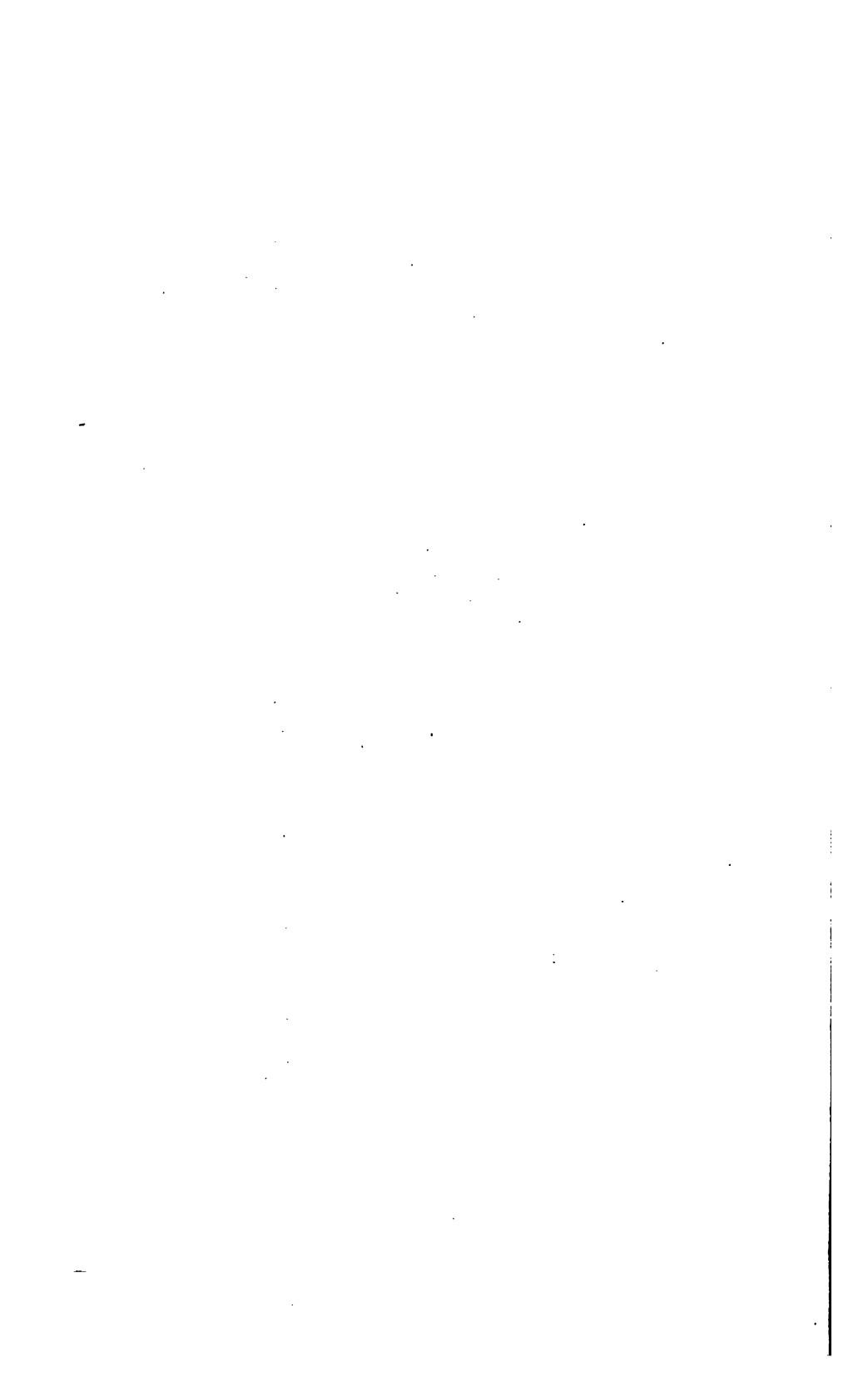
A las nueve de la noche llegué a Valdivia gozoso de la exploración que había hecho por San José, Queule i Tolten i lleno de entusiasmo por los hermosos resultados que en ella obtuviera.



SEGUNDA ESPEDICION

A LA

ARAUCANIA.



SEGUNDA ESPEDICION

A LA

ARAUCANIA

DESDE

**SAN JOSÉ, POR TRAILAFQUEEN, HASTA EL VOLCAN
DE VILLA-RICA.**

Las dificultades consiguientes al mal tiempo con que había encontrado en mi expedicion anterior, me retrajeron de emprender la segunda, atravesando caminos aun mas fragosos en el rigor del invierno, i me dediqué desde entonces hasta diciembre de 1859 a la esploracion del territorio meridional de la provincia de Valdivia, esploracion cuyos pormenores i resultados hallará el lector en otra parte de este trabajo.

4 DE DICIEMBRE DE 1859.

Una de las miras principales de mi viaje a la Araucanía, era visitar i reconocer las ruinas de la famosa ciudad de Villa-Rica, el volcan i la laguna del mismo nombre, que se encuentran a sus inmediaciones, i los pasos que, al travez de la cordillera, conducen desde allí a la Confederacion Arjentina.

Mi segunda expedicion siguió el mismo rumbo que la anterior, embarcándose en Valdivia i remontando el curso de este río, del Caucau i del Cruces que ya conocen nuestros lectores, con la única diferencia de haber desembarcado esta vez en la villa de Cruces, en donde la fatiga, lo avanzado de la hora i otras consideraciones me hicieron descansar aquella noche.

5 DE DICIEMBRE.

A la madrugada mis mozos, o los que me acompañaban, tenían ensillados los caballos, pronta la carga i todo listo para continuar nuestro viaje, cuyas incertidumbres hacia olvidar una de las mas hermosas mañanas de verano en aquellas risueñas comarcas. Despues de cinco horas, poco mas o menos, de regular trote, llegamos por medio de esa pintoresca travesía a la misión de San José. Los padres me recibieron con la misma cordial i generosa franqueza que la primera vez i un tanto contentos de volver a anudar nuestras antiguas relaciones. Como siempre, me fueron favorables i solícitos para ayudarme en lo que estaba a sus alcances; así es que no

encontré dificultad alguna en hacerme de cabalgaduras, bestias de carga, algo de víveres, guía, etc., para seguir adelante mi expedición. Tuve además la felicidad de que el Capitán de Amigos, don Adriano Mera, hombre conocedor del idioma indígena i de las localidades de la Araucanía, como que era propietario en ese territorio i por consiguiente muy relacionado i de alguna influencia entre los indios, se ofreciese para acompañarme.

6 DE DICIEMBRE.

Con los más sinceros deseos de prosperidad en mi excursión de parte de aquellos excelentes i bondadosos misioneros, tuve el sentimiento de despedirme de ellos, i monté a caballo con mi pequeña pero decidida caravana. Salimos de San José el capitán de amigos, don Adriano Mera, sus dos hijos, tres arrieros, dos mineros i un sirviente, formando en todo diez de la partida.

La márgen occidental del río San José por donde nos dirigimos ofrecía una vista variada i risueña de colinas i quilantales que nos tardamos una hora en cruzar para llegar al lugarcito de Chunqui, en donde debíamos todavía proveernos de algunos animales i otros artículos que podían serme útiles para que los indígenas recelosos me aceptasen, no como un explorador de su territorio que iba a descubrirles sus ocultas riquezas, ni como un indiscreto viajero que iba a tomar nota de sus costumbres i hábitos, sino como un simple traficante o conchavista, único disfraz con que a un extranjero le es permitido penetrar en el interior.

Poco tiempo despues nos encontrábamos en la reduccion de Marilef.

¿Conoceis a Marilef ? No, sin duda ; pero he aqui algunos detalles que os harán familiarizaros con esta pequena aldea. Marilef contiene como treinta habitaciones poco mas o menos, pobladas por cerca de doscientas personas. Situada a la orilla occidental del San José, se estiende en un espacio como de una legua cuadrada en terrenos perfectamente cultivados, en que se produce trigo, habas, papas, maiz i varios otros granos, todo plantado, no por las mujeres que entre los indijenas no son mas que una bestia de carga i de labranza, sino por los hombres, lo que deja percibir la influencia que nuestras costumbres van adquiriendo entre los indios por la proximidad de pueblos o pequenos establecimientos de jente mas civilizada.

Agregaremos a esto en obsequio de los pobladores de Marilef, que sus habitaciones no son ya los ranchos salvajes que recordarian la primera edad del mundo para los puritanos, sino casas de madera que se asemejan un poco por su construccion a las habitaciones suizas de la falda de los Alpes. Esta pequena poblacion tiene ademas una industria de que vive, cual es la fabricacion de la chicha de manzana, que sabe ya conservar por largo tiempo i surtir de ella a sus vecinos, lo que hace su verdadero articulo de comercio.

El aspecto del territorio, su cultivo, los adelantos que en él habiamos notado, nos interesaban de tal suerte, que no podiamos dejarlo atras sin conocer pormenores i detalles que solo una íntima relacion con las jentes de la Tierra podria procurarnos. La curiosidad i el deseo de obtener esos informes,

nos hizo conocer al jefe de aquella tribu. Era Lorenzo Cari-man, cuya hospitalidad nos recordó (salvo el cambio de lugar i de época), a los antiguos feudales de la Edad Media. Su presencia era simpática; i a pesar de su edad avanzada i de la originalidad de sus facciones, había algo en su fisonomía que revelaba franqueza e invitaba a la confianza. De estatura baja i robusta, de facciones bastante pronunciadas i enérgicas, tenía sin embargo no se qué de cruel i bárbaro en sus miradas. I en efecto, oí decir que muchas veces había degollado por sus propias manos en un momento de mal humor a indios que no tenían mas crímenes que haber sido desobedientes. Amigo del progreso, ha estado siempre en buena inteligencia con las autoridades chilenas de la frontera i acostumbraba enviar a sus hijos a educarse en las misiones. Uno de ellos, muchacho bastante aprovechado, se halla ya con él despues de haber concluido su aprendizaje en San José i uno de sus nietos ha recibido últimamente la tonsura de manos del Obispo de Chiloé. Bastante industrioso, ha sabido labrarse una regular fortuna i en el dia se le considera como uno de los caciques mas ricos de esa parte de la Araucanía. Tiene muchas tierras, numerosos piños de ganado vacuno i lanar i grandes caballadas.

Cuando llegamos a su casa nos recibió con el mayor cariño, invitándonos a pasar adentro para descansar. Varias de sus mujeres estendieron en el suelo algunas veralcas, i, sentados nosotros en ellas con las piernas cruzadas i formando una especie de círculo, esperamos para hablar a que don Adriano Mera i el cacique hubiesen concluido sus saludos. Trájose en seguida el inevitable cordero; bebimos su sangre i comimos su carne.

Cariman quiso hacer luego una especie de ostentación presentándose con cierta marcada manifestación de orgullo a las ocho mujeres con quienes se había casado hasta entonces, la menor de las cuales tendría apenas quince años i me contó la había adquirido por tres caballos i cuatro yuntas de bueyes. Bien comprendí que aquello entraba en las debilidades del anciano i que no estaba distante de ser un juego diplomático a fin de que yo me mostrase galan observándolas. Así lo hice en efecto, i, para probarle que me complacía aquella muestra de amistad, fui depositando en manos de sus ocho esposas chaquiras, anil, pañuelos, agujas, aji i mil otras bagatelas que ellas aceptaron con gran satisfacción.

Como no era posible dejar sin parte al cacique, lo observé también con aquellas especies que, según noticias, eran mas de su agrado, esto es, un buen sable, aguardiente, tabaco i varios pañuelos lacres.

Podría decirse que mi llegada había prendido fuego en toda la reducción, según era la prisa que todos se daban en acudir al llamado de Cariman. Este, deseando dar a mi recibimiento un carácter enteramente popular, había hecho convocar a los principales indios de la reducción para que se dirijiesen en aquel mismo día a una casa de su propiedad situada a algunas cuadras de la en que nos encontrábamos. Algunas horas después me convocó a pasar a la nueva morada, donde nos dirigimos inmediatamente. Tendría como veinticinco varas de largo sobre quince de ancho. Había en ella a nuestra llegada cien indios por lo menos i otras tantas mujeres i niños. Los primeros estaban vestidos como de ordinario,

con sus chamales, i calzados con buenas espuelas de plata: las mujeres llevaban tambien el traje comun i ostentaban en sus cabezas, orejas i brazos una infinidad de adornos de chaquiras i prendecitas de plata. Hallábanse todos sentados con las piernas cruzadas sobre pieles de huanacos i formando dos filas, la primera los hombres i la segunda las mujeres. En el centro del edificio se sentó Cariman i me hizo colocar a su lado junto con el capitán Mera, miéntras que mis jentes quedaban fuera custodiando las cargas i mercaderías.

Mi amistad con Cariman había principiado bebiendo i bebiendo debía estrecharse. Así pues no tardó en darme un cántaro de chicha tan grande que apénas podía levantarla. Bebí con él el primer cacho ni mas ni ménos de la misma manera que entre nosotros se bebe la primera copa. En seguida fué vaciando el contenido de mi cántaro poco a poco en el mismo cacho hasta que se concluyó enteramente, haciendo que brindasen unos en pos de otros los indios principales que allí había. Estos ántes de tomar, mojaban siempre sus dedos en la chicha i arrojaban algunas gotas con dirección al Volcan de Villa-Rica.

A fin de congratularme el afecto de todos los concurrentes, les regalé algunos cigarrillos de papel que se pusieron a fumar con mucho gusto.

Pocos instantes despues la casa, que no tenía mas que una puerta, se vió ahogada por el humo que despedían los fumadores.

No pudiendo permanecer en medio de aquella atmósfera, salí fuera para respirar un aire mas puro.

Pocos pasos había dado por frente de la vivienda, cuando se me presentó un indio pidiéndome una botella de aguardiente.

Me negué a ello, i el indio se desató en insultos i amenazas. Para apasiguarlo le di cigarros i se retiró.

Al entrar algunos momentos despues a la casa, Cariman, informado de lo acontecido, hizo una señal para que todos se callasen, i, parándose con ademan colérico, llamó al indio culpable i lo hizo arrodillarse a sus pies.

Este salvaje dijo, desenvainando el sable que acababa de obsequiarle, ha ofendido a mi amigo i merece ser castigado.—Sin embargo, reflexionando un momento, i conociendo que seria turbar la jeneral alegría que reinaba entre los concurrentes el castigar al culpable, añadió con voz amenazadora:

—Por esta vez te perdonó; pero prevengo a todos que si alguno se atreve a ofender a este caballero me lo pagará con su cabeza.

Incontinenti ordenó al indio me pidiese perdon. Yo me mostré satisfecho e hice entender al pobre salvaje que todo lo olvidaba i en cuanto a Cariman le manifesté mi agradecimiento por la jenerosa protección que me dispensaba.

El indio salió de allí casi muerto de miedo. La botella de aguardiente por poco no le cuesta la cabeza.

La fiesta duró hasta mui tarde de la noche. Yo me retire antes que concluyese para evadirme de contestar a los innumerables brindis que se me dirijían.

7 DE DICIEMBRE.

Antes de despedirme de Cariman le pedí algunos datos acerca de los minerales que por allí se encontraban. El me los dió de mui buena gana i aun se ofreció a mandar desde

luego dos emisarios a Pumillahue a fin de que los habitantes de ese lugar me permitiesen recorrer sus terrenos, i ordenó al mayor de sus hijos que fuera en mi compañía hasta Pelehue.

Atravesé en efecto el río San José con dirección a aquel punto. Al llegar a la orilla opuesta, tuve que subir con mis jentes una cerranía tan cubierta de monte, que solo a machete pude penetrar.

Tres horas habríamos caminado así cuando nos hallamos en una hermosa pampa en cuyo centro se veía una casa habitada por indígenas, la única de este paraje conocido bajo el nombre de Pumillahue, que en idioma araucano significa *minas de oro*.

Las muchas noticias que, acerca de trabajos antiguos me habían dado en Valdivia, me determinaron a practicar un reconocimiento formal de este lugar.

Me dirigi a la casita. Pero ya fuese por hallarse ausente el dueño de ella, ya porque el mal intencionado espíritu de cierto chileno de la frontera hubiese hecho entender a sus moradores que yo trataba de quitarles los terrenos que poseían, lo cierto es que, a pesar de las recomendaciones de Cariman, me costó no poco trabajo el introducirme.

Pocos momentos después llegó el jefe de la familia acompañado de varios de sus hijos. Instruido por mi intérprete del objeto que me llevaba i de las recomendaciones que me habían precedido, me hizo entender la buena disposición en que se hallaba de ayudarme i ordenó al mayor de sus hijos que me mostrase de seguida los vestijios de las minas antiguas que se hallaban en sus posesiones.

Sali en efecto seguido de mi joven compañero i de mis

cateadores i, despues de haber atravesado espesos bosques, subi hasta la cumbre de un cerro bastante elevado, desde donde se podian divisar todos los campos de los alrededores, los pueblos de San José i Marilef i el curso del Cruces. En varios puntos de esta misma cumbre hallé zanjas de mas o menos profundidad, entre las que distingui una que tendria como dos cuadras de largo, quince varas de ancho i doce de hondura. Estos vestijios, que se conservan todavia apesar del trascurso de cerca de dos siglos, pueden dar una idea de las cantidades de oro que los españoles sacaron de aquel cerro.

Cavé las zanjas en varias partes e hice lavar en los platos que al efecto llevaba siempre conmigo la tierra aurífera que de ellas se sacó. Sin embargo, no pude obtener mejor resultado que en Punacapa, siendo de notar que la formacion de los cerros era idéntica en ambos puntos. Esto me confirmó en la idea de que los españoles habian sacado de allí grandes cantidades, gracias a los numerosos brazos de que podian disponer sin que nada les costasen, i de lo difícil que seria hoy hacer lo mismo, porque el pago de trabajadores consumiria la mayor parte de las ganancias, salvo que, en mayor hondura, se encontrase el oro mas granado i en mayor cantidad, cosa que no he tenido lugar de observar, pero cuyo examen creo muy interesante.

Vuelto a la casa, me sorprendió la hermosura de dos niñas de diez i seis a diez i siete años de edad, a quienes no había visto ántes por haberlas hecho esconderse su madre a mi llegada. Sentéme con ellas a conversar un rato; mas, apenas habrian trascurrido algunos minutos, cuando oímos los gritos de un chancho.

La curiosidad nos hizo pararnos i a poco andar vimos un hermoso leon que arrancaba con su presa. Perseguimoslo al instante con algunos perros, hasta que, acosado por éstos, no encontró otro medio de evadirse que subir a un árbol. Dos o tres balazos bastaron entonces para echarlo a tierra. En seguida me fui sobre él, le saqué el cuero que todavía conservo i dejé la carne (que también prové aquella noche por la primera vez de mi vida) a mis huéspedes, que se mostraron muy contentos no solo por la buena i abundante comida que les proporcionaba, sino también por verse libres de un enemigo que les había robado ya bastantes animales.

8 DE DICIEMBRE.

Al rayar el sol me despedí de aquella familia india i seguí con mis jentes la misma ruta que había recorrido el día anterior. Repasamos el río i en vez de dirigirnos al Sur lo hicimos al Norte.

Dos leguas poco más o menos anduvimos por medio del monte que borda las orillas de las aguas; tocamos en el lugar denominado Ciruelos sin divisar ninguna habitación i continuamos adelante por espacio de otras dos horas, al cabo de las cuales volvimos a cruzar el río, cuya orilla oriental nos sirvió de guía por unas cuantas cuadras hasta llegar a un pequeño paraje conocido con el nombre de Imulfudi, paraje que tiene una pintoresca eminencia formada por un morro, en la cual se hallan varias habitaciones.

Aquí se confunden las aguas del Leufucahue con las del Cruces, que, aumentando su cauce, sigue majestuoso hasta echarse en el Calle-Calle o río de Valdivia.

Como sintiésemos un calor insopportable, descansamos entonces un buen rato en la casa que allí posee el capitán de amigos Felipe Peña.

Sin interrumpir nuestra marcha, nos distrajimos durante algunos instantes en cazar palomas i chorroyes, distraccion que nos proveyó para aquella noche de una exelente cena.

Atravesando en seguida el Leufucahue, seguimos su curso, por el Norte, abandonando el del Cruces, hasta tocar en la pequeña aldea de Puleufu, que solo cuenta unas seis o siete casas i grandes extensiones de terrenos cultivados en las que se divisan de trecho en trecho hermosos bosques de manzanos.

Despues de haber dejado pasar un poco el sol, continuamos siempre por la márgen izquierda del río con dirección al Este, i, como a legua i media, nos encontramos con el pueblecito de Puralon. Aquí cortamos por segunda vez la corriente del Leufucahue, i, caminando otras dos leguas en llano i en montes, alcanzamos a La Rosa, pampa de pequeña estension en cuyo centro hai solo dos habitaciones.

Allí pasamos la noche.

9 DE DICIEMBRE.

Al rayar el alba, salimos de La Rosa siempre al Este i despues de haber andado como una legua por un camino montuoso i cerrado, atravesamos por tercera vez el Leufucahue i, recorridas algunas cuadras, subimos a una cerranía que teníamos delante, la primera que franqueábamos desde nuestra salida de San José.

Al bajar, tocamos en Culchi, paraje aislado que solo cuenta cinco casas.

Al cabo de media hora mas, llegamos a otra cerranía bastante elevada que tambien tuvimos que subir i que, una vez vencida, nos dejó a orillas del río, que volvimos a pasar.

Proseguimos nuestra marcha subiendo de nuevo otro cerro hasta encontrar los restos de un antiguo fuerte mui semejante al de Cruces, i que, a pesar del trascurso de los años, conserva todavia sus fosos bastante hondos. Difícil era conocer si habia sido construido por los españoles o si solo los indios se habian aprovechado de esta defensa contra los primeros.

En la misma falda de la montaña que bajábamos vimos el lugarejo de Malalhue, notable por sus feraces i bien cultivados terrenos i por las esquisitas frutillas que se dan en ellos.

Detuvimonos allí algun tiempo a fin de tomar algun refrijerio i dejar pastar nuestras cabalgaduras.

Repuestos un tanto de las fatigas del viaje, volvimos a continuarlo. Media hora mas tarde pasamos nuevamente el río, cruzamos la reducción de Chaingal, i, en dos horas, alcanzamos a las posesiones de mi compañero, don Adriano Mera, posesiones que corrian a cargo de uno de sus hijos i que le habian sido obsequiadas por el cacique Naipan en prueba de la estimacion que le testifican los indios.

En este lugar quedamos dos días.

En frente se divisaba la reducción de Pelehue situada en la falda de una montaña que mira al Sur del río que habiamos pasado ya tantas veces. El número de pobladores de aque-

lla aldea alcanza apénas a cincuenta i el de sus casas a siete, siendo de notar que los terrenos son en su mayor parte feraces i cultivados. El río que los riega, a medida que se aproxima a su oríjen, se va estrechando mas i mas, hasta el punto de no ser otra cosa que un insignificante estero de quince varas de ancho i una de hondura.

Así que se supo nuestra llegada, fueron a saludarnos Nai-pán, cacique de la reducción, i muchos de sus mocetones.

Hechas las ceremonias de costumbre, el hijo de Caríman que me acompañaba comunicó al cacique del lugar el mensaje de su padre i le hizo muchas recomendaciones de mí i de mis jentes. El cacique me manifestó entonces sus buenos deseos de servirme, ofreciéndome su casa i cuanto pudiese necesitar para continuar mis esploraciones.

Entre tanto se habían reunido delante de la casa como unos setenta indios atraídos por la novedad de mis mercaderías.

Hice pues traer mis baules i depositarlos en medio del círculo que ya se había formado. Saludaronme entonces uno a uno todos ellos i yo a mi turno fui dándoles algunos cigarillos en señal de amistad. Conchavéles después varios efectos, principalmente chaquetones, camisas, aníl, cuchillos i aguardiente. Esta bebida, que muy raras veces llega a esos parajes, fué recibida por los indios con grandes manifestaciones de alegría i sorvida con bastante ansia. Alegráronse un poco con ella, gracias a lo cual me entretuvieron una parte de la noche resiriéndome las hazañas de sus antepasados.

10 DE DICIEMBRE.

Como hubiese custidado mucho la noticia de ballarnos en Pelehue yo i Mera con varias cargas de mercaderías, al levantarnos vimos ya a varios caciques i mocetones vecinos que llegaban a saludarnos. Poco a poco la concurrencia sué haciéndose mas numerosa ; de manera que a las doce no bajaba de noventa personas. Yo me entreteve algunas horas con chavando varias especies, miéntras que el capitán Mera, retirándose con el cacique Naipan i otros caudillos de los indios a la sombra de un árbol inmediato, se ocupaba en prevenirlos en mi favor, diciéndoles que mis buenos conocimientos de minas i las noticias que recibiera en Valdivia de las riquezas que existian a inmediaciones de Villa-Rica, me habían determinado a solicitar de ellos el permiso necesario para reconocer aquellos terrenos. Agrególes, tambien a fin de romover toda desconfianza, que ya muchos de los jefes de las reducciones por donde había pasado, lejos de negarse a mis deseos, me habían dado todas las facilidades necesarias para el reconocimiento de sus posesiones, cosa que confirmaron el hijo i mensajeros de Cariman.

Como el capitán Mera les exijiese en seguida una pronta respuesta, los caciques se dirigieron al círculo que formaban los demás indios, i, después de haber deliberado allí un rato, contestaron que no tenian el menor inconveniente para acceder a mis deseos.

Para probarme en seguida sus buenas disposiciones, Naipan me convidió para reconocer juntos las cerrañas de los alrededores. Anduvimos bastante ; i a pesar de nuestras proli-

Cariman quiso hacer luego una especie de ostentación presentándome con cierta marcada manifestación de orgullo a las ocho mujeres con quienes se había casado hasta entonces, la menor de las cuales tendría apenas quince años i me contó la había adquirido por tres caballos i cuatro yuntas de hueyes. Bien comprendí que aquello entraba en las debilidades del anciano i que no estaba distante de ser un juego diplomático a fin de que yo me mostrase galan obsequiándolas. Así lo hice en efecto, i, para probarle que me complacía aquella muestra de amistad, fui depositando en manos de sus ocho esposas chaquiras, añil, pañuelos, agujas, ají i mil otras bagatelas que ellas aceptaron con gran satisfacción.

Como no era posible dejar sin parte al cacique, lo obsequié también con aquellas especies que, según noticias, eran mas de su agrado, esto es, un buen sable, aguardiente, tabaco i varios pañuelos laceros.

Podría decirse que mi llegada había prendido fuego en toda la reducción, según era la prisa que todos se daban en acudir al llamado de Cariman. Este, deseando dar a mi recibimiento un carácter enteramente popular, había hecho convocar a los principales indios de la reducción para que se dirigiesen en aquel mismo día a una casa de su propiedad situada a algunas cuadras de la en que nos encontrábamos. Algunas horas después me convidió a pasar a la nueva morada, donde nos dirigimos inmediatamente. Tendría como veinticinco varas de largo sobre quince de ancho. Había en ella a nuestra llegada cien indios por lo menos i otras tantas mujeres i niños. Los primeros estaban vestidos como de ordinario,

con sus chamales, i calzados con buenas espuelas de plata: las mujeres llevaban tambien el traje comun i ostentaban en sus cabezas, orejas i brazos una infinidad de adornos de chaquiras i prendecitas de plata. Hallábanse todos sentados con las piernas cruzadas sobre pieles de huanacos i formando dos filas, la primera los hombres i la segunda las mujeres. En el centro del edificio se sentó Cariman i me hizo colocar a su lado junto con el capitán Mera, mientras que mis jentes quedaban fuera custodiando las cargas i mercaderías.

Mi amistad con Cariman había principiado bebiendo i bebiendo debía estrecharse. Así pues no tardó en darme un cántaro de chicha tan grande que apenas podía levantarla. Bebí con él el primer cacho ni más ni menos de la misma manera que entre nosotros se bebe la primera copa. En seguida fué vaciando el contenido de mi cántaro poco a poco en el mismo cacho hasta que se concluyó enteramente, haciendo que brindasen unos en pos de otros los indios principales que allí había. Estos antes de tomar, mojaban siempre sus dedos en la chicha i arrojaban algunas gotas con dirección al Volcán de Villa-Rica.

A fin de congratularme el afecto de todos los concurrentes, les regalé algunos cigarrillos de papel que se pusieron a fumar con mucho gusto.

Pocos instantes después la casa, que no tenía más que una puerta, se vió ahogada por el humo que despedían los fumadores.

No pudiendo permanecer en medio de aquella atmósfera, salí fuera para respirar un aire más puro.

Pocos pasos había dado por frente de la vivienda, cuando se me presentó un indio pidiéndome una botella de aguardiente.

nos bañamos en las puras aguas del Leufucahue, que, en en aquel paraje, solo aparece como un insignificante estero, cuyo nacimiento dista solo unas dos o tres leguas.

Dos horas mas tarde nos despedimos de aquellas jentes i seguimos nuestra ruta en dirección al Nordeste por pampas i montes por espacio de igual tiempo hasta llegar a la reducción de Trailafqueen.

Esa aldea está situada en una hermosa llanura a la orilla meridional de la gran laguna del mismo nombre i cuenta una población de mas de cien habitantes.

Dirijíme a la casa del cacique Curiñanco para quien llevaba recomendaciones desde Pelehue.

Era ese jefe de elevada estatura, delgado, de fisonomía agradable i de edad bastante avanzada. Nos recibió con cariño, i, después de haber examinado durante media hora mis mercaderías, me compró una carga de aguardiente, regalándome dos corderos i matando otro cuya sangre bebimos en señal de eterna amistad.

En recompensa del generoso recibimiento que me había hecho, regalé al cacique variás prendas de valor i a sus tres mujeres chaquiras, pañuelos i otras frioleras.

En la tarde de aquel dia, se reunió en mi alojamiento un crecido número de indios que iban con el objeto de saludarme, a los cuales correspondí con regalos sus cariñosas manifestaciones de simpatía.

Conversé largamente con ellos sobre mi viaje, i me manifestaron los peligros i tropiezos que debía encontrar en mi camino i los medios mas oportunos para evitarlos. Proper-

cionaronme tambien detalles minuciosos de todo ello que me dieron oportunidad para hacer importantes anotaciones que me fueron de no poca utilidad mas adelante.

El cacique Curimanco, mi hospitalario huésped, me hizo entender al mismo tiempo que al dia siguiente convidaria a toda la reduccion a fin de tener ocasion de presentarme a ella como buen amigo. Dile las gracias por semejantes distinciones, i seguí entreteniéndolo durante las primeras horas de la noche, con la relacion de varios usos i costumbres de la gente civilizada, que no poco le agradaron i por cuya razon me preguntó repetidas veces.

18 DE DICIEMBRE.

Era este un dia hermoso. La naturaleza toda parecia vestida de gala. El cielo se mostraba cubierto con un azul purísimo i los bosques despidiendo esos vapores que el sol de la mañana arrebata siempre a la tierra i que en forma de nublados suben deshaciéndose hasta el firmamento. Si a este se agrega la vista de la cordillera con los hermosos reflejos que hace el sol de diciembre en sus nevadas cumbres, fácil será imaginarse la belleza de las mañanas de verano en aquellas regiones dotadas por la Providencia de las mas lozana i admirable vegetacion.

Curimanco habia ordenado a uno de sus mocetones que subiese aquella mañana a un árbol bastante elevado que habia a inmediaciones de su morada, a fin que desde allí pudiera llamar a todos los indios vecinos con su pisulca (1).

(1) Especie de pito que se usa en la guerra.

No tocándose este instrumento por regla jeneral mas que cuando se trata de llamar a las armas a los habitantes de una reduccion, esta vez se creyó en Trailafqueen que el enemigo estaba a sus inmediaciones i no tardaron en presentarse a su cacique mas de ciento cincuenta mozos robustos i bien montados armados con sus enormes lanzas.

Estos indios me parecieron mucho mas salvajes que cuantos había visto hasta entonces. Vestian solo de chamal, teniendo desnuda la parte superior del cuerpo, desde la cintura, i pintada la cara de un modo bastante extraño. Unos en efecto traian las mejillas teñidas de rojo oscuro; otros un lado de este color i las narices azules; otros la mitad de la cara roja i de otro color la otra; muchos solo llevaban pintado un lado, i la mayor parte, teñido de negro el círculo de los ojos, cosa que les daba un aspecto feroz.

Se instalaron cerca de la casa sentados en círculos, algunos sobre pellones i otros brutalmente tendidos de barriga. El cacique, yo i el lenguaraz entramos al medio i principió entonces la ceremonia de los saludos, terminada la cual, obsequié a los caciques con aguardiente, pañuelos i tabaco i a los demás indios con algunos cigarrillos de papel. Me hicieron varias preguntas acerca de los últimos sucesos que habían tenido lugar en la Alta Frontera, asegurándome que habían recibido muchos mensajes, invitándoles a mezclarse en ellos. Les aconsejé que permaneciesen tranquilos i dedicados enteramente a sus trabajos, que era lo que les convenía. Pareció que mi consejo les cuadraaba o que ya ellos tenían hecha esa resolución, porque, como el cacique pidiese su opinión a los circunstantes, todos por aclamación aprobaron el propósito. A fin de confirmarlo con hechos, quisieron

dar una prueba de sus pacíficas intenciones suplicando al capitán Mera que se constituyese en juez de sus querellas, dando por inaplicables sus fallos. El cacique mismo instó a Mera que aceptase el cargo como una prueba de confianza i amistad.

Mas de una hora empleó el capitán en escuchar i fallar las demandas, que se reducían en su mayor parte, a quejas de algunas mujeres que querían dejar a sus maridos por el mal trato que recibían de ellos. Concluida la audiencia, estalló entre todos una vocería jeneral para manifestar su satisfaccion. Mera aprovechó de las circunstancias para instruir a los indios de mi propósito de hacer un viaje a Villa-Rica, ponderándoles las buenas disposiciones i la proteccion que me habían ofrecido los demás caciques, como podía atestiguarlo el mensajero de Naipan, i esperando que yo merecería igual benévol a acogida i protección de su parte.

Había en aquella reunión algunos indios de diferentes tribus, entre otros muchos Pehuenches de la Confederación Argentina, i la proposición hecha en mi nombre por el capitán, fué la señal de una algazara, disputas, gritería i confusión, como sucede jeneralmente cada vez que se reúnen para adoptar alguna resolución. Sospechaban que yo pretendía conocer su territorio para conducir a la conquista a los cristianos. Desvanecí sus sospechas por medio de mi lenguaz, asegurándoles que el objeto que allí me llevaba, que no era otro que buscar antiguos tesoros abandonados por los españoles, podía ser tan provechoso a sus intereses como a los míos. Con esta explicación quedaron satisfechos, manifestándolo, como de costumbre, con una infernal gritería, a la que yo contesté con una salva de escopetazos i con una orquesta de acordeones que llevábamos los de la partida. Poco e nada fa-

miliarizados con las armas de fuego, la detonacion de las es-
copetas produjo entre ellos una fuerte impresion. Los que no
se creyeron muertos, no podian darse cuenta de lo que les
pasaba ; dirijian sus ojos sorprendidos de uno a otro lado, se
miraban estupefactos unos a otros, algunos tocaban sus pro-
pios cuerpos, como para descubrir si habian recibido una
herida, otros examinaban con atencion las armas cuyo me-
canismo no podia pasar para ellos sino como una brujeria. So-
lo vino a cesar su estupor cuando estalló mi orquesta que,
por lo mismo que era discordante i capaz de destrozar el tím-
pano de un hombre civilizado, les agrado sobre manera. Esto
i un barril de aguardiente de regular capacidad que hice
poner en medio del circulo, llevó al colmo su alegría i buen
humor. Rodearonme para manifestarme su agradecimiento
por la sorpresa que les había dado, presumiendo que los tiros
que había hecho disparar habian tenido por objeto espantar
al diablo i hacer que la buena armonía i la confianza domi-
nasen nuestra sociedad. A esto siguió la borrachera consi-
guiente precedida de las libaciones de costumbre a Pillan i al
Volcan de Villa-Rica.

Lo mas interesante del espectáculo faltaba todavia. De
repente nuestro circulo se encuentra invadido por una mul-
titud de mujeres que parecía que brotaban de entre los
bosques de los alrededores, con el semblante alegre, fantás-
ticamente ataviadas, tocando tambores i pífanos i otros
instrumentos salvajes con que formaban un concierto en-
demoniado.

- Los hombres entre los araucanos acostumbran dibujárse
en la cara arabescos mas o menos caprichosos i variados,
que les dan el aspecto feroz con que ellos pretenden intimi-

dar al extranjero; no así las mujeres, que por toda pintura se hacen un círculo azul al rededor del ojo, del cual parten rayos en todas direcciones i cuyo centro es la pupila. Los araucanos cuidan con mucho esmero de esta parte de su *toilette* sobre todo para las grandes ceremonias i fiestas.

Con tan inesperado refuerzo la algazara fué tomando gigantescas proporciones. De cuando en cuando veíamos llegar a escape algún indio que no había podido acudir con mayor prontezza al llamamiento del cacique i que recorria en todas direcciones el círculo, saludando uno por uno a sus conocidos, siempre con distintas palabras, tales como, *caí* al que solo era amigo, *pení* al muy amigo, *cacho* a aquel con quien había concluido un negocio, *cuñado* al pariente, *trafquin* a la persona con quien había hecho algún cambalache, etc., etc.

En tanto que yo seguía con la vista una de estas ceremoniosas recepciones, un indio se acercó a mí pronunciando la palabra *trafquin*, i apoderándose con el mayor aplomo del mundo i con grande estrañeza mia de mi sombrero. Poco después otro, a quien yo había visto que examinaba con mucha atención mis piernas, me repitió la misma palabra, i por sus ademanes, entendí que me era preciso darle mis botas de viaje i manifestar que lo había hecho de la mejor gana, no sin recelo de que la misteriosa palabra se repitiese muchas veces.

Lo que tiene de impertinente esa costumbre está compensado por lo que hai en ella de reciprocidad. Con la misma palabra con que uno es despojado tiene derecho para despojar a su prójimo; así es que no pasó mucho tiempo sin que, viendo que el indio que me había despojado del som-

brero se preparaba a montar en un soberbio alazan de su propiedad, me acercase a él i repitiéndole con toda cortesía la famosa palabra, me hiciera dueño del animal sin ninguna observacion de su parte. No fui tan afortunado con el que me llevó las botas, que había emplumado con su buena adquisicion i a quien no tuve el gusto de volver la revancha.

La fiesta mientras tanto, aunque ya caida la noche, continuaba a favor de una hermosísima luna con la misma animacion i entusiasmo con que había principiado. Los cántaros de chicha i los cachos de aguardiente circulaban con extraordinaria velocidad entre los concurrentes. Se bailaba, se cantaba, se ahullaba, se hacia un ruido espantoso al son de los inseparables tambores i pifulcas. A un lado los mas diestros jinetes hacian pruebas salvajes sobre sus caballos ménos indómitos i mucho mas inteligentes i educados de lo que pudiera creerse. A otro, cincuenta o sesenta indios, sentados al rededor de una gran fogata preparaban las viandas, terneras, carneros, chanchos, entre los cuales un potrillo muerto esprofeso que debia hacer los honores de la fiesta.

Era aquello algo de nuevo, de original, de grotesco i hasta me atreveria a decir de interesante. Al ver aquellas caras pintadas de diferentes colores a la triple luz de las llamas, de la luna i del aguardiente, aquellas voces que solo exalaban alardos salvajes sin la menor armonia, pareciéndose mas a los abullidos de las fieras que a la voz humana, los cuerpos desnudos, contorsiones violentas i extravagantes, movimientos convulsivos, me preguntaba interiormente si me hallaba yo entre hombres o entre demonios, si me sentia en el uso perfecto de todas mis facultades o si era presa

de una incómoda pesadilla. Era la realidad perfectamente desnuda: en medio de toda aquella batahola, revueltos hombres i mujeres beodos, formaba un notable contraste la circunstancia de no haber ni una sola querella, ni una riña, ni una disputa, ni un disgusto que, en escenas semejantes i en los pueblos mas civilizados del mundo, no habrian hecho falta para turbar la armonia jeneral.

14 DE DICIEMBRE.

El amanecer vino a descubrir un tendal confuso i revuelto de hombres i mujeres a quienes el aguardiente no habia permitido retirarse del lugar de la fiesta. El alcohol hacia aun sus efectos en algunos de ellos, i las medicinas que tenia costumbre de llevar conmigo, me sirvieron eficazmente para restablecerlos a la salud, circunstancia que me valio no poco crédito i admiracion de aquella pobre jente.

Serian las nueve de la mañana de un hermoso dia, cuando acompañado de dos mensajeros que Curiñanco enviaba conmigo para que me recomendasesen al cacique de Lican, salí de Trailafqueen para continuar mi expedicion esploradora. Solo algunas cuadras habiamos andado cuando llegamos a la laguna de Trailafqueen, en donde el calor de la estacion, lo limpido de las aguas nos invitó a tomar un baño. La conformacion de la laguna es de tal manera cómoda, que se puede penetrar hasta media cuadra hacia el interior sin perder fondo, a pesar de que en el medio no alcanzaron a tocarla todos los hilos que llevábamos para sondearla. Sin embargo, sus aguas tibias no pudieron procurarnos en nuestro baño el refrezo que esperábamos, lo que no dejó de contrariarnos.

Entre continuar mi expedicion por tierra o por agua, me decidí por la opinion de los indios que me acompañaban, quienes me dijeron que el camino por tierra para llegar a la orilla oriental de la laguna de Trailafqueen era en extremo cerrado, montuoso i casi impracticable para bestias cargadas. Decidi pues hacer marchar mis cabalgaduras por tierra i sin equipaje, i tomar una piragua para cruzar en ella la laguna. Esa piragua que logré alquilar era la única que había en la reducción. Quien se figure que nuestra embarcacion se parecia a una chalupa, a un bote, que ofreciese seguridad alguna a los que en ella nos arriesgábamos, no podrá formarse una idea de lo que es la laguna de Trailafqueen i sus medios de transporte. Nuestra piragua era un trozo de tronco de árbol viejo, medio podrido, hendido en la mitad como una sepultura i tapado uno de los agujeros de sus extremidades con barro i paja para que allí no penetrase el agua. Suponeos los primeros tiempos de la navegacion, los primeros habitantes de la tierra que se aventuraron en el agua, sino a nado, a merced de frájiles i livianas tablas de que hacia un juguete el elemento marítimo. Nuestros remos manejados por dos indios consistian en un palo de escoba cuya punta estaba unida por medio de buquis (1) a un trozo de corteza de árbol encartuchada.

Nuestro viaje para cruzar de un lado a otro la laguna necesitaba por lo menos ocho horas. Una brisa un poco violenta habría comprometido mi expedicion; pero el panorama que se desarrollaba a mi vista me entusiasmaba de tal manera

(1) Lazos vegetales.

que, en verdad, no pensè ni en piragua, ni en indios, ni en cargas, ni en peligros de ninguna especie para llegar a la cota a que me provocaba el cono de Villa-Rica coronado de su penacho de fuego i cortado a pique sobre la superficie de la laguna.

Si no es el amor a la ciencia, como se podria decir pretenciosamente, seria sin duda la curiosidad la que me decidió a emprender la travesía sin tener quien me acompañase, a pesar de las ventajosas ofertas que habia hecho a los hombres de mi partida.

Heme aquí pocos momentos despues a bordo de mi piragua con los mensajeros de Curiñanco, que eran los de la cara pintada i que me inspiraban toda especie de recelos, estando a su merced no solamente mi persona, sino tambien cuanto poseia. Un viajero europeo habria dicho en este caso que se encontraba entre Scylla i Caribdis ; en mi situación yo podria decir que me encontraba entre salvaje i salvaje que es algo mas.

Unas cuantas remadas, i arribamos a una pequeña isla en donde mis compañeros indígenas se proponen buscar huevos de pájaros, a cuyo entretenimiento me veo obligado a acompañarlos. Para que yo consintiese en su excursión decíanme esos bellacos de indios que era cerca de aquella isla en donde los españoles, obligados a tomar la retirada, habian sustraído sus tesoros, para venir en mejores tiempos a buscarlos. Pretendian ellos que cuando no soplaban el Puelche i que la laguna estaba tranquila, sus aguas eran tan claras, tan cristalinas, que, desde la superficie, se podia percibir esos tesoros.

¿Era aquello una farsa de los indios que me acompañaban ;

o era en efecto que ellos me comunicaban sus tradiciones? La verdad es que perdimos una hora larga en recorrer el estadio del inmenso depósito, i que después de muchas vueltas i revueltas, salimos de aquel punto como habíamos entrado. Debo añadir como a una promesa de indios debe creerse, i tratándose de tesoros ocultos, que los picudos que me acompañaban me prometieron, que si descubrían algo, pondrían una señal en el punto con tal de que lo que se hallase lo partiríamos como buenos i leales amigos,—a cuya fe no agregamos firma de notario por no haberlo en aquellos lugares, pero si agregué dos o tres tragos de aguardiente que me garantían de su fidelidad.

Otra vez a bordo de nuestra piragua, yo les marcaba con mi aguja, sin mostrárselas sin embargo, porque habrían creido que era una brujería, el rumbo Norte. El Puelche (1) era nuestro enemigo. Sus brisas principiaban a encrespar la superficie plana de la laguna; su fuerza se manifestaba a cada instante más enérgica; fue aquello en suma, un verdadero temporal. Mi canoa luchaba en vano a pesar de un buen director contra las olas; los remos no servían de nada contra la borrasca; mi piloto, (que era mi sirviente) era por casualidad un hombre de tino, i sabía poner la proa de nuestro pequeño esquife de manara a evitar el azote de la ola que se levantaba espumosa i amenazadora como la hora de prueba para un neófito, o más bien, como en los tiempos de las leyendas antiguas, el espectáculo del tormento para los adeptos. El agua se nos metía en la canoa.

(1) Viento de cordillera.

—¿Bombas? no podíamos haberlas tenido.
—¿Instrumento alguno de salvacion? imposible.
—¿Qué hacer? Nuestra frájil embarcacion nos amenazaba con sumerjirnos a cada momento.

Un poco de presencia de ánimo, i todo estaba salvado, porque la atmósfera principiaba a aclarar en el horizonte i el Puelche parecía disminuir de su violencia. Instantes después, i como salvados por la mano de un ángel, podíamos arribar, gracias a la violencia de las marejadas i a la buena situación en que nos encontrábamos, a la baja playa de la mayor de las islas de aquella laguna.

El paraje a que tocábamos era plano en toda su estension; excepto la parte septentrional que se veía coronada por un pequeño cerro de gracioso aspecto.

Desembarcadas las cargas que traia i asegurada la piragua al tronco de un árbol, buscamos un lugar donde guarecernos aquella noche. Hallámosslo en un punto algo elevado de la isla que daba frente al Volcan de Villa-Rica.

Apenas secos mis vestidos, dejé a los indios i a mi mozo de mano en torno de la fogata que habian encendido i, subiendo a un pequeño promontorio, me puse a contemplar uno de los mas imponentes i hermosos cuadros de la naturaleza que haya visto en mi vida.

Figuraos una estensa laguna de tres leguas de largo i una de ancho bordada por siete pequeñas islas la mayor de las cuales medirá en su superficie como diez cuadras i las menores solo algunas varas. Mirad esa laguna rodeada de bosques verdes i floridos cuyos árboles mojados aun por la reciente borrasca i heridos por los últimos rayos del sol de

diciembre parecen esconder de los hombres aquellas puras aguas para que solo gocen de ellas los salvajes moradores de Trailasquen, únicos que habitan en sus inmediaciones i que han cuidado de abrirse camino hasta ellos por medio de la lozana vegetacion que las circunda. Mirad en seguida mas allá de esos árboles un círculo de montañas i entre éstas por el Norte, fijaos en una de quinientos piés de altura, tras la cual se descubre el Volcan de Villa-Rica, ese atalaya de la Tierra que parece dominarla en todas direcciones infundiendo respeto con su penacho de fuego a los indios que la pueblan. Detened vuestra vista en este lugar i observad una a una sus particularidades. Ved primero los grandes moles de rocas que, a los pies del Volcan, aparecen como engastadas en el verde oscuro de los montes que las cubren, observad despues esa mezcla de nieve i de fuegos que durante el dia va a perderse en los cielos i que durante la noche sirve de faro al viajero, señalándole el rumbo que debe seguir para llegar al punto adonde se encamina. Observad todavía mas i contemplad la inmensa circunferencia de la base que no tiene menos de cinco leguas i se halla rodeada de aguas puras i cristalinas i la altura del mismo que no baja de diez i siete mil piés sobre el nivel de las aguas; palpad el terreno de sus alrededores cubierto de escorias i de cenizas; i decidme si puede haber un espectáculo mas interesante en toda la superficie del globo!

¡Mágico Volcan de Villa-Rica! Monumento gigantesco de la creación divina! Yo te saludo—Ruega al Supremo Hacedor que conserve en mí las impresiones que experimenté al verte por la vez primera, para que pueda descubrirlas en el curso de mi vida a los que me esperan en el viejo continente!

I vosotros chilenos ilustrados i amantes de vuestro pais, cooperad a que pueda contemplar en un dia no mui lejano esas bellas comarcas, arrebatadas a los bárbaros i conquistadas a la civilizacion, sirviendo de asilo al comercio i a la industria i esplotando las incalculables riquezas que en ellas se divisan por todas partes!

Bien hubiera deseado permanecer gozando de aquel hermoso paisaje algunas horas mas, pero el penetrante frio que hacia i las sombras de la noche, que iban adelantando mui de prisa, me lo impidieron.

De vuelta a la cueva que habia escogido para descansar, encontré a los indios que echaban al fuego harina i aguardiente, ofreciendo con ello un sacrificio al Dios de las tempestades en agradecimiento a haberlos librado de la borrasca de aquel dia. Yo me acosté cerca de la fogata i no tardé en dormirme con el recuerdo de las mil emociones i fatigas que habia experimentado.

15 DE DICIEMBRE.

A las cuatro de la mañana me despertaron los indios diciéndome que la laguna estaba tranquila i que era tiempo de continuar nuestra marcha hacia Lican.

Tan pronto como me fué posible, me puse a bordo de mi ridículo esquife, colocando la proa hacia el Norte.

Al doblar un promontorio encontramos a los arrieros a quienes habíamos encomendado las cabalgaduras, salidos recientemente de Lican por orden de Mera en una pequeña em-

barcacion con el objeto de averiguar nuestra suerte, pues principiaba a temer o que hubiéramos sido víctimas del temporal, o que los indios, incitados por la codicia de las mercaderías que llevábamos, nos hubieran asesinado. Viéndome sano i salvo, mis pobres mozos prorrumpieron en un estrepitoso grito de alegría. Continuamos juntos hasta la playa, donde saltamos a tierra. Esta, por hallarse a inmediaciones del Volcan de Villa-Rica, estaba cubierta de una arena de escoria tan fina, que nos hundíamos en ella hasta las rodillas. Ese fastidioso camino me condujo a la habitacion de un indio llamado Vointen que distaba como tres cuadras del lugar de mi desembarco, siguiendo los arreros con la carga al hombro.

Arribados allí, salió a recibirnos el capitán Mera que se alegró mucho de verme salvado. El dueño de casa informado ya por aquel del objeto de mi viaje, me recibió tambien con mucho cariño, i, despues de haber bebido conmigo la sangre de costumbre, me hizo preparar un buen almuerzo. Este indio era como de cuarenta años de edad i vivia allí con des mujeres de quienes tenia una numerosa familia. Como me indicase el capitán que tenia bastante influencia con los salvajes de los alrededores, le obsequié varias mercaderías para hacérmele propicio.

A poco rato de haber almorcado, llegó a la casa un yerno de Vointen que residia en un lugarejo inmediato llamado Chaliupen, con quien conchavé varios artículos por buenos animales.

Desde puestas de sol hasta que nos acostamos, brindé al dueño de casa repetidos cachos de aguardiente a fin de hacerlo romper su silencio sobre algunas noticias de impor-

tancia para mi esploracion, noticias que no me fué difícil obtener despues de haberle instruido los mensajeros de Curiñanco del buen recibimiento que me habian hecho en Trailafqueen.

Entre otras cosas me aconsejó el indio que dejase en su habitacion una gran parte de las mercaderias que llevaba, porque se esperaba de un instante a otro la llegada de uno de los caciques principales de la Otra Banda, el mismo de quien hemos dicho ántes que habia asesinado a su propio hermano el cacique de Manguihue por haber dado permiso a unos capuchinos para que fundasen una mision en esos parajes. Agregóme Vointen que el viajero venia en busca de varias especies i trayendo exelentes caballos. I yo, no tanto por el negocio que podia hacer, como por encontrar un útil amigo que me acompañase a la Confederacion Arjentina por los senderos que deseaba conocer, consentí gustoso en dejar allí mis mercaderías.

Hablando en seguida del punto de la cordillera por donde debia pasar, se me dijo que habia tres caminos que conducian por ella al otro lado; uno que desembocaba cerca de la misma casa, al Sur del Volcan, mas corto que los demas, pero en estremo áspero i parado; otro al pié del mismo Volcan i borde de la laguna que lleva igual nombre, por la parte del Norte, mas accesible en toda estacion, i que, tocando en Pocon i Pailin, sigue hasta la falda del Volcan Quetru (1) situado a la bajada de la cordillera por las pampas arjentinas; i finalmente un tercero, que atravesaba las montañas cerca del Volcan de Llaima, distante tres leguas de donde nos encontrábamos.

(1) Descabezado.

A propósito me contó el yerno de Vointen que algún tiempo ántes se habian alarmado mucho por haberse declarado la guerra los volcanes de Villa-Rica i de Quetru, que, por casualidad, arrojaban sus piedras i fuegos el uno en dirección del otro; agregándome que en esa erupcion se habian levantado algunas cuadras de terrenos con todos sus árboles, las que habian ido a caer a las inmediaciones, formándose asi un nuevo cráter, i dejando cubierta una parte del mejor camino de los que acabamos de hablar.

16 DE DICIEMBRE.

Como los mensajeros de Curiñanco debian volver a Trailaf-queen, les di una buena gratificacion i me despedí de ellos para continuar mis esploraciones hacia Villa-Rica.

Vointen, grato sin duda a los regalos que le diera el dia anterior, se ofreció a acompañarme hasta Voipire con el objeto de recomendarme personalmente al cacique de esa reducción.

Aunque las ruinas de Villa-Rica están situadas perfectamente al Norte de Lican, tuvimos que dirijirnos al Oeste, contorneando un cerro de regular elevacion que se estiende como una legua en dirección de Este a Oeste.

Por espacio de una hora marchamos por bosques espesos hasta llegar a un llano donde pastaban muchísimos animales, los mejores que he visto en todas mis esploraciones i que pertenecian a mi compañero Vointen, quien tenia allí un vaquero chileno para custodiarlos.

De allí seguimos adelante hasta encontrar las ruinas de un antiguo fuerte casi de las mismas dimensiones que el de Malalhue, cuyos fosos estaban cubiertos de cohigües i quillantales.

Una hora mas tarde llegábamos a Chésque Alto, que no tiene mas que tres habitaciones i se halla situado en una hermosa llanura cubierta de ricos pastos que dan alimento a numerosos piños de ganado vacuno i lanar i a grandes caballadas.

Todos los vestijios que allí se notan demuestran que en otro tiempo debió ser aquella una reducción bastante poblada. En la actualidad sin embargo, apénas cuenta un escaso número de habitantes, no siendo poco el de las viviendas abandonadas que se divisan en sus alrededores.

Allí hicimos algunos conchavos de animales.

Terminados que fueron, continuamos la ruta con dirección al Este, atravesando montes i llanuras, i llegamos a una planicie que se estiende al pie del Volcán de Villa-Rica por el lado N. E., planicie cuya estension alcanzará a una legua cuadrada.

Aquello se llamaba el Voipire (1). En una de sus extremidades se hallaba la casa del cacique, a donde nos dirijimos inmediatamente.

Concluidas las primeras ceremonias de estilo que ya conoce el lector, el cacique Vointen me recomendó del mejor modo posible a mi nuevo huésped, cosa que repitió Mera, como lo había hecho en otras reducciones, dando en seguida algu-

(1) Véase la carta del misionero Imons que se encuentra entre los antecedentes históricos.

nas noticias sobre mis proyectos al jefe araucano i diciéndole como me habian acojido los caciques por cuyas posesiones acabábamos de pasar. Agregué a esto algunos regalos de valor, con los que conseguí poner al indio enteramente de mi parte. De modo que me prometió convocar al dia siguiente a todos los indios del lugar para comunicarles mis deseos i conseguir el permiso que necesitaba para esplorar la Tierra.

Una parte de la noche seguimos conversando sobre el asunto, durmiéndonos en seguida bajo el estrellado techo del firmamento.

17 DE DICIEMBRE.

Los rayos del sol nos despertaron, e involuntariamente nuestras primeras miradas se encontraron con el volcan de Villa-Rica, que forma un cono cubierto de vegetacion hasta la mitad i cuyo cráter ardía entonces con exhalaciones que amenazaban al cielo.

La giganteza cordillera de los Andes que se veia mas allá presentaba un cuadro majestuoso e imponente no solo por sus elevados picos que parecen cortados a cincel para adorar el horizonte, sino tambien por los profundos precipicios ante cuya vista se estremece el mas rijido viajero.

Como a una cuadra de distancia del paraje en que nos encontrábamos corrian las aguas del Voipire, río que, saliendo del cono del volcan, baña la hermosa llanura de que acabamos de hablar i se confunde en seguida con las aguas del Tolten.

He notado una particularidad que no puedo ménos de re-

ferir al lector. Los terrenos que visitaba, por el contrario de los de Lican, eran sumamente feraces i daban hermosos pastos de que carecen los otros, lo que tiene su origen en que no son como ellos cubiertos por las escorias del Villa-Rica..

Como a las diez de la mañana se hallaban reunidos ya todos los indios de la reducción i una vez que se contaron sus cuarenta cabezas, les ofrecí cigarros i aguardiente, que aceptaron con la mejor gana del mundo, conclavándose después varios hermosos animales.

Concluidos los negocios, todos guardaron silencio, quedando con la palabra un anciano venerable, quien, después de haber dado cuenta a los concurrentes de varios mensajes que se acababan de recibir de la Alta Frontera, en los que se invitaba a los pobladores de la reducción a tomar las armas i unirse con sus hermanos de la Tierra para reconquistar juntos las posesiones de sus mayores, se dirigió a mí, pidiéndome datos, noticias i consejos sobre el asunto. Yo, como en otras ocasiones, les hablé de los males que siempre trae la guerra; exagerándoles el número i disciplina de las fuerzas chilenas i el alcance i efectos de sus armas i haciéndoles comprender en seguida los beneficios que podrían obtener si permanecieran en buena amistad con los cristianos.

Concluido mi discurso, se siguió un acalorado debate en que tomaron parte todos los indios sin distinción alguna; debate que sostenían algunos partidarios de la guerra que, vencidos al fin por las razones de los demás, acabaron por cambiar de miras declarándose partidarios de la paz.

El cacique en cuya casa me había alojado tomó después la palabra i en una arenga en extremo larga i patética, refirió a

los salvajes los principales acontecimientos que habia sabido de mis escusiones, hablándoles de mis proyectos, de las ventajas que podrian obtener, si, considerándome como hermano, i aprovechando mis conocimientos especiales, me permitian repartir con ellos las riquezas que sus primeros opresores habian ocultado en las entrañas de la Tierra al abandonar los fuertes de Villa-Rica, i me dejaban esplotar las ricas minas que yacian desde algunos siglos en el mas completo abandono, sin provecho de nadie.

Llegó a ese tiempo el cacique Quitrulef, propietario de un territorio cerca de las ruinas de Villa-Rica, quien, impuesto de lo que pasaba, vino a introducir la paz en aquel pandemonium levantado a consecuencia de mi solicitud, tranquilizando a los indios por medio de pacificas exhortaciones en un discurso que les dirijó con atronadora voz i que todos escucharon con el mas religioso silencio. Concluyó declarando que se hallaba por su parte dispuesto a concederme el permiso que solicitaba, i que esperaba que sus paisanos presentes serian de la misma opinion.

Las palabras de Quitrulef produjeron una prolongada i entusiasta aprobacion de simpatia de que me fué imposible sacar nada en limpio.

En cuanto a su persona, lo único que pude ver i examinar fué que, Quitrulef era de una gallarda figura, jóven i expresivo en sus facciones, de continente noble i marcial, ataviado de numerosas prendas de plata entre las cuales se hacia notar sus espuelas, la vaina de su espada (de fabricacion enteramente indijena, i rica a machote) i una multitud de otras zarandajas de que estaba enjaezado su caballo.

La montura, dejando a un lado la descripcion del animal,

era tanto o mas rica en platería que lo demás, i su valor no bajaria a mi juicio de trescientos pesos.

Nos encontrábamos en estas circunstancias cuando un buitre vino a desplegar sus alas sobre nosotros i hubo indios que me pidieron que lo abatiese con mi ciencia. Mi excelente rifle estaba cargado con una bala cónica, i era de la mejor fabricación europea. Con estas condiciones me creí seguro del éxito i no titubeé en aceptar el desafío que me hacían los Picuntos.

Un minuto después la bala de mi rifle traía al suelo al pobre animal.

Las jentes de la Tierra, como encantadas de mi hazaña, celebraban a cual más la caída del buitre i me cumplimentaban por haberlos libertado de un enemigo que les había arrebatado ya muchas cabezas de ganado lanar. Aproveché la oportunidad para hacer que me contestasen acerca de la solicitud hecha. Mi proposición fué aceptada entonces por unanimidad i su aprobación manifestada por grandes gritos i apretones de manos, a todo lo que contesté yo i mis jentes con una salva de escopetazos i con una tocata de acordiones, poniendo en seguida a disposición de todos un pequeño barril de aguardiente i algunos puñados de cigarrillos de papel.

Bebiendo estaban los indios cuando fueron sorprendidos por la llegada de un mensajero del cacique de Panguipulli que, a todo escape, se detuvo en el lugar donde estábamos reunidos i, después de registrar su caballo que cayó al suelo cubierto de sudor i de fatiga, dijo a la reunión :

—«Vengo en nombre de mi cacique, quien me ordena comunicar a toda esta reduccion el próximo arribo de un *huinca* que anda reconociendo la Tierra para venirla a conquistar despues, i que os diga, que no le permitais en manera alguna en vuestros terrenos, i si hubiese llegado, le rechazeis, dandole la muerte si no os obedeciese.»

Despues de un corto debate, la asamblea declaró al mensajero de Paguipullí que debia contestar a su cacique, que ellos no estaban dispuestos ni a seguir consejos, ni a obedecer órdenes de nadie, i que ya habian hecho amistad conmigo.

Crei natural premiar la proteccion que se me dispensaba, distribuyendo con profusion entre todos los de la junta pañuelos, cuchillos i chaquiras, cosa que los puso en tal extremo contentos, que hicieron marcharse al emisario de Paguipullí en medio de una rechisla jeneral.

Entre tanto, Adriano Mera se retiró a un lado con Quintral i le ofreció en mi nombre numerosos i ricos obsequios con tal de que diera noticias exactas acerca de cuanto yo le preguntase con relacion a los entierros i minas de las inmediaciones i las vias de comunicacion que conducian por la cordillera a la Republica Arjentina. A lo que contestó el indio :

—«Yo resido desde mui poco tiempo en estos parajes i tengo mi morada a inmediaciones de las ruinas de Villa-Rica, donde no hai otra casa que la mia, porque, estando en aquellos escombros las almas de los españoles muertos por nuestros antepasados, nadie se atreve a habitarlos. Asi es que el paraje mas inmediato, que es Putuve, dista de alli como dos leguas.—Si quereis, agregó, mi pobre choza está pronta.—Venid ; reco-

noced los terrenos de mi propiedad i los inmediatos. Pero os advierto que las jentes de Putuve i de Alipen, al otro lado de las aguas del Tolten, son mui malas i que os espondriais, penetrando allí sin su permiso. Por tanto, os aconsejo que espereis para arriesgaros en una empresa como la de que me hablais, a que yo mismo hable con esos bárbaros i os trasmite su respuesta, que no dudo se conformará a vuestros deseos. Sin esto vuestra vida, la de la gente que os acompaña i la mia estarian en peligro. Así pues, pensadlo, que pronto estoy a hacer lo que determineis.»

Mucho me agrado la caballerezca oferta de Quirulef i habria compartido con gusto todos los peligros a que el indio creia esponerse por mí, si mi jente no hubiese desmayado. Si a conocer el idioma araucano con la perfeccion necesaria, no era tampoco posible seguir solo. Mi situacion fué entonces desesperante :—haber llegado hasta el término de mi viaje ; no distar mas que una hora de camino de las ruinas de Villa-Rica, punto donde se fijaban todas mis esperanzas i a donde creia hallar la recompensa de las fatigas i sufrimientos de mi larga i arriesgada peregrinacion, i sin embargo no serme posible pasar adelante.....

Tuve pues que renunciar a todo, conformándome con reunir los datos que pude de Quirulef, a quien prometí volver a visitarle algunos meses despues, dejándolo encargado mientras tanto de obtenerme el permiso que necesitaba para continuar mi esploracion.

Los datos que obtuve son los siguientes :

I.º Que la arruinada ciudad de Villa-Rica estaba situada

entre la laguna del mismo nombre i las aguas del río Tolten, por cuya razón sus terrenos eran algo fangosos. Que apesar del trascurso de tantos años, aun se conservan numerosos vestijios, como pedazos de murallas de cal i ladrillo, zanjas, etc. que, aunque cubiertas de mante colgado, dan a conocer la grande estension de aquella ciudad i el lugar donde existian ántes de su destrucción las calles, la plaza, los fuertes i principales edificios.

2.º Que en la misma ciudad de Villa-Rica, donde es fama dejaron ocultas los españoles inmensas riquezas, no es difícil encontrarlas. I que al efecto, se han descubierto por los indios algunas que permanecen abandonadas todavía por no haberse atrevido éstos a tomarlas por temor de provocar a los espíritus por quienes suponen están guardadas. Dícese ademas, que hai una gran piedra cubierta de inscripciones simbólicas bajo la que existen, segun antigüas tradiciones, entierros de consideracion.

3.º Que en la laguna hai una pequeña isla situada a corta distancia i casi enfrente de las ruinas de Villa-Rica, donde se eleva un cerro pintorezco en una de cuyas faldas hai otra piedra que tiene inscripciones parecidas a la de que acabamos de hablar i bajo la cual, es fama, escondieron los europeos la mayor parte del producto de sus minas. A esta isla jamas han podido arribar los naturales, porque, en varias ocasiones que lo han intentado, se han visto rechazados por las aguas, i, creyendo que estaba encantada, no han vuelto a acercarse a ella por temor de irritar a los brujos que suponen la habitan.

4.^o Respecto a las minas, no se encuentran en las inmediaciones de la ciudad, sino en la falda del cono del Villa-Rica cerca de Pocon i de Pailin (¹) i son de oro, plata i cobre. Tapadas i llenadas las bocas de los trabajos antiguos por los naturales despues de la fuga de los españoles que las explotaban, se hallan actualmente descubiertas en su mayor parte, ya por las aguas, ya por los diversos sacudimientos que ha experimentado la montaña en las varias erupciones del Volcan que la domina. Por esos vestijios se conoce que ha habido muchas velas de plata e innumerables lavaderos de oro. El cobre se halla tambien en abundancia, i, segun informes, hai por alli un pequeno cerro enteramente azul que llega hasta tener las aguas de un estero que baña su base.

En cuanto a diamantes, diré que nada pudieron comunicarme los indios i aunque es posible que los haya; creo mas bien que hayan sido pedernales con cristalizacion los que se ha dicho que abundaban en esos lugares.

5.^o Respecto a los caminos finalmente que conducen al travez de la cordillera a la Confederacion Argentina, todos los naturales me confirmaron punto por punto lo que a cerca de ellos me habia dicho Vointen i que ya conoce el lector.

Volviendo ahora a la reunion—me despedí de todos los indios que la componian i seguido de Mera, Vointen i mis mozos, abandoné aquel lugar, para volver por segunda vez a Valdivia, tomando el camino que conduce a Chesque Alto, a donde habia resuelto pasar la noche.

(1) Antiguamente Pucon i Pagulin.

Llegados allí un poco después de las oraciones, fuimos sorprendidos por la repentina carrera de un indio de Voipire que, desarrajando su caballo, se paró con un trabuco en mano delante de la fogata en cuyo derredor estábamos acostados. Todos nos asustamos al principio, creyendo que tras este salvaje vendrían muchos otros a asesinarnos. Pero más luego salimos de nuestro error, porque el mismo indio, entregándome su arma, que era una que poco antes le había conchabado, me explicó el objeto de su viaje, diciéndome que quería cambiar por otra especie aquel trabuco, cuyo mecanismo no había podido comprender muy bien, a pesar de mis repetidas lecciones. Agregóme en seguida que habiendo llenado la mitad del cañón con la pólvora que tenía, se había disparado solo, dándole un golpe tan grande en la cara que por nada lo deja tuerto, i que, por no verse expuesto a que aquel animal lo matase el día menos pensado, venía a devolvérme-lo. Ofrecíle varias especies del mismo valor, pero con gran sorpresa mía i de mis jentes, no quiso llevar ninguna, prefiriendo a ellas una camisa lacre de algodón que cuando mas valdría sesenta i cinco centavos i que se puso inmediatamente, volviendo contentísimo a su reducción.

18 DE DICIEMBRE.

Habiendo fracasado la mira principal de mis exploraciones, es decir, el reconocimiento de Villa-Rica, i, deseando llegar a Valdivia antes del día de Pascua para asistir a las festividades de noche buena, salí de Chesque muy de mañana, siguiendo el camino de Lican.

Muchas veces quise detenerme en mi tránsito para obser-

var la formacion i calidad del terreno, pero, por hallarse cubierto en todas partes de una capa mui gruesa de tierra vegetal, no me fuié posible conseguirlo.

A las once Hegamos a Lican, donde nos ocupamos hasta la noche en bañarnos i recorrer los contornos de la laguna, persiguiendo algunos leones, cuyos cueros hubieramos deseado llevar con nosotros.

19 DE DICIEMBRE.

Habiéndome desembarazado de las mercaderías i cargas de aguardiente que traia la primera vez que toqué en este paraje, creí que no necesitaba esponérme de nuevo en la laguna, i, despues de haberme despedido de Vointen, seguí por tierra mi camino con dirección a Trailafqueen.

Llegado allí, i a fin de no entretenermu mucho, evité la visita del cacique, que me habría obligado a permanecer en su compañía mas tiempo del que deseaba, i, despues de refrescarme un poco en la choza de un pobre indio, seguí adelante acompañado de Mera, dejando atras el resto de mi comitiva con el encargo de conducir i custodiar los animales que traia.

Al cabo de algunas horas de un trote regular, i despues de haber tocado en Mangüisehue, llegamos ya de noche a las posesiones de mi compañero Mera en Pelegue, adonde fuimos recibidos con tanto mayor regocijo cuanto que aquella misma noche debía celebrarse un casamiento.

Segun dijimos en otra ocasión la suerte de las mujeres araucanas es mui desgraciada. Despues de pasar los primeros años de su juventud sujetas a la patria potestad i esclavas

de los que haceros domésticos, no tienen siquiera la libertad necesaria para elegir una persona de sus simpatías con quien compartir los pesares i sufrimientos de la vida. Solicitada su mano por un Picunto, que raras veces han conocido ántes, pasan a ser esposas vendidas por cierto número de animales.

Serian como las diez de la noche cuando me avisaron quē iba a principiar la fiesta.

La mayor parte de los indios de la reducción estaban montados a caballos a instrucciones de la casa del novio. A una señal dada, corrimos todos a escape i con una gritería infernal hacia la habitacion de la niña. Allí, despues de haber-nos colocado de manera a rodear toda la choza, para evitar que se escapasen las personas de adentro, esperamos un rato mientras bajaba el novio en busca de su querida prenda. Esta, que dormia tranquilamente sin sospechar lo que pasaba, se vió asida de repente por el esposo que le destinaba su padre i se resistió a ello con todas sus fuerzas, hasta que, sin saber si era jóven o viejo, buen moso o feo, i despues de haberlo arañado i estropeado no poco, acabó por entregarse rendida de luchar en vano. Aunque hubiera sabido quien era su pretendido, siempre habría hecho lo mismo, en conformidad a la costumbre de la Tierra que hace considerar como mas virtuosa a la mujer que mas ha sabido resistir al esposo en la primera noche de la boda i que le haya dejado mas señales de razguños, pellizcos i trompones.

Salido el novio con su prometida, montó a caballo i llevándola en brazos, partió a carrera tendida, seguido de todos nosotros que, con una gritería espantosa, le acompañamos hasta su casa. Llegados allí, el mozo principió por esconder su tesoro de las miradas de los envidiosos tras una quincha de

coligües, i, despues de haber hecho sacar grandes barriles de chicha, se retiró, dejando a todos los concurrentes emborracharse hasta el dia siguiente.

Yo me escapé tambien lo mas luego que pude.

20 DE DICIEMBRE.

El capitán Mera, por quehaceres particulares, se quedó en aquel lugar, i yo, despues de haberme despedido de él i de dos de sus hijos, seguí con otro en dirección a Valdivia.

A pocas horas, el cielo, que en toda esta expedicion me había protejido con un hermoso tiempo, principió a cubrirse de nublados i algunos momentos despues a echarnos encima uno de esos fuertes aguaceros tan comunes en aquellas regiones.

El mal estado del camino a consecuencia del agua entorpecía mi marcha, que era lenta i pesada hasta no mas, teniendo que ir poco a poco, a fin de que pudieran alcanzarme las demás jentes de mi comitiva que, como hé dicho ya, venían atras arreando todos los animales conchabados.

Como el aguacero arreciase i llevase trazas de durar todo el dia, al salir nosotros de Chaingal, tuvimos que atravesar tan ligeramente como nos era permitido i sin detenernos, a Malalhue, Culche i La Rosa, para llegar en la noche i enteramente mojados a Puleufa, en donde un indio nos acogió en su casa con bastante agrado i nos invitó a participar de su fuego, señalándonos un lugar donde pasar la noche con abrigo.

21 DE DICIEMBRE.

A pesar de la lluvia que continuaba aun, salimos de este lugar mui de mañana i pasamos por Suulfuli i Ciruelos, para llegar a Marilef. Allí descanzamos en la morada del cacique Cariman, quien nos preguntó con interes las peripecias de nuestro viaje al interior, a lo que accedimos de buena gana, aunque brevemente, precisados como estábamos de alcanzar en el mismo dia hasta San José.

Los misioneros se regocijaron de corazon de volver a verme, pues me suponían muerto. Acepté de buen grado la hospitalidad que me ofrecieron, i, pasamos la noche en una conversacion animada i afectuosa sobre el carácter i costumbres de los indigenas i la naturaleza del territorio que ocupan.

22 DE DICIEMBRE.

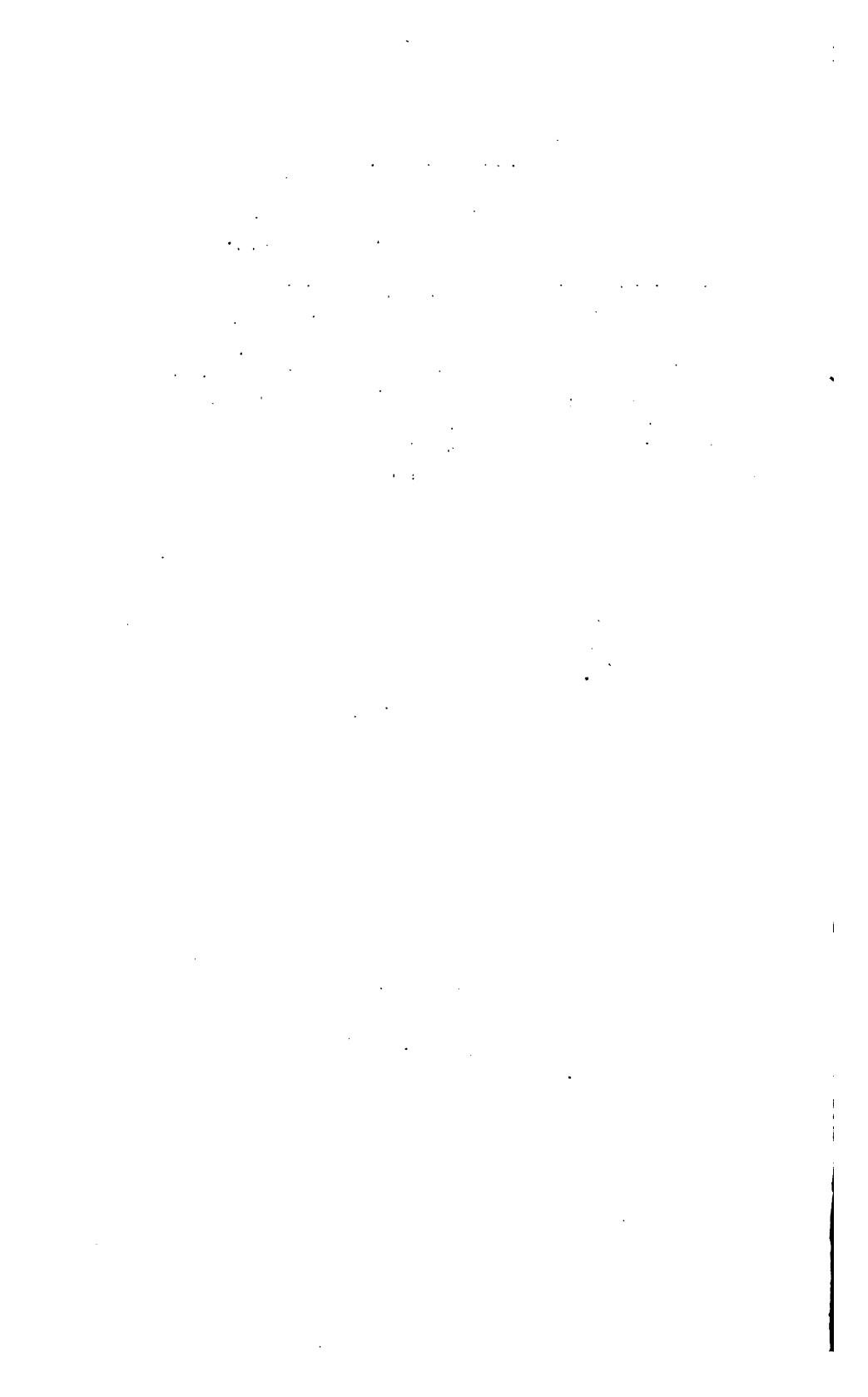
En la mañana salí de San José, pasando por Quechuco, Cayan i Tres Cruces, hasta llegar a Cruces en donde, despidiendo a más mozos con los animales por tierra a Valdivia, me embarqué para arribar a esa ciudad al anochecer.

El incendio que había tenido lugar en la noche del 17 había reducido a cenizas la mayor parte de la poblacion. Yo mismo había sufrido sus desastres, pues todo lo que dejé en el ho-

tel en que estaba alojado i que era el punto central de mis escursiones, había sido consumido por las llamas (1).

(1) En la introducción de esta obra he dicho que había encontrado las ruinas de una ciudad antigua no mencionada en la historia. ¿Cómo ha sido eso? preguntarán en primer lugar mis lectores, ¿ta he descubierto o no?—No titubeo en decir que si; pero les ruego que por ahora me dispensen de su descripción. Mis viajes a la Araucanía no están aun concluidos. Pienso recomendarlos tan pronto como me sea posible; i los datos que he obtenido de un cacique amigo mio me han sido comunicados con la mayor reserva. Si señalase ahora esos datos i refriese las escusiones hechas en consecuencia, no sería prudente de mi parte.

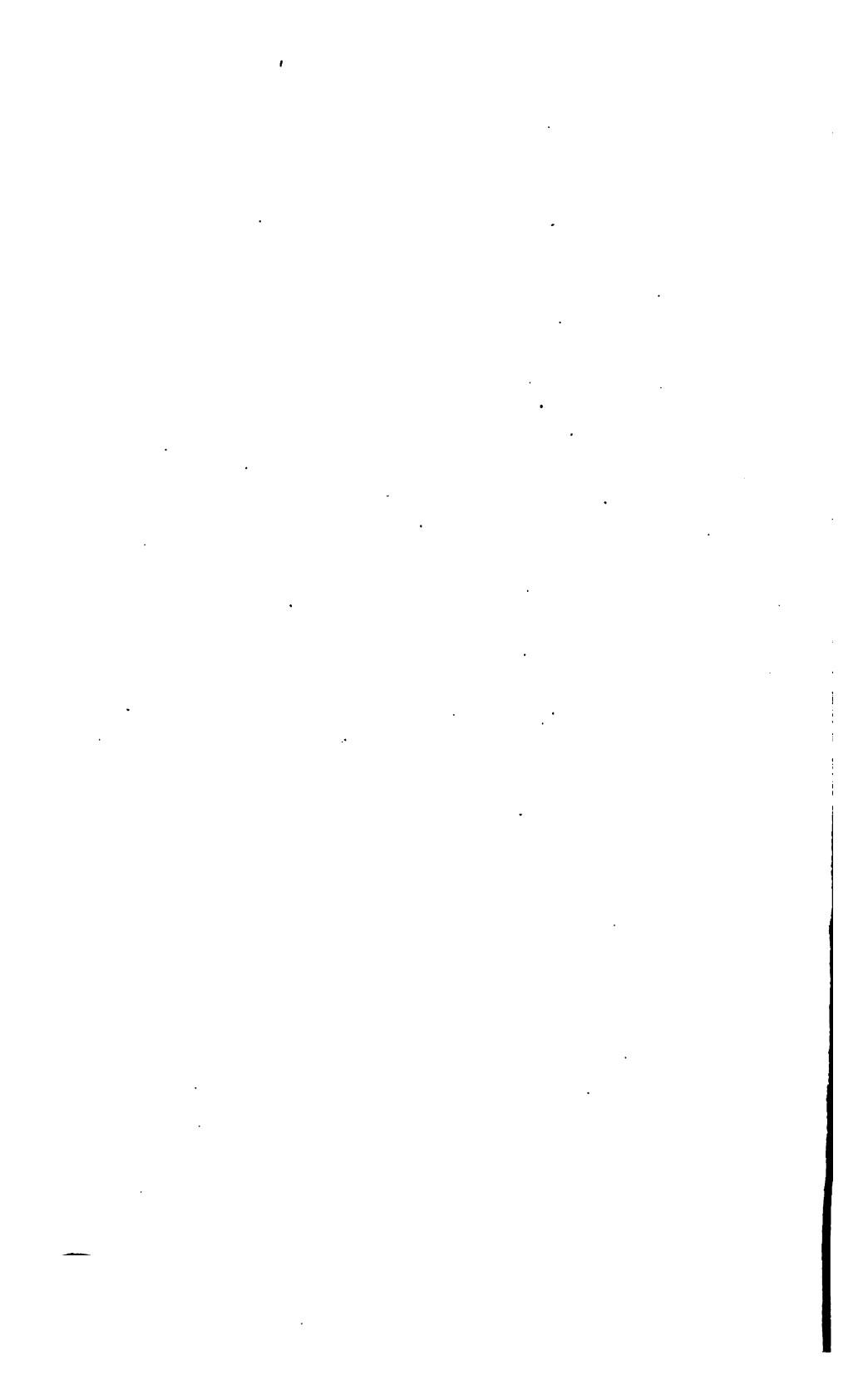




TERCERA ESPEDICION

A LA

ARAUCANIA.



TERCERA ESPEDICION

A LA

ARAUCANIA

DESDE

SAN JOSÉ, POR NIGUEN, HASTA PITRUFQUEEN.

De vuelta de mi segunda expedición al territorio araucano, me ocupé durante dos meses en visitar los departamentos de la Unión i Osorno i en hacer algunas esploraciones a la cordillera en dirección a las lagunas de Ranco i Puyehue.

A principios de marzo de 1860 me encontraba de nuevo en la ciudad de Valdivia, en donde tuve la idea de hacer aun-

otra visita a Villa-Rica, de reconocer sus ruinas, visitar el volcan de sus inmediaciones i, en provecho del país i de la ciencia, hacer un estudio detenido de toda la localidad. A pesar de todo, mis deseos valieron mas que cualquiera otra consideracion, i me determiné a completar mi esploracion en cuanto fuera posible.

Hice en consecuencia mis preparativos de viaje, i heme aquí, por la tercera vez, en marcha a esa rejion de misterios, de tradiciones i de costumbres enteramente orijinales, impelido por esta curiosidad, sea de ciencia, sea de interes, pero que siempre es el móvil de la naturaleza humana.

Despues de un dia de camino estábamos en San José.

Mis intenciones eran permanecer solo dos dias en aquella mision; pero la suerte lo quiso de otro modo.

A pesar de las ventajosas ofertas que hice a varios individuos, no encontré quien consintiese en acompañarme en calidad de lenguaraz, porque se había divulgado allí el rumor de que los indios pensaban asesinarme en el tránsito a Villa-Rica. Mui contrariado por esta circunstancia i dispuesto a seguir a todo trance mis esploraciones, i solo, si no encontraba compañero, me dediqué al estudio del idioma indíjena con mas cuidado i constancia que nunca, sin dejar de hacer casi todos los dias un paseo investigador por aquellos contornos,

En uno de esos paseos como hubiese avanzado algunas leguas por un camino pantanoso en que los caballos se enterraban a cada paso hasta los pechos, llegué a Pidei, lugar situado a S. E. de San José, en que apénas hai cinco ranchos de chilenos i otros tantos de indíjenas cristianos que conservan

todavia sus antiguos trajes i costumbres i solo se diferencian de los demas habitantes de la Tierra en que no admiten la poligamia.

Me alojé en casa del juez, que era un pariente de mi antiguo compañero Adriano Mera, i me recibió, por esta circunstancia, con toda especie de atenciones i con la mas generosa hospitalidad.

Al otro dia sali con uno de los hijos de mi huésped a reconocer las cercanías donde se me había dicho se veian muchos vestijios de antiguos trabajos de minas.

Encontré efectivamente muchos hoyos i lavaderos que aun que contenian un poco de oro, no era tanto que pudiera determinarme a establecer un trabajo formal.

Informado de que en aquellas inmediaciones había un cerro donde aseguraban que se encontraba la famosa mina de que tantos tesoros había sacado don Pedro de Valdivia, primer gobernador de Chile, me encaminé hacia ese punto i vi esparcidas en los potreros algunas botijuelas que habían tenido azogue, lo que probaba evidentemente que allí fueron llevadas para beneficiar el oro.

Avanzando un poco más, encontré una partida de chilenos que catacaban desde algunos días ántes la misma mina que yo buscaba, pero que aun no habían alcanzado resultados favorables por estar el terreno cubierto de espesos bosques i presentar por ello grandes dificultades al cateo.

Me preparaba a seguir mis investigaciones, cuando el cielo, que desde las primeras horas de la mañana había estado cubierto de oscuros nubarrones, dejó caer un copioso aguacero

que me obligó a desistir de mis intentos i a volver inmediatamente a casa de Mera.

Allí me vi forzado a detenerme dos días que duró la lluvia. Así que hubo escampado me puse en marcha con dirección a San José.

Si el camino era malo cuando lo pasamos por primera vez, ahora podría decirse que las aguas lo habían hecho peligroso. Imagínese el lector, que empleamos más de tres horas largas en pasar solo un fango de menos de una milla de extensión, i que llegamos a San José cubiertos de sudor por los esfuerzos que habíamos hecho para salir del paso i con nuestros caballos embarrados hasta los pechos, pues poco había faltado para que jinete i animal hubiésemos quedado sumergidos.

Con tristeza veía pasar uno a uno los días, sin divisar la época fija en que pudiese abandonar la misión i seguir mi proyectado viaje, cuando de improviso la llegada del hermano de uno de los principales caciques de la Tierra, vino a infundirme nuevas esperanzas.

El recién llegado era un indio de presencia esbelta i noble, de andar airoso, exelente musculatura, fisonomía agradable i ojos llenos de ese fuego salvaje que distingue siempre a los descendientes de Caupolicán. Vestía el traje de oficial del ejército i llevaba cubierta su cabeza con una gorra galoneada. Llamábáse José Railef, i me dijo que era hermano del cacique Pailialef de Pitrusqueen.

Para conciliarme la voluntad de este hombre, de quien podía esperar protección en mi viaje, le obsequié una buena espada i le hice preparar en la misión una comida a la que también invité al cacique Carimani i sus hijos.

Alagado Railef por mis atenciones, estrechó conmigo sus relaciones de amistad i me suministró datos i noticias interesantes de la Tierra, que tenian para mi tanto mayor mérito, cuanto que eran dadas por un natural bastante instruido i mui afecto a los cristianos con quienes habia vivido varios años, conservando aun con ellos muchas relaciones.

Le referí mis inútiles esfuerzos por hallar un lenguaraz que me acompañase a Villa-Rica i le supliqué que, valiéndose de sus numerosos amigos, tratase de procurarme uno a la mayor brevedad posible. A lo que me contestó; que desistiese de mis proyectos, pues tenia fundados motivos para creer que me espondria mucho, por la mala disposicion que habia notado en algunos indios para dejarme pasar otra vez por sus posesiones. I concluyó ofrecioндome su casa e invitándome a cambiar de rumbo, dirigiéndome a ella inmediatamente.

No podia ir directamente a Villa-Rica; acepté pues de buena gana la invitacion, prometiéndole cumplir sus deseos i hacerle una visita, i pensando en mi interior salir de allí a Villa-Rica.

Dos dias despues de la comida, Railef i yo recibimos un mensaje de Cariman, invitándonos a asistir a un festín que él preparaba para obsequiarnos i devolvernos sin duda el convite que acabábamos de hacerle.

Salimos con dirección a Marilef, llevando algunos obsequios al cacique.

Al aproximarnos a esa reducción, divisamos en una grande i hermosa pampa a mas de trescientos indios, entre hombres i mujeres, reunidos ya para el banquete i formando un estenso círculo que iba ensanchándose a medida que se presentaban nuevos convidados.

Los redobles del tambor i los agudos sonidos de la pifalca i otros instrumentos salvajes resonaban por todas partes acompañados de los gritos de alegría i de los extraños i discordantes cantares de los indios.

Al poco rato nos encontramos en el círculo que se abrió inmediatamente para darnos paso. Penetramos hasta el medio, donde Cariman se apresuró a recibirnos, ofreciéndonos un lugar a su lado.

El rostro del cacique rebosaba de júbilo en aquel momento, por lo que era fácil conocer hasta qué extremo se complacía de la prisa que nos habíamos dado en acudir a su invitación.

Cambiados los saludos de costumbre, entregué cortezmente a Cariman los obsequios que, como dije arriba, llevaba para él i que consistían en un barril de aguardiente i un cesto de cigarrillos de papel, cosas ambas por las que se manifestó muy contento.

Ya en otro lugar hemos instruido al lector de la usanza de los indios por la que los recién llegados a una reunión se ven obligados a ir saludando uno a uno a todos los concurrentes. Esta vez no sucedió lo mismo con nosotros, que, así que estuvimos en nuestros asientos, fuimos saludados por los indios, quienes como una muestra de distinción i aprecio extraordinario se apresuraron a acercarse uno a uno a cumplimentarnos.

De hora en hora la animación de los invitados tomaba cuerpo i se extendía de uno al otro extremo del círculo, reproduciéndose en manifestaciones de placer o en alaridos espantosos. Los brindis, el baile, los gritos i los cumplimientos todo era al mismo tiempo sin que hubiese para ello orden, ni etiqueta.

Las tinieblas avanzaban entre tanto con una celeridad admirable, i no tardaron en apagar completamente los últimos reflejos del astro del dia , dejandonos sumerjidos en la oscuridad.

La fiesta terminó con el juicio de los concurrentes, quienes, ébrios hasta no mas, acabaron por dormirse en sus asientos.

En cuanto a nosotros, descanzamos aquella noche en la reducción, i a la mañana siguiente, despues de habernos despedido de Cariman i los suyos, regresamos a la misión de San José, habiéndose separado de nuestra comitiva Railef que deseaba llegar lo mas pronto posible a Pitrusqueen para prepararnos alojamiento.

En el acto de mi arribo, comuniqué a los Padres la determinación que había formado de emprender sin demora mi expedición a Pitrusqueen. Trataron de disuadirme de ella i me enumeraron uno a uno los riesgos i sufrimientos que me aguardaban si la realizaba en esa estación en que, a mas de luchar con los elementos, tendría que hacer frente a la animosidad de los bárbaros.

Así, despues de haber reconocido el territorio indígena por la costa i por la cordillera, me determiné a reconocerlo en su centro ; i al efecto hice los preparativos indispensables.

En la tarde del mismo dia contraté un lenguaz bajo la espresa i terminante condición de no seguirme a Villa-Rica, e ir únicamente hasta Pitrusqueen.

4 DE ABRIL.

Sali al alba con mi nuevo lenguaz, dos mineros, dos

arrieros i un mozo de mano, i ademas ocho mulas con carga.

La comitiva iba bien provista de escopetas, sables i pistolas.

Dos horas de regular trote i nos hallamos en Marilef. Allí saludé de paso a mi buen amigo Carimán, i, siguiendo por el camino que ya he descrito en mi expedicion a Villa-Rica, i despues de atravesar cerca de Ciruelos el río Cruces, toqué en Imulsudi.

Un poco mas adelante hacia el Norte pasamos el Leufú-
cahue i desde allí nos dirijimos por el N. E. siguiendo la
orilla oriental del Cruces i dejando al Este el camino que con-
duce a Villa-Rica, de que ya hemos hecho referencia.

Media hora despues estábamos en Cudico pequeña estacion
que solo tiene dos casas que se hallan situadas en un llanito
rodeado de montes i mui bien cultivado.

A una milla de distancia está Mucun en donde no se vé
mas que una sola habitacion. Poco mas allá se halla Vaicalaf,
que no tiene mas poblacion que la que pueden contener dos
miserables chozas situadas en una planicie.

Dejamos que pastasen allí nuestras cabalgaduras i nos en-
caminamos a la vivienda mas inmediata para solicitar hospe-
daje.

Sus moradores nos acojieron con cariño i en breve nos sir-
vieron de comer con la mejor voluntud, proporcionándonos lo
que necesitábamos para pasar la noche cómodamente.

5 DE ABRIL.

En marcha desde mui temprano, seguimos por la rive-

ra meridional las ondulaciones del río que atravesamos para llegar a Rancahue. Este es un manzano situado en un fértil llano que rodea a cuatro o seis tristes habitaciones, i desde donde, previa nuestra visita al cacique, continuamos hasta Coihigüe. Allí nos esperaba una escena, cuyo relato, aunque insignificante, puede dar una idea de la originalidad de las costumbres araucanas.

Mientras hablábamos con el cacique, una algarazara extraordinaria se hizo sentir a inmediaciones de la habitación. Informados de lo que sucedía, supimos que era una partida de Boroanos que venía de Valdivia conduciendo algunas cargas de aguardiente, i era detenida por los indios de la tribu en que nos encontrábamos hasta que pagasen el valor de una deuda que habían contraído en ella otros Boroanos. La cuestión fue decidida mediante la entrega de dos cargas de aguardiente; pero es digna de notarse esa solidaridad que existe en los compromisos de todos los individuos de una tribu para con las otras, de manera que los inocentes o los que jamás han contraído una deuda se ven obligados a cubrir las contraídas por los verdaderos deudores, salvo su derecho de reclamar contra ellos en su reducción.

Desde Coigue, i habiendo pagado nuestra contribución para seguir adelante en los regalos de costumbre, nos fué preciso para alcanzar a Niguen atravesar tres veces el río, tocando en nuestro tránsito en Sapaco, que no es mas que un rancho i en Chesque Bajo, lugarejo de seis habitaciones, situado, río de por medio, en frente de Loncoche, que no tiene mayor número de casas, pero situadas en medio de una linda llanura limitada por un espeso bosque de manzanos que atravesamos.

De Loacache à Niguen el camino formaba contraste con el que dejábamos atras. Alternativamente colinas i quebradas fangosas se sucedian sin interrupcion por espacio de una legua poco mas o meno, en que lo que trabajamos contra los malos pasos, lo tupido del bosque, el descenso i ascenso de las quebradas, viéndonos obligados en varios puntos a llevar a hombros las cargas de nuestras mulas, nos hizo perder mas de tres horas de tiempo ántes de llegar a Niguen. El cacique de esta reducción se llamaba Luis Abarto, pero como no lo encontrásemos en casa, nos vimos obligados a descansar nosotros i a dar descanso a nuestras cabalgaduras en una colina, tal era la fatiga que sentiamos despues de un caminotan pesado.

La reducción de Niguen, acaso la mas importante despues de Marilef, cuenta unas ocho habitaciones situadas sobre las cumbres de pequeñas colinas separadas unas de otras, i rodeadas pintorezcamente de manzanos i otros pequeños arbustos, que forman un conjunto agradable.

Inmediatamente despues de nuestra llegada nos vimos rodeados de todos los indios del contorno, a quienes traia la curiosidad de vernos, la esperanza de hacer conchavos, informarse de donde i a qué veniamos, averiguar en suma, cuáles eran nuestras intenciones. Satisfacimos su curiosidad, pagando ademas el tránsito por sus terrenos que nos cobraban, i, como nos hiciesen comprender que si seguiamos adelante, no encontraríamos durante dos dias nada de viveros o alimentos, tuvimos que conchabarles, por chaquiras i otras zarandajas, gallinas i corderos, que era cuanto necesitabamos.

De Niguen a Pitrusqueen hai dos caminos, el uno por Muquen, mas largo, pero mas cómodo, i el otro por Pichi-Maqueua, mas corto, pero pantanoso, quebrado i casi intransitable. Para economizar tiempo adoptamos este último en que nos aguardaban las mismas o mayores dificultades que en el tránsito de Loncoche a Niguen.

En efecto, hubo pasaje en que fué preciso que todos nos desmontássemos, i, llevando a hombro nuestra carga i metidos hasta la cintura en el fango, arriássemos nuestras bestias con la esperanza de encontrar un sitio menos insopportable, donde pasar la noche.

Otro percance mayor nos esperaba.

Una vez salvados del pantano, nos creimos felices de encontrar un pequeño espacio en medio del monte, en donde pudieramos descansar nosotros i hacer que pastasen nuestras cabalgaduras.

Pero estaba decidido que todo me sería adverso en aquella jornada. Habíamos hecho apenas nuestros primeros preparativos de alojamiento i de cena, cuando el cielo que venia encapotándose desde algunas horas ántes, tuvo a bien descargar sobre nosotros un chuvasco que nos mojó hasta los huesos, no dejándonos otro asilo que algunos troncos de árboles derribados por el peso de sus años, sobre los cuales, sentados i con una filosofía que hubiera hecho desesperar a los estoicos, nos resignamos a sufrir la inclemencia del cielo i a ver inundadas nuestras botas con el agua que destilaban nuestros vestidos. La prevision de viveres que habíamos hecho a nuestra partida, no le costará mucho al lector presumirlo, nos fué enteramente inútil, a menos que hubiesemos devorado a usanza araucana la carne cruda.

6 DE ABRIL.

Así lo habriamos hecho si un crepúsculo dudoso i tardío i algunos tragos de ron, no nos hubiesen permitido tomar un poco de vigor, i, recojiendo nuestras cabalgaduras, ponernos en marcha, apesar del mal tiempo que continuaba.

Media legua de camino escabroso nos faltaba todavía para llegar a Pichi-Maquegua, sitio abandonado en el dia, que atravesamos sin detenernos i apurando nuestras bestias, ins-tigados por el hambre i el cansancio a pasar tan pronto como fuera posible el río Donguil, para llegar a Nimpué, tocando en Quesquechan.

Nimpué es una sola habitación construida en una pequeña meseta circundada de monte espeso i salvaje. Para nosotros era un palacio; encontrábamos siquiera gente i abrigo i un lugar en donde tomar un refrijerio i secar nuestros vestidos.

Allí pasamos la noche.

Una circunstancia que dará una idea de las miserables costumbres i recursos de aquella gente, es la que me contó el indio dueño de aquella habitación diciéndome que, pocos días ántes, como se le hubiese estinguido el fuego que tenía en su rancho, se había visto obligado a hacer un viaje de veinticuatro horas a caballo para traer algunos tisoncs encendidos de un paraje vecino.

7 DE ABRIL.

Las lluvias bajo aquel clima no son las tormentas de las pampas argentinas, ni las tempestades que estallan en los

trópicos. Principia a soplar el Norte, el cielo se encapota, un aspecto de tristeza cubre todo el horizonte. El agua no tarda en caer sobre el viajero imprevvisor que, con tres o cuatro dias de lluvia sin interrupcion va a ser castigado de su temeridad. Allí no hai asilo, ningun refugio, ninguna esperanza sino es de los elementos, i, si alguna vez os sucede encontrarlos en nuestra situación, el mejor partido será el que adoptamos nosotros, aplicando las espuelas a los hijares del caballo para salir cuanto ántes de la zona tempestuosa.

Así llegamos a Celenal, que dejamos atras en pocos minutos, no ofreciéndonos el ingrato sitio ningun asilo.

Lo que nos esperaba debia poner a prueba nuestros sufrimientos i nuestra perseverancia.

Para ir de Celenal a Quirratué hai un camino *un camino?*— la palabra no es propia ni con mucho. Aquello es peor que la *selva oscura* del Dante. Figúrese el lector un derrotero de cuatro leguas largas con mas sinuosidades que una serpiente, cubierto de quilantales en sus orillas i obstruido en su centro por troncos de árboles gigantescos que databan desde la creacion i que yacian colocados sobre la vía, ya formando paralelas o ya ángulos mas o menos agudos que era preciso salvar en un espacio de poco mas de una brazada. El arte del *sport* (1) habria encontrado allí que no era tan fácil saltar aquellos valles naturales, como los artificiales de los parques de Londres. I el *sporteman* que asi no hubiese pensado, habria pagado con su caballo i su persona su osadía. Era un

(1) Arte de saltar a caballo. *Sporteman*, el que se ejercita o es diestro en ello.

brincar continuo sobre enormes troncos de un diámetro fabuloso para caer sobre otro i otro i otros muchos que, en diversas direcciones, formaban mil trampas al temerario jinete que se atreviese a dominarlos. En efecto, allí pagamos nuestra contribucion de golpes, de disgustos, de rabia, de reniego; sin poder avanzar sin embargo un paso mas de lo que hubiéramos podido hacer con la paciencia de un santo. A cada momento teníamos que descargar la mula que, a veces no podía alcanzar con sus manos delanteras a tomar un punto de apoyo sobre el enorme tronco, i de consiguiente teníamos que llevar a brazo i subir por medio de cordeles nuestra carga. En otras ocasiones aquellos de nuestra partida que se creían mas de acaballo intentaban salvar el obstáculo. Inútilmente: los jinetes iban al aire, miéntras que los pobres animales quedaban atravezados sobre el tronco. Por felicidad estas escenas grotescas nos distraían de las penurias del viaje, exitando nuestro buen humor a costa de los que fracasaban en su intento. Muchos quedábamos allí tendidos para levantarnos entre las risotadas generales a buscar las riendas de nuestros animales asustados i maltratados.

En fin, despues de unas seis horas de este infierno pudimos llegar a Quirratué.

Cuatro casas en medio de un monte de que no las separaban mas de tres o cuatro cuadras mas o menos bien cultivadas, es el punto a que se da aquel nombre.

El cacique de la reducción se llamaba Lemunao. Nos acogió con esa hospitalidad que acostumbran los araucanos para con los recomendados por algun cacique de su raza.

Lemunao era un hombre corpulento, de buena figura, en cuanto la belleza puede existir en la Tierra, cortez i afable,

jeneroso i hospitalario, que quiso hacer una marcada atencion, presentandonos individualmente sus mujeres.

No eran aquellos momentos propicios para tratar nuestra amistad. El cacique se disponia, con el auxilio de sus amigos, a emprender una expedicion a la otra Banda (República Argentina) para rescatar la cabeza de Yenquitrú, que habia sucumbido en una empresa de robos i salteos (malones) contra los vecinos de aquel pais.

Todos los indios de su tribu estaban mientras tanto ocupados de forjar lanzas i preparar quillas para la expedicion. Otros fabricaban *laquis* por medio de piedras envueltas en cuero caliente que se estrechaba a medida que se secaba.

Las mujeres, dejando a un lado los armamentos de los guerreros, preparaban los víveres de que debian tener necesidad para su campana, i confeccionaban la harina, el charqui a medio tostar i otros artículos de consumo entre los indijenas. No olvidaban por esto algunos medios de precaucion, como ser bebidas narcólicas, veneno i otras sustancias análogas que pudiesen ponerlos a costa de su propia vida al abrigo de la venganza de los vencedores.

Los araucanos, como todo pueblo salvaje, tienen muchas supersticiones, tantas o mas de las que nos refiere la historia de los pueblos primitivos. No estrañará el lector que le hable aqui de una de esas preocupaciones tan comunes en salvajes, que los hacen, como en otros tiempos que se反对 los tenden de mas civilizacion, desistir o acometer sus empresas.

El caballo de batalla de Lemunao se enfermó. Los indios vieron en esta circunstancia un augurio fatal. El cacique, consternado como todos, decidió que ninguno de su tribu tomase parte en el malón que se preparaba, porque Pillan no se había manifestado propicio a su empresa, de lo cual tenían una señal evidente en la enfermedad de la bestia.

9 DE ABRIL.

Concluidos varios conchavos con Lemunao i sus mocetones, partimos cerca de las doce del dia.

A una legua de regular camino, pasamos por segunda vez el Donguil i arribamos a la llanura de Cupe que tiene como ocho viviendas en terrenos que presentan un bello aspecto por su feracidad i cultivo.

Una legua adelante, encontramos a un indio sentado en un tronco de árbol. Pintábase en su semblante la desesperación, i en sus ojos el furor.

Nos dijo que andaba en busca de una hija que no podía encontrar por ninguna parte. I nos refirió en seguida como, habiendo sabido ésta que en una noche debía sacarla de la casa un viejo cacique de los alrededores a quien se le destinaba por esposo, i prefiriendo la muerte a tal enlace, se había fugado, resuelta a ahorcarse en el monte, lo que probablemente habría hecho ya, puesto que, a pesar de tres días de prolíjas investigaciones, nadie daba noticias de su paradero. La fujitiva no había dejado tras de sí un solo rastro, ni una sola señal que pudiera indicar el paraje donde se ocultaba.

Como el indio pensaba ir hasta Pitufqueen en busca de

su hija, le convidé para que fuese conmigo, sirviéndome de guía, invitación que aceptó gustoso.

Continuamos luego nuestra ruta por un terreno mui montuoso i quebrado hasta llegar, al cabo de tres horas, a un estenso llano rodeado por una cadena de montañas en forma de semicírculo i limitado al Norte por el río Tolten.

Una hora nos bastó para atravesar aquel llano. Al tocar en el río de que acabamos de hablar nos hallamos en la reducción de Pitrusqueen. Allí nos recibió Railef con mucho cariño, haciéndonos alojar en su casa.

Railef tenía una sola mujer i varios hijos. Su casa, bastante cómoda i grande, era construida de madera a semejanza de las de los cristianos. Entre sus muebles i utensilios, se notaban muchos de los que usa la gente civilizada que, como hemos dicho ántes, cultivaba relaciones con Railef; así es que, sus habitaciones se diferenciaban mucho de las de los demás pobladores de Pitrusqueen.

Aquella noche conversamos agradablemente hasta poco mas de las once, hora en que me acosté, despues de haber ofrecido al dueño de casa varios regalos que llevaba expresamente i con los cuales quería ganarme su voluntad.

10 DE ABRIL.

Pitrusqueen se halla situado en la orilla sur del Tolten, ocupando una faja de terrenos feraces que parece haber servido de lecho a las aguas del río i tiene una estension de cerca de legua i media sobre cinco cuadras poco mas o menos en su mayor anchura, cerrada al sur por un llano elevado

cerca de cien pies sobre el nivel del río i limitada en forma de semicírculo por la cadena de colinas de que ya hemos hablado al venir de Cupe.

La reducción de Pitrusqueen se compone de cerca de doscientos cincuenta habitantes. La morada del cacique está situada hacia el Oeste en el llano alto, dominando todo el valle donde se hallan las demás.

El río Tolten se divide en esta parte en dos brazos, formando una pequeña isla con que se comunica por medio de balsas. En el verano la disminución de las aguas lo hace vadable en muchas partes.

De Pitrusqueen a Villa-Rica, distante, como diez leguas practicables en cinco horas, hai un camino cómodo i pintorezco por la márgen sur del río. Del mismo Pitrusqueen parte otro camino, no menos hermoso i bueno, en dirección a Tolten, recorriendo una estension como de quince leguas.

A pesar de la fertilidad del valle de Pitrusqueen, en donde se producen en abundancia, havas, maíz, trigo, i otros granos, se engordan bastantes animales i en donde se podrían plantear establecimientos de importancia, se conoce sin dificultad que en otros tiempos ha tenido mas población i de consiguiente mayor cultivo. En el dia, sea por emigraciones de sus antiguos moradores a otras tribus o por cualesquiera otras causas, se encuentran muchos terrenos i casas completamente abandonados.

Por lo que respecta al comercio, esta reducción es sin disputa, el punto mas adecuado para especulaciones mercantiles que se halla entre los ríos Calle-Calle i Tolten.

En efecto, dista

De los contornos de Villa-Rica	(150 habitantes)	14	leguas.
De Donguil	(250 ")	3½	"
De Tolten	(150 ")	14	"
De Boroa	(250 ")	8	"
I de Alipen	(150 ")	4	"

Así es que en un dia pueden recorrerse todas esas reducciones que, unidas a la de Pitrusquen, tienen mas de mil habitantes.

Fuera de lo dicho hai otras razones, tales como la abundancia de animales ; los hábitos mercantiles de aquellas tribus que hacen anualmente viajes al travez de la cordillera para el cambio de animales i para los malones, de donde vuelven con un rico botin ; el carácter hospitalario del cacique de Pitrusqueen, que profesa con especialidad a los extranjeros, haciendo que los indios de su reducción cumplan religiosamente sus contratos.

Los artículos principales de importacion entre los naturales son : el añil, chaquiras, camisas, levitas, pantalones, gorras, paño azul, pañuelos lacres, balletas, cuchillos, sables, hachas, frenos, etc.

El lector puede formarse una idea de lo que son aquellos negocios por los siguientes ejemplos :

Compré vacas de uno a dos años por cinco onzas de añil, que equivalen a setenta i cinco centavos, i las vendí en Valdivia a cuatro pesos. Vacas de tres a cuatro años por diez onzas de añil, o un peso veinte i cinco centavos, que vendí a diez pesos. Caballos de seis a ocho años, por dos libras de añil, o sean cinco pesos, que vendí a veinte pesos. Cueros trocados por media libra de chaquiras, treinta i siete i medio

centavos, vendidos a doscientos cincuenta centavos. Pieles de guanaco a media libra de chaquiras, vendidas a ocho pesos. Id. de leon, por dece agujas capoteras, vendidas a seis pesos.

El aguardiente que en Valdivia se compra a treinta pesos la carga de dos barriles, o sean ochenta botellas, es tambien un negocio bastante lucrativo en Pitrufqueen. Los indios no lo beben jamas enteramente puro, sino mezclado con igual cantidad de agua, que es como se les vende a un peso la botella. Asi es que, agregando a los treinta pesos ya dichos, otros diez que vale la conduccion de las dos cargas o ciento sesenta botellas adulteradas, resulta que de cuarenta pesos pueden sacarse ciento sesenta. Segun este calculo, facil sera conocer que el aguardiente es el mejor negocio que puede hacerse con los indios; pero es preciso advertir tambien que ninguno ofrece mas inconvenientes. Los indios acostumbran en efecto beber en el mismo lugar que compran; asi es que, perdida mui luego la cabeza, no recuerdan despues el numero de botellas que han pedido, i el comerciante, ademas de haber sufrido sus odios e impertinencias en el estado de bebedez, se ve expuesto a perder una gran parte del dinero que debia recibir por su aguardiente. Fuera de esto, hai que notar tambien los muchos pedidos de los caciques, a que no se puede resistir por los resultados que de ello podrian seguirse.

Facilmente se comprendera que ne siempre se hacen negocios de esta clase; pero estos datos pueden establecer un punto de partida para las especulaciones con los indijenas.

Es tal la ignorancia de los indios sobre el valor de la plata sellada, que, en muchas ocasiones me han pedido hasta trein-

ta pesos por una vaca que en Valdivia costaría a lo sumo diez; pero, como no era posible hacerles comprender la exageración del precio que me señalaban, ni pedirles rebaja alguna, que habrían considerado como una ofensa, me he visto obligado a comprar el animal en especies avaluadas en treinta pesos para ellos i que, a mi solo me costaban cinco, conciliando de este modo la susceptibilidad indígena con mis propios intereses.

Cuando volví de mi paseo a los contornos de la población, el cacique mandó avisar a los indios que yo había venido a conchavar. Poco después había más de sesenta salvajes que formaban círculo a la sombra de unos manzanos.

Railef i yo nos colocamos en el centro con nuestras mercaderías. Varios caciques se acercaron a mí, saludándome con la ceremonia de costumbre, besándose la mano i abrazándose tres veces, a lo que correspondí con la misma ceremonia, ofreciéndoles además cigarros i aguardiente, que aceptaron con muestras de gratitud.

Estaba ocupado en mis cambalaches, cuando oí el sonido de una corneta que tocaban a poca distancia. Me dijeron que aquello significaba que el cacique principal salía en ese momento de su casa para venir a saludarme. Ordené inmediatamente que mi gente cargase las escopetas i las pistolas i que preparasen los acordiones.

No tardó en llegar Felipe Pailialef precedido del corneta (1) i seguido de sus mocelones i una multitud de indios entre

(1) Este individuo es un desertor de artillería de Valdivia que ha to-

los cuales habian algunos chilenos que tenia a su servicio en obras de herrería i carpintería.

El cacique tendria unos sesenta años, de baja estatura, un poco obeso, de mirada astuta i de una fisonomía que, aunque animada, revelaba las trazas del aguardiente.

Apénas se hubo desmontado del caballo i se dirijia a mí para abrazarme, ordené que se hiciese la salva i se tocasen los instrumentos, que, unidos a la gritería de los indios, formaban la orquesta que ya en otras ocasiones he tenido lugar de describir.

Mi lenguaraz, apénas había cesado el ruido, dió principio a los saludos de costumbre, hecho lo cual obsequié a Pailialef una espada, un barril de aguardiente i varias otras cosas de algún valor que lo predispusieron en mi favor.

El barril de aguardiente fué la señal de la jarana. Hubo bailes, cantos, palmoteos i la borrachera consiguiente que duró hasta tarde de la noche. El cacique, que había hecho mas libaciones que nadie, quedó en el campo i fué preciso que le condujeran a su casa en angarillas cuatro de sus mas robustos mocetones.

11 DE ABRIL.

Con mi escopeta al hombro, i acompañado del indio que hanno do el cacique a su servicio, i que conserva su uniforme, sus armas i su instrumento como un lujo del cacicazgo. Pailialef ha ordenado a su corneta que toque todos los días la diana i la queda, que anuncie la aproximación de alguna persona a su casa i que le acompañe cada vez que salga.

bía encontrado en Cupe, me eché a recorrer los contornos con el objeto de levantar un plano si me era posible.

Despues de algunas horas de escursion en que mi compañero había inquirido en vano de cuantos encontraba el paradero de su hija, estaba yo de vuelta en medio de los indios i ocupado en mis conchavos.

Entre tanto una partida de hombres armados que venia hacia nosotros se divisaba pasando el río. Supimos poco despues que era un mensaje de Mañil a Pailialef en que le proponía que segundase el movimiento insurreccionario de la frontera. Pailialef hizo tocar a reunion a su corneta i en pocos momentos llegaban los indios de todas direcciones i a escape al lugar de la cita. Las proposiciones de Mañil dieron motivo a una deliberacion jeneral. Hubo opiniones en pro i en contra, acalorados debates, i como Pailialef quisiese conocer lo que yo pensaba sobre el asunto, les espuse francamente por medio de mi lenguaraz, que sus intereses verdaderos i la prosperidad de la reduccion les aconsejaban no tomar parte en la revuelta. Mi parecer fué adoptado por aclamacion. Los mensajeros llevaron la respuesta negativa a Mañil, i, como de costumbre, una gran borrachera en que, como en el dia anterior quedó en el campo Pailialef, vino a concluir la fiesta.

12 DE ABRIL.

Montamos a caballo mi jente i yó i nos dirijimos a la casa del cacique a pagarle la visita que de él habíamos recibido dos días ántes. Como a nuestra llegada no le encontrásemos en casa i fuésemos invitados a esperarle, tuve ocasión de examinar las habitaciones. Son éstas de construccion idéntica

a las de la Tierra, con excepcion de una, hecha por carpinteros chilenos sobre la parte de edificio que habian dejado los capuchinos cuando tuvieron permiso de establecer alli una mision. Las otras, que son varias, estan ocupadas, una por el cacique, otra por sus mujeres, otra por sus mocetones i otra finalmente por su platero (1). La casa de construccion chilena, aunque cmoda i espaciosa, sirve unicamente al cacique para guardar sus tesoros i ofrecerla de alojamiento a los extranjeros que llegan a visitarlo.

El sitio de aquella pequena poblacion ha sido felizmente escogido. Desde una colina de pequena elevacion sobre el valle se descubre a uno i otro lado en una grande extension la corriada del Tolten desde su nacimiento de la laguna de Villa-Rica en donde parece estar rosguardado por esos dos centinelas amenazadores del Llaima i el Villa-Rica que arrojan constantemente a los cielos sus columnas de humo i de fuego, hasta cerca de Donguil por parte del Oeste, cubiertas sus aguas de innumerables islas como macetas de vegetacion i flores colocadas por la naturalez a en aquel jardin flotante. Sus riberas que se elevan poco sobre el nivel de las aguas, ostentan a uno i otro lado una vegetacion frondosa debida tanto a la feracidad del terreno, como al cultivo. Mirando hacia el Sur desde la misma colina, se descubre un hermoso i estenso llano cultivado en otro tiempo segun los vestijios, i hoy dia cubierto de pequeno monte que seria facil destruir para esplotarlo. Era aquello en fin, un panorama risue o i grandioso

(1) Es costumbre entre los araucanos que cada cacique de importancia tenga su platero exclusivamente dedicado a trabajar adornos para el sus mujeres.

a la vez, que hacia contraste con la miseria i el atraso de los pobladores de aquellas comarcas.

Un incidente digno de ser referido vino a distraermee de mis contemplaciones. De repente oigo a mi lado la voz de una mujer que me dirijia la palabra en español i cuya fisonomía revelaba a primera vista el tipo europeo:

—Si es Ud. cristiano, me dijo, i tiene un corazon jeneroso, salveme Ud. por el amor de Dios de este infierno. Soi cautiva i estoi espuesta a ser asesinada de un momento a otro.»

Como ya tenia noticias de esta cautiva, no me sorprendió mucho lo que me pasaba. Le rogué que me refiriese algunos detalles de su situación i de su historia, lo que hizo en medio de lágrimas i sollozos. Quien sabe cuanto tiempo hacía que ningun hombre civilizado llegaba a esos parajes!

—Me llamo, señor, Natalia Mora. Soi hija del coronel Mora, portugues de nacimiento al servicio de Buenos Aires; i casada con el señor Villegas, comerciante de Mendoza.

«Viajando de este último pueblo a Buenos Aires con mi familia, fuimos asaltados por los indios en la Guardia Azul. ¿Qué suerte ha corrido mi familia?—No lo sé; lo cierto es que, desde entonces no he vuelto a ver a mi marido, ni a mi hijo pequeño que tenía; que los salvajes me vendieron a un cacique, que este cacique me vendió a otro, quien finalmente me entregó a Pailialef.

«Pailialef me prefiere a sus mujeres indias, lo que causa mi mayor desventura, pues no solo me encuentro embarazada, sino que esas mujeres celosas tratan de deshacerse de mí, o envenenándome o indisponiéndome en el ánimo del cacique con supuestas infidelidades para que me condene a morir quemada.»

No habia tenido tiempo la infeliz de acabar su relacion, cuando, a mi gran pesar, oimos el ruido i vimos el polvo de cabalgaduras que se acercaban, i tuvo ella que retirarse.

La famosa corneta de Pailialef nos hizo entender que eran él i su comitiva quienes llegaban.

Poco despues yo era el objeto de grandes i afectuosas manifestaciones de parte del cacique, quien satisfecho de mi visita (acaso lo estaba aun mas de mis anteriores regalos) quiso dispensarme todas las atenciones de la mas jenerosa hospitalidad. Me abrazó, me presentó a sus dos mujeres una de las cuales era vieja i la otra jóven i no mal parecida. Se guardó el bellaco de presentarme a la pobre cautiva. Complacióse despues en hacerme ver en su corral sus mejores animales. Me llevó en seguida a su casa de lujo, en donde me mostró todas sus riquezas, que consistian en prendas de plata de un trabajo mas o ménos grotesco, frenos de varias formas i hechuras con sus copas i cabezadas de plata, muchos pares de espuelas, vainas de sables, platos, fuentes, cucharas, mates i bombillas, puñales, cuchillos, etc., haciendo particular ostentacion de una bolsa de cuero de chivato que contendria mas o ménos tres mil pesos en monedas de oro i plata selladas, que por primera vez veia en mis peregrinaciones en la Tierra,

Es digno de notarse que esa cantidad era el resultado de ventas de animales hechas por un hijo del cacique en Nacimiento.

A propósito, creo que no estará demas advertir al lector, que los indios no admiten la moneda de oro, sino las de plata que luego funden para hacer sus halajas i las de sus mujeres. La razon que dan para no admitir el oro, es que lo creen la

cáusa principal de las desgracias de sus antepasados, recordando la cedicia de los españoles. Se me ha referido que varias veces, habiendo recibido como precio de animales vendidos algunas onzas, las habian cambiado por igual número de pesos fuertes.

En seguida, volviendo a sus propias habitaciones, se presentó el cacique sus dos hijos, uno de los cuales tendría cerca de veinte años i el otro como diez i siete. A este último lo había conocido en Valdivia en un colejo, en donde se educaba junto con los hijos de las personas más acomodadas de la ciudad. En ese calóndes vestia lo mismo que sus compañeros, pero ahora, con gran sorpresa mia, llevaba chamal amarrado a la mitad del cuerpo, el pié desnudo i calzadas a él las espuelas, el pelo suelto i sujeto como los demás araucanos por una cinta lacre, teniendo por fin la cara pintada de diversos colores. Vino despues la presentación de la parentela; Quigalef, Epulef, Quintralef, Catrilef, Pagulef i varios otros con la misma terminacion (1), agregando que sentia mucho no presentarme a los demás que ya habian marchado a la Otra Banda para dar un malón.

Terminados que fueron los cumplimientos, Pailialef nos condujo a un estenso patio en donde estaba preparada una buena comida. La borrachera fué consiguiente i aquella fiesta

(1) *Lef* significa *carrera* en araucano. Puede decirse que es el apellido de la familia, i el nombre los numerales *quigne*, *epu*, que significan uno, dos, o bien, *pagui*, leon, i otros denominativos de animales o de aves, que significan una carrera, dos carreras, carrera de leon, carrera de huánaco etc. etc.

improvisada duró hasta mui tarde de la noche, cuando, mediante muchos subterfujos, pudimos escaparnos mi gente i yo para volver a nuestra casa.

13 DE ABRIL.

El platero de Pailialef vino a verme de mañana con el objeto de que fuese a reconocer con él cierto lugar donde había encontrado varias piedras de metal. Me cuadró la propuesta. Marchamos por la orilla del río i en dirección al Este hasta tocar, como a legua i media de distancia, en el punto mismo en que se junta la corriente de que hemos hablado con las aguas del Tolten.

En mi tránsito me sorprendió ver hacia un lado del camino unos cuantos caballos, cuyo movimiento oscilatorio me llamó la atención. Como le hiciera esta misma observación a mi compañero, me explicó la costumbre indígena de cuando moría un araucano matar a su caballo más querido, enterrar su carne a su lado, como víveres para el camino, i llenar de paja el cuero, colgándolo en seguida de dos postes angulares sobre la tumba.

No era solo los caballos lo que me había sorprendido: había también en un punto dado un grupo de cuatro troncos de árboles tallados a cuchillo con pretensiones de estatuas, que mi compañero me explicó que eran para los indígenas otros tantos guerreros que custodiaban los sepulcros. Realmente, si en lugar de haber hecho ese camino por la mañana, hubiese caído la casualidad de hacerlo a favor del crepúsculo, habría

creido encontrarme, al ver el movimiento de los caballos producido por una brisa de cordillera, en una esquina del *Convidado de Piedra* o de *Don Juan*.

Llegamos por fin al cerro de que me habia hablado mi compaño. I, despues de circundarlo en varias direcciones, encontramos una veta como de vara i media de ancho en un panizo que era bastante metálico. Lo seguimos cerro arriba i al travez de un espeso monto por un espacio como de dos cuadras. Tomé muestras de los metales para ensayarlos, i; habiendo obsequiado al dueño del terreno, que por este motivo se nos manifestó agradecido, volvimos a nuestro alojamiento.

Allí nos esperaba otro incidente que no era ni parlamento, ni borrachera. Era simplemente mi criado que, como se ocupase de prepararme el café, comenzó a hechar ojeadas a una sobrina de Railef, permitiéndose insinuaciones poco decorosas. Railef, astuto como verdadero araucano, habia observado aquello, i de repente, cojendo por el cuello al atrevido, desembainó un cuchillo para ultimarlo por su insolencia. Mi pobre sirviente habria sucumbido allí sin que el menor caballo, ni la menor estatua le hubiese sido, colocada sobre su tumba, a no ser una zancadilla a tiempo i sus ájiles piernas que lo pusieron en salvo.

Railef, amenazador i vengativo, pero que felizmente habia hecho algunas libaciones aquella noche, buscó en vano durante algunos momentos al pretendido amante. Rindióse al fin al cansancio i durmió profundamente sin acordarse mas de lo acontecido i sin que el susto de mi sirviente, que pocas

horas despues se reunió a mi, hubiese producido las consecuencias que yo temía.

14 DE ABRIL.

Para ensayar los metales que había traído el dia anterior, careciendo de los utensilios necesarios, me vi obligado a fundirlos en la fragua del platero, obteniendo tan buena lei de plata, que determiné volver en la primavera próxima a plantear un trabajo formal en el cerro.

Me fué necesario poner en conocimiento de Railef el resultado de mi ensayo. Mi huésped se dirigió inmediatamente a casa de su hermano para prepararle el ánimo, a fin de que no pusiese obstáculo al trabajo. El cacique recibió muy bien la noticia i los empeños de Railef i le prometió apoyar mi solicitud en una junta que iba a convoçar inmediatamente.

En efecto, mandó al corneta que tocase llamada a los indios.

En pocos instantes se vieron brotar de todas partes grupos de salvajes que acudian presurosos al llamamiento de su cacique.

Para no fatigar al lector refiriéndole detalles que ya conoce, diré solo que, despues de los debates i obsequios de costumbre, todos los concurrentes accedieron por unanimidad a mi solicitud, lo que manifestaron con grandes gritos i algazara.

Como diese parte en seguida a Paillalef de mi determinación de volver inmediatamente a Valdivia, me instó mucho para que permaneciese en Pitufqueen, ofreciéndome su casa de madera i los víveres necesarios para mí i las jentes que

me acompañaban durante mi permanencia. Le manifesté cuanto agradecía sus generosas ofertas; pero le hice observar también que, careciendo de hombres especiales para el trabajo de la mina i de las herramientas i útiles de que ellos se sirven, me era de todo punto indispensable volver a Valdivia para procurármelos. Conociendo la justicia de mis observaciones, me hizo prometerle que estaría de vuelta en Pitrufqueen en el mes de setiembre próximo sin falta alguna.

15 DE ABRIL.

El hombre propone i Dios dispone. Me había propuesto marchar en este mismo día; pero, queriendo manifestar mi gratitud al cacique por su generosa hospitalidad, acepté la invitación que me hacia de quedarme para asistir a un matillan que debía tener lugar al día siguiente.

A medio día se vió principiar un gran movimiento en la reducción. Por todas partes iban i venían indios armados, los unos a caballo, los otros a pie i las mujeres se despedían de sus hijos i maridos como para no volverlos a ver. Tratabase de ir a dar un malón al fuerte del Carmen situado al Sur de Buenos Aires i en la orilla del Atlántico. Railef i un hijo del cacique eran los jefes que debían conducir en aquella ocasión a los indios de Pitrufqueen invitados a la expedición de que hemos hablado en Quintralui por otras tribus que tenían sobre las armas más de dos mil combatientes.

En la tarde se efectuó la marcha; yo i mis jentes dejamos la casa de Railef i aceptamos la oferta del cacique, a cuya mejor habitación nos trasladamos inmediatamente.

Apénas nos habíamos instalado, sonó la corneta que anunciaba la llegada de un cacique de Alipen i varios mocetones. Venia el jefe araucano vestido a la usanza de su tribu, que es una de las mas salvajes de las que se encuentran al otro lado del Tolten, i traia, lo mismo que sus acompañantes, la cara pintada de diversos colores.

Pailialef recibió con todos los honores correspondientes a su rango al recien llegado, quien, despues del saludo de costumbre, nos dijo que venia en busca de una muchacha condenada a ser quemada viva.

La conversacion fué entremezclada de libaciones que acabaron por la borrachera de siempre, un poco a costa mia esta vez, que tuve que sufrir las exesivamente afectuosas manifestaciones de amistad del salvaje. En medio de multiplicados abrazos i de otras espansiones de la borrachera me referia las costumbres de su tribu, costumbres bárbaras i brutales que me daba como actos de heroismo suyos i de su jente, invitándome a hacerle una visita a Alipen tan pronto como volviera de Valdivia.

16 DE ABRIL.

¿Sabe el lector lo que es un *machitun*? Seguramente no, si no ha viajado entre los araucanos, i por esta razon vamos a hacerle conocer lo que es esa fiesta.

En otra parte hemos hablado de la supersticion indijena que no permite que ningun hombre muera a no ser de vejez o a consecuencia de un hecho de armas ; así no le sorprenderá que digamos ahora que entre aquella jente, cuando uno se siente enfermo, se cree que el diablo esta metido en el

cuerpo i que, para sacarlo, necesitan de un exorcismo a su manera. Este exorcismo consiste en una gran fiesta a que se invitan caciques, mocetones i todos los pobladores de las reducciones circunvecinas con algunos dias de anticipacion a fin de que cada uno pueda procurarse viveres, bebidas i otros elementos con que deben pasar de tres a cuatro dias reunidos. Algo tiene esta costumbre de parecido a los *pick-nick* ingleses.

Serian las diez de la mañana cuando el consabido corneta dió la señal de la salida del cacique. Pailialef había hecho escojer sus mejores caballos. Venia lujosamente vestido, trayendo a su cintura una larga espada con vaina de plata, puesto de botas que no poco le incomodaban, según él decia, i atadas a sus talones enormes espuelas también de plata, que lo contrapesaban sobre el caballo. A la grupa, medio temada de su cintura i montada igualmente con las piernas abiertas, traia a la reina de su serrallo, que venia aquel dia cubierta de sus mejores adornos. Chamal i manía de paño azul fino, prendida ésta con un enorme astillor de plata de un pie de largo, uno de cuyos extremos era un botón del tamaño de una naranja i del cual colgaban varias cadenitas, cruces, campanillas, etc. Una inmensidad de collares de chaquiras de diversos colores rodeaban su garganta. De sus orejas, cuya resistencia era digna de asombro, pendia una especie de cuadrado de plata como de tres pulgadas. El peinado era lo mas curioso de su *toilette*. El pelo partido en la mitad formando dos enormes trenzas que hacian rescas sobre las orejas i sacaban sus puntas sobre la frente a manera de cuernos, de cuyas puntas colgaban, como de toda la

cabeza, mil adornos estrambóticos, como campanillas, cruces, anillos, estrellas, etc., etc. Era aquello un chinesco de una banda de música de rejimiento.

El caballo rivalizaba con sus jinetes en lujo i en adornos. Cabecadas de plata, freno con enormes i cinceladas copas del mismo metal, montura cubierta de placas tambien de plata, estribos guarneidos de diferentes i caprichosos adornos i cintas lacres en todas partes.

Tras del cacique venia un hijo suyo, trayendo a la grupa a su madre, ambos mas o menos ricamente adornados que los primeros.

Iba ya en seguida, llevando a las ancas, como una prueba de confianza, a una sobrina de Pailiales, que, sin lisonjearme, era la mejor parecida de la fiesta. Como una señal de virginidad llevaba en los brazos i en las piernas abajo de la pantorrilla anillos de plata, anchos de cuatro a seis dedos i muchos otros adornos no menos extravagantes i ricos que la preferida del cacique.

Tras de nosotros venian los mociones i en seguida los obreros chilenos que tenia a su servicio Pailiales.

Habíamos hecho como media legua de camino cuando nos encontramos en los alrededores de la casa de Epulef, cuya mujer se encontraba enferma o, según los indios, endemoniada. Cuatrocientos salvajes, mas o menos, sentados en círculo i resguardados por otro de mujeres, rodeaban la habitación. A nuestra llegada un estruendo de tambores, pifulcas i gritería nos dio la bienvenida. Las mujeres que llevábamos a las ancas el cacique, su hijo i yo, se bajaron i fueron a tomar su lugar respectivo en el círculo que les correspondía, mien-

tras que nosotros, penetrando hasta el centro i sentándonos en una especie de plataforma construida exprofeso i cubierta de pieles de león i de huanacos, mirábamos a nuestro alrededor aquél curioso espectáculo.

Los caciques de los alrededores se adelantaron a felicitarnos con gran ceremonia, subiendo hasta donde estábamos colocados para abrazarnos tres veces cada uno. Vinieron en seguida los mocetones i demás indios, saludándonos cada uno a su turno con el sacramental i fastidioso *marri marri*.

Tras de esta ya demasiado pesada ceremonia una multitud de indios cada uno con su plato de comestibles vino a colocharlo a nuestros pies en las graderías que nos servían de anfiteatro. Imposible de negar nada a nadie, nos preparamos con un apetito de Eliogábalos a comer de aquellas interminables viandas que nos servían i de cada una de las cuales era preciso que tomásemos alguna parte. Llegaron aquellos demonios a ofrecernos en su jenerosa acogida hasta pan, que por la primera vez veía en la Tierra. Pero nada era la cantidad, sino la mescolanza de los alimentos que nos servían precipitadamente unos tras otros, pabos, caballo, chicha de maíz, huevos, aguardiente, chancho, etc.

Dada la señal con la corneta de lujo, principió la jarana. Baile, música, tambores, gritos, abrazos, todo al mismo tiempo. A esto siguió el paseo al trote de tres en tres al rededor de cuatro canelos trasplantados exprofeso para la ceremonia i en cuyo centro estaba la *machi* (1) fantásticamente

(1) Médicas que, aunque conocedoras de las yerbas medicinales de la Tierra, no pasan de ser charlatanes que se burlan de la buena fe de sus paisanos.

ataviada, que volvía i revolvía en todas direcciones, sacudiendo los árboles como para imitar el rujido de la tormenta. Continuó por algunos instantes corriendo en torno de la habitación de la enferma, acompañada del mismo séquito, penetrando hasta la cabecera, a cuyo rededor bailaba i gritaba de mil maneras. Despues de muchos cantos i bailes, se acercó al lecho de la mujer de Epulef, le preguntó como se sentia i el lugar donde creia tener al diablo. Señalósele el vientre. La *machi* sacó entonces un cuchillo i haciéndose que pegaba un tajo en el cútis de la enferma, tiró con una inconcebible lijereza de manos un enorme zapo, 'bajo cuya forma dijo a los concurrentes que se hallaba el espíritu del mal. Una inmensa gritería se hizo oir entonces de todas partes. La *machi* salió afuera i en medio de los camelos tomó dos corderos preparados exprofeso para la ceremonia, dió un tajo en el cuello de cada uno, puso un plato para recibir la sangre, mejoró las manos en ella i arrojó unas cuantas gotas en dirección al Volcan de Villa Rica..

Concluida de este modo la ceremonia, los asistentes volvieron a sus lugares i siguieron comiendo, bebiendo, bailando i gritando como ántes.

Yo me había puesto a observar cuanto había de notable entre aquellas jentes, cuando se acercó a mí Llancaman, cacique de Dónguil, a quien fui presentado inmediatamente por Pailialef. El recien llegado era uno de los jefes principales de la parte del territorio araucano que existe entre el Tolten i el Calle-Calle. Alto, robusto, vestía a la manera de los cristianos, llevando levita, pantalones i botas. Le convidé a que me hiciese una visita en mi casa, esperando obsequiarlo entón-

ces i ganarme su amistad. Me contestó que aquella misma noche iria conmigo, lo que hizo efectivamente.

Miéntras tanto no cesaban de llamarme la atención varias de las mujeres que asistian a la fiesta, no solo por su belleza i adornos, sino por la expresion de sus ojos, que, en nada se parecian a los de las otras que habia en el mismo lugar. Por sus cabellos rubios i su tez blanca i sonrosada me parocieron al principio oriundas de la tribu de Boroa ; pero, fijándome mas, creí que su tipo era enteramente europeo i llegué a sospechar fuesen algunas cautivas cristianas, cosa que me afirmaron despues (1).

Entre los instrumentos que componian la orquesta de los salvajes, me sorprendió mucho una enorme corneta de madera como de ocho varas de largo. Formada de la corteza de cierto árbol i amarrada con fajas de cuero i boquis, despedía un sonido mui raro que se distinguia entre el ruido de los tambores i de la pifulca.

A una señal dada, las mujeres, que hasta entonces habian permanecido en sus asientos, se pararon i principiaron a bailar de tres en tres al rededor de los canelos i al son de todos los instrumentos.

Como aquello llevaba trazas de no acabar tan pronto, Pailalef, que deseaba volver a su casa, dió a su comitiva la ór-

(1) Todas tenian al rededor de sus ojos círculos azules hechos con maestria i con pinturas sumamente finas.

den de retirada de que no poco me alegré, porque iba temiendo no poder escaparme en toda la noche.

La comitiva siguió en el mismo orden que había venido, con la única diferencia que en esta ocasión era aumentada por el arriba mencionado cacique de Dónguil sus mocetones, quienes se alojaron aquella noche en mi casa.

Cansados como estábamos de haber permanecido mas de ocho horas sentados en el anfiteatro con las piernas cruzadas, fácil será suponer al lector, que una vez llegados a nuestro alojamiento, solo pensamos en dormir.

Serían como las doce de la noche cuando desperté asustado por las carreras i gritos que se oían de todas partes. Me levanté a ver lo que sucedía i encontré al cacique Pailialesf en el patio, armado de un gran cuchillo i preguntando por uno de sus carpinteros, a quién quería asesinar. Pregunté lo que aquello significaba, i se me dijo que una de las indias, celosa de la cautiva i queriendo malquistarla con el cacique, había hecho creer a éste que durante su ausencia le había sido infiel. Que Pailialesf, dando oídos a lo que se le contaba i sabiendo que en la tarde nadie mas que el carpintero había entrado en la casa, creía que éste fuera el amante de la infeliz cautiva i lo buscaba para matarlo. Salí para calmar a Pailialesf, pero el indio estaba furioso i no escuchó mis palabras; así fué que tuve que retirarme después de haberlo oido prometer a su querida que al dia siguiente en la continuación del *machitun* haría quemar viva a la desgraciada cristiana, cuidando de buscar también al chileno que se le había escapado.

17 DE ABRIL.

El lector puede imaginarse la noche que pasaría la víctima; sabiendo que solo le restaban algunas horas de vida. Creyendo pues inevitable su muerte, se dirigió de alba a donde yo estaba i me suplicó con suspiros i lágrimas que la salvase, protestando de su inocencia i atribuyendo su desgracia a los celos de las otras mujeres del cacique.

Conociendo lo difícil i peligroso de la situación en que me encontraba, pues, si algún indio me hubiese visto hablando con la cautiva, no habíramos podido escapar con vida, ni yo, ni las demás personas de mi servicio, hicé que la desgraciada volviera inmediatamente a su habitación, prometiéndole hacer lo posible por salvarla i rescatarla aquel mismo día, i pensando, en caso de no obtener buen éxito en lo último, empeñarme con las autoridades de Valdivia para conseguirlo.

La infeliz se retiró entonces con la desesperación pintada en su semblante. Esto me desgarró el alma; pero ¿qué hacer? —Escapar con ella?—Imposible. Los caminos que conducen a Valdivia son largos i pesados i los astutos salvajes no nos hubieran dejado pasar con nuestra preciosa carga, aunque la hubiéramos disfrazado de hombre.—Hacerla conducir por uno de mis mozos en una frágil canoa a merced de las aguas del Toltén para que la misma corriente la arrastrase hasta el mar?—Difícil hubiera sido salvarla así; porque, como ya hemos dicho, las orillas del río están pobladas de indios, que hubieran atajado con facilidad la pequeña embarcación, cortando los talones a mi pobre mozo i quemando a la desgraciada que huía de la bo-

guera (1). I entonces ¿qué otra cosa que la muerte nos habria aguardado a mí i a las personas que me acompañaban por haber sido cómplices en el robo de la infeliz, protegiendo su huida?—Así pues, me decidí por el partido mas seguro i que ofrecia menos peligro. Busqué inmediatamente a Pailialef, lo saludé afectuosamente i, despues de hacerle algunos obsequios, le moví la conversacion sobre lo que había sucedido en la noche anterior. El cacique me contó los chismes de sus mujeres i su determinacion de hacer quemar aquel mismo dia a la infeliz cristiana. Aproveché entonces la oportunidad para hablarle del odio que los celos infunden muchas veces entre las mujeres i hasta me atreví a hacerle sospechar que todo aquello no fuera otra cosa que un testimonio para deshacerse de una rival, que, por su instruccion i maneras delicadas, debia naturalmente agradarle mas que las otras.

Pailialef me interrumpió entonces para decirme que efectivamente la cristiana era su preferida, por lo que sentia sobrenatural verse obligado a deshacerse de ella. A esto me apresuré a hacerle entrar en razon, manifestándole, que si quemaba a la cautiva, perderia no solo una compañera que creia inocente, sino tambien los trescientos pesos que le había costado, esponiéndose ademas a que el Gobierno de Chile, al conocer el hecho, mandase algunas tropas para castigarlo. Le agregué que si a pesar de estas razones persistia en su determinacion de deshacerse de ella, yo le ofrecia desde luego cien pesos mas de lo que le había costado para llevárla.

(1) Es costumbre entre los araucanos cortar los talones a los cautivos que huyen o son sorprendidos en los preparativos de su fuga.

mela a Valdivia, obteniendo él de este modo la tranquilidad de su casa i una ganancia no insignificante.

Reflexionó Pailialef largo rato sobre mi proposicion, i, levantando al fin la cabeza, me contestó:

—Tus razones me han convencido; no moriré; pero tampoco quiero cederla a nadie, porque ella es quien mas ha sabido atraer mi cariño, me guisa los mejores platos i me hace la ropa que necesito.

Le ofrecí entonces quinientos pesos. A lo que me replicó con orgullo:

—Hermano, no necesito de tu plata; i si quieres ser mi amigo, cúidate de hablarme mas de este asunto.

Resultado éste a que tuve que conformarme por fuerza.

Habiendo salido para Valdivia algunos días ántes mis dos arrieros con todos los animales que había conchabado, hice los preparativos de mi viaje i, despues de haberme despedido del cacique, prometiéndole volver en el mes de setiembre del mismo año, salí de Pitufqueen hacia Quintratué.

Algunas horas despues llegábamos a Cupe, donde pasamos la noche.

18 DE ABRIL.

Continuamos nuestro viaje, sorprendiéndonos al llegar a Quintratué un aguacero que duró todo el dia i que tuvimos que sufrir cabalmente en el mismo camino que ya conoce el lector, a quien diremos ahora que, no solo estaba como ántes, sino mil veces peor.

Alas siete de la noche llegamos a Nimpué molidos de cansancio, tiritando de frío i con nuestros vestidos pegados al cuerpo i destilando el agua que por espacio de muchas horas habían recibido.

Nos alojamos en la misma vivienda donde habíamos descansado la primera vez que pasamos por este lugar. El dueño de casa nos encendió una gran fogata en la que secamos nuestra ropa, cubriendonos mientras tanto con chamales a la usanza india.

Poco rato después oímos los gritos de una criatura recién nacida i supimos que la mujer de nuestro huésped acababa de desembarazar. Con gran sorpresa nuestra vimos salir inmediatamente a la enferma con su chiquillo en brazos, i, como hubiesemos dicho a su marido lo espuesto que era dejar moverse de la cama a una persona en ese estado, nos contestó riéndose que a sus paisanos no les sucedía nada i que, en prueba de ello, veríamos volver luego buena i sana a su mujer que acababa de ir a lavarse con su niño a la orilla del río, lo que hacían también todas las araucanas. En efecto, la india volvió algunos instantes después a seguir en sus ocupaciones domésticas, como si tal cosa le hubiera pasado.

A propósito, creo que no carecerá de interés el referir aquí el modo como crian a sus hijos aquellos salvajes.

El niño enyuelto en telas de lana o en cueros es atado a una tabla de tres pies de largo por uno de ancho que tiene en sus extremos dos látigos que sirven para colgarla. Cuando

quieren que duerma, dejan la tabla en el suelo. Si el chiquillo grita, vuelven a tomarla i la cuelgan de un poste o de las ramas de un árbol, moviéndola lo mismo que un columpio. Si quieren darle de mamar, levantan la tabla i la acercan al pecho con la criatura. Si están ocupadas en sus quehaceres domésticos, afirman la tabla en la pared, dejando medio parado al niño, i continuan mui tranquilas en sus trabajos. Si se les ofrece salir, cuelgan la tabla con el chiquillo a la espalda, cuando es uno, i tambien por delante, cuando son dos, cosa que he visto muchas veces en mis viajes no solo en mujeres de a pie, sino tambien de a caballo, que, sentadas como hombres, corrian a todo escape con su par de niños.

19 DE ABRIL.

A pesar del aguacero que continuaba seguimos nuestra marcha por un camino infernal, pasando por el pantano de que ya he hablado, i que, aumentado ahora por las aguas, presentaba no solo dificultades, sino peligros.

A las cuatro de la tarde llegamos a Niguen, i, como se nos dijese que el cacique Aburto estaba en Loncoche, seguimos hasta dicho punto, donde pasamos la noche en casa de un chileno.

20 DE ABRIL.

Los rumores de que los indios pensaban asesinarme de que he dado cuenta al salir de San José, no carecian de funda-

mento. En Pitrusqueen supe en efecto, que Aburto i Nequelveque, cacique de Muquen, se habian combinado para impedirme el paso i matarme a mi vuelta a Valdivia, cosa que confirmó el chileno en cuya casa me hallaba hospedado. Mi situación pues, era bastante crítica, i para salvar, no me quedaba otro recurso que un acto temerario de valor personal. No dudé un instante.

Así que me levanté, me diriji, acompañado únicamente de mi lenguaraz, a la habitacion de Aburto. Llegado a ella, hice que mi compañero anunciase mi visita al cacique. Salió éste inmediatamente a la puerta, i, despues de mirarme de piés a cabeza, me dijo con tono áspero i ceño irritado :

—¿Qué quieres?

Indignado de que me recibiera de aquel modo enteramente contrario a la etiqueta que observan todos los araucanos en sus saludos hasta con las personas mas insignificantes, le contesté en el mismo tono :

—Como he sabido que quieres matarme, he venido a averiguar la causa que te mueve a perseguirme, miéntras que todos los caciques de la Tierra me llaman su hermano i me hacen grandes agasajos. I como tengo la conciencia tranquila i creo no haberte hecho mal, he querido probarte, vieniendo solo, que no te temo. Así pues, aquí me tienes.

Apénas concluí estas palabras, Aburto se acercó, me besó la mano i, ayudándome a bajar del caballo, me abrazó tres veces diciéndome :

—Poco me importa que digan que eres amigo o enemigo de la Tierra ; tu valor de venir solo hasta mí, conociendo el peligro que te amenazaba, ha bastado para que yo cam-

bie de intenciones i consienta desde hoy en adelante en llamarte mi hermano como los demás caciques.

Aburto me obsequió en seguida un chanchito i un barril de chicha, que ordenó a dos de sus mocetones condujeran inmediatamente a mi casa, llamando a un tercero para que se dirijiese a toda carrera a Muquen i dijera al cacique Nequelveque que a la mayor brevedad se pusiese en marcha para Loncoche.

En seguida me acompañó Aburto con sus demás mocetones i varios otros indios hasta la casa donde me hallaba hospedado, disculpándose en el camino de la poca cortesía de la mañana, i asegurándose que ninguna pasión le había movido a ello, sino los consejos de algunos cristianos que le habían dicho que yo era un espía que trataba de arrebatarles más tarde sus terrenos.

Llegado a mi habitación, seguí conversando con el indio ya sobre mis viajes, ya sobre los usos i costumbres de la gente civilizada, hasta que se nos avisó que el cacique Nequelveque estaba a la puerta. Aburto se paró entonces precipitadamente, salió al encuentro del recién llegado i, después de haberle hablado bajo durante algunos instantes, volvió con él adonde yo estaba i me lo presentó como uno de sus mejores amigos. Nequelveque me besó la mano derecha i me dió los tres abrazos de estilo, sentándose en seguida a mi lado i haciendo que las jentes de su comitiva ensanchasen el círculo que formaban ya las de Aburto. Creí oportuno hacerles entonces algunos regalos i poner a su disposición el barril de chicha i el chancho que se me había obsequiado poco antes. Uno de los indios se acercó inmediatamente al fuego, i, con

grande admiracion mia i de mis jentes, atravesó el animal con una lanza i lo puso a azar vivo, miéntras que otros vacceaban la chicha en cántaros i la ofrecian a los concurrentes. Despues hubo baile, musica i canto, durando la fiesta hasta poco mas de las diez de la noche, hora en que yo me retire a descansar, haciendo lo mismo los dos caciques i todos los indios que los acompañaban.

21 I 22 DE ABRIL.

Al amanecer me despedí de mi huésped, regalándole algunas cosas de poco valor, i continué mi viaje a Valdivia.

A la noche llegábamos a San José despues de haber pasado por Coigüe, Sapaco, Rancahue, Mucun, Vaicalaf, Cudico, Imulsudi, Ciruelos i Marilef, lugares todos de que ya he hablado en otra ocasion i en los que esta vez no me ocurrió nada de particular o que merezca la pena de consignarse aqui, a no ser que en el último me detuve algunos instantes para saludar al cacique Cariman i darle cuenta del resultado de mi tercera expedicion.

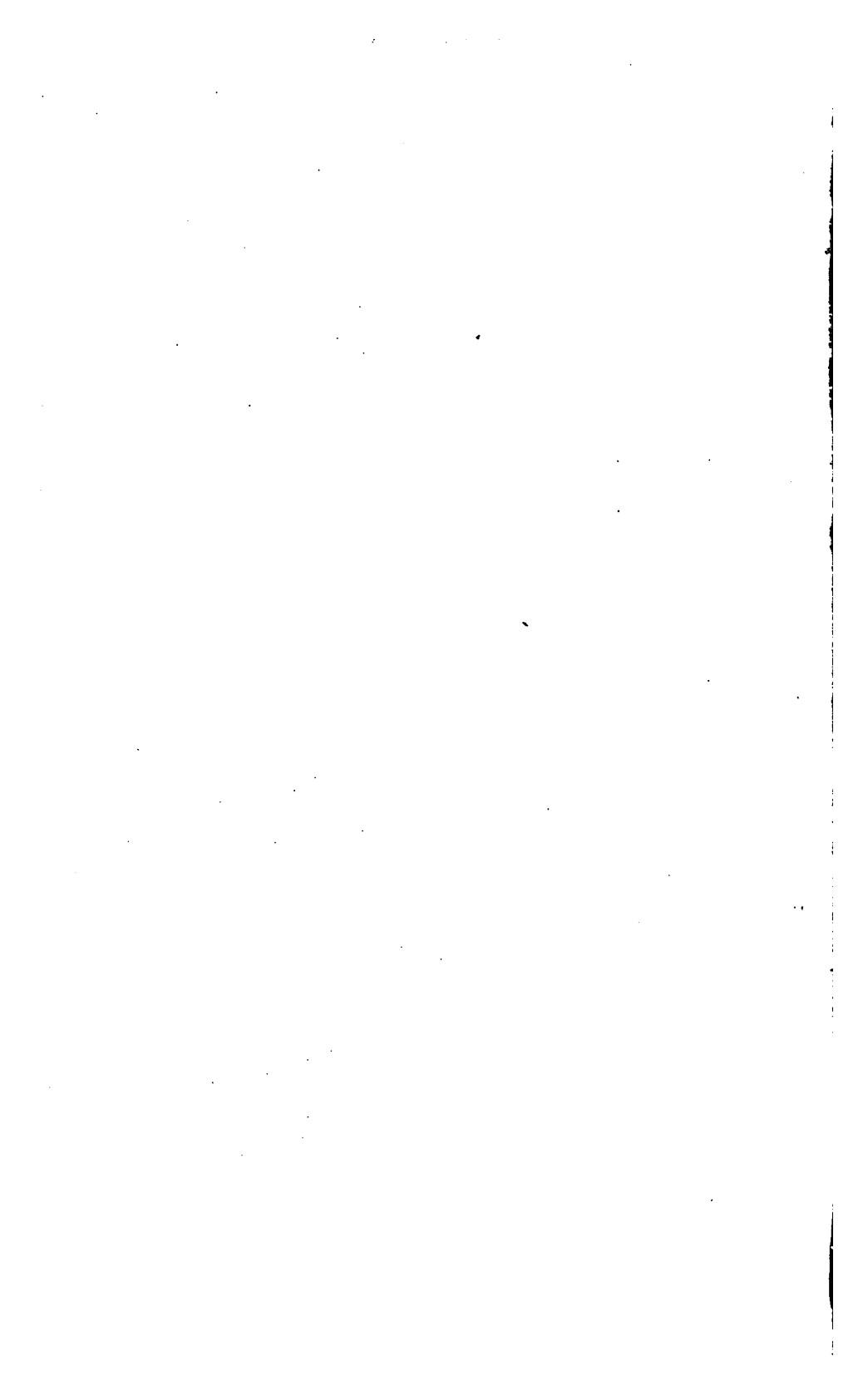
En San José fui recibido por los misioneros con el cariño i distinciones que he recordado en otra parte.

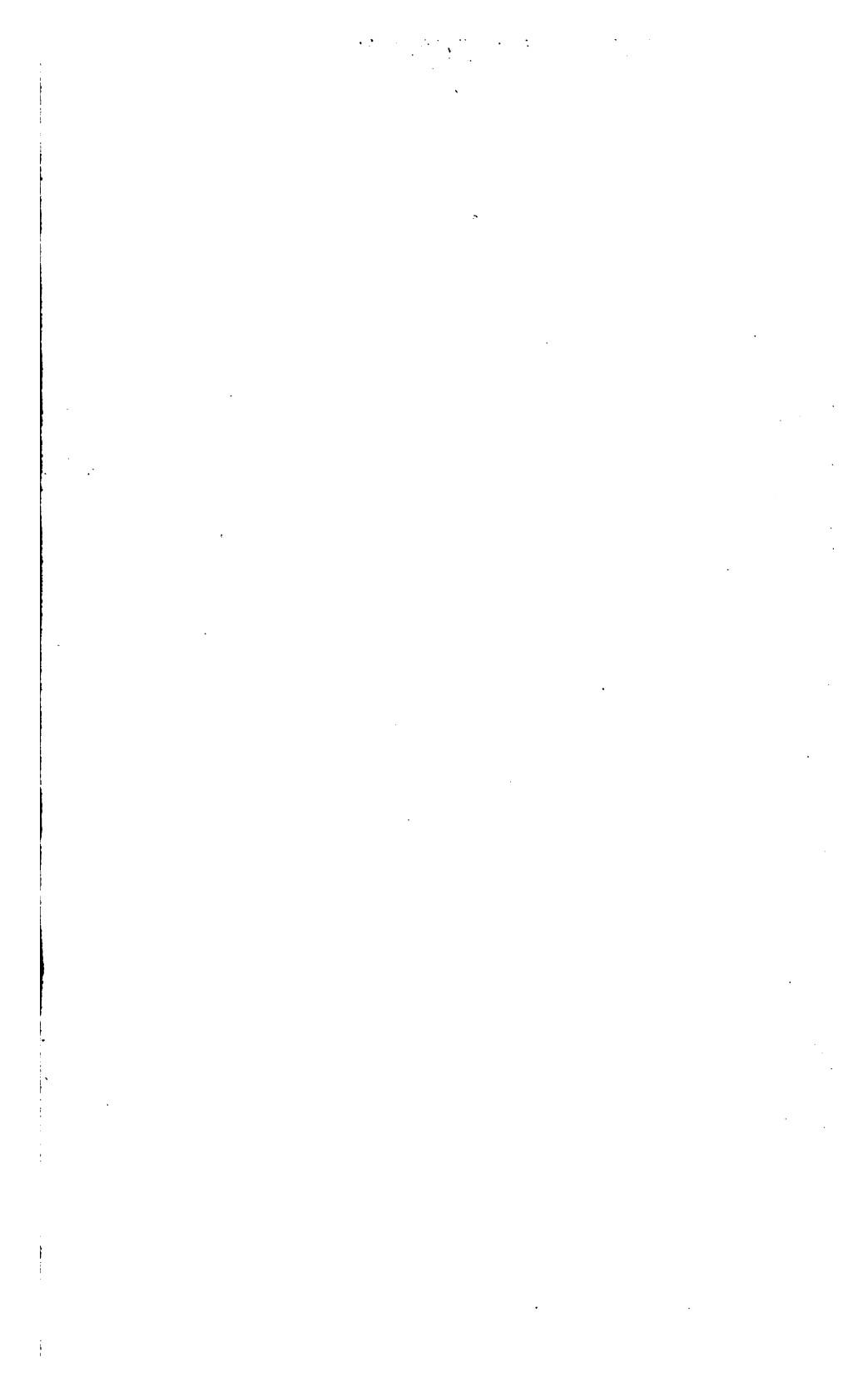
Allí pasé la noche, saliendo al dia siguiente con dirección a Cruces, en donde me embarqué para alcanzar a Valdivia en la misma tarde.

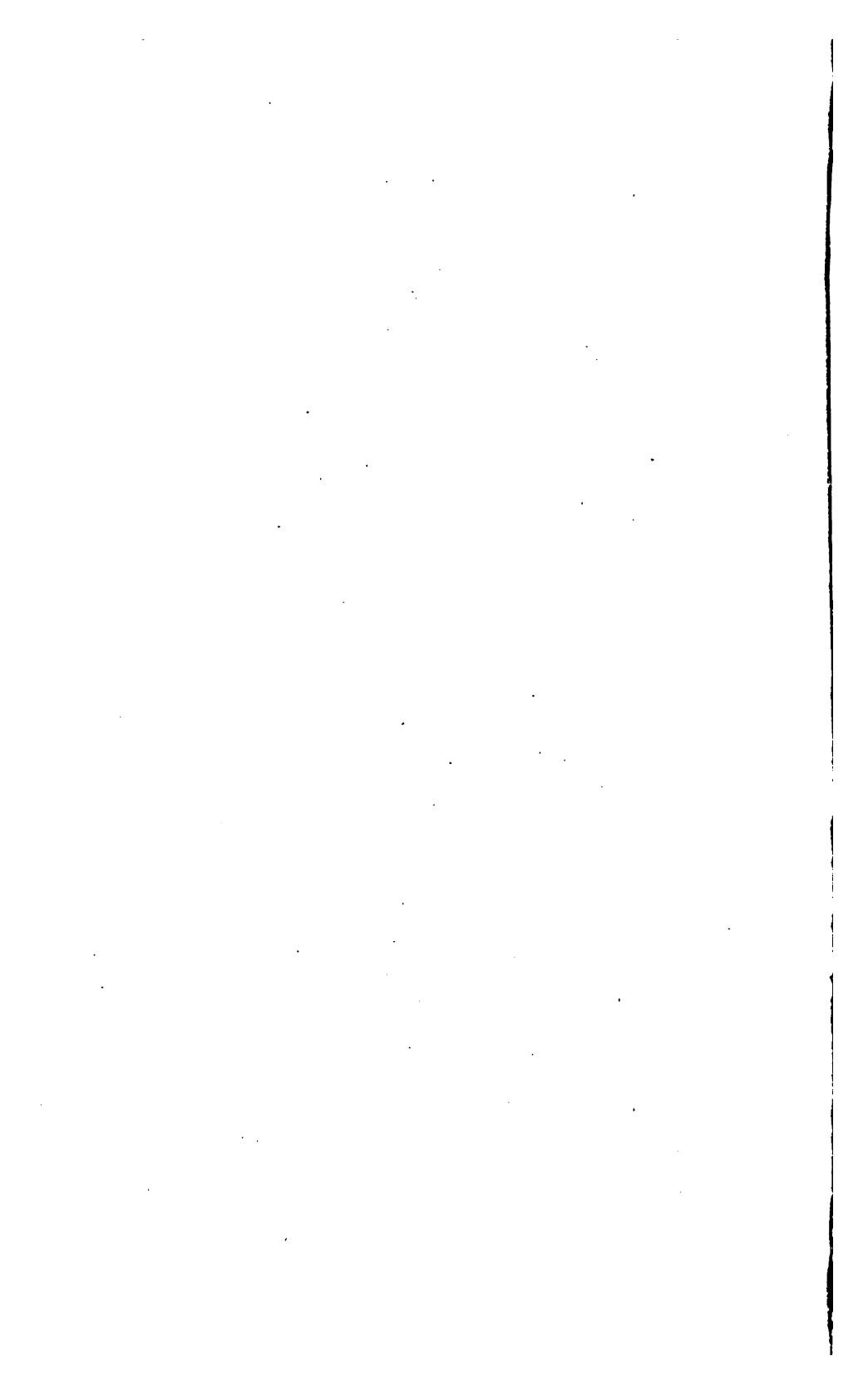
Tal es la relacion de los viajes que hasta allora he hecho al territorio araucano, viajes cuyos resultados creo que

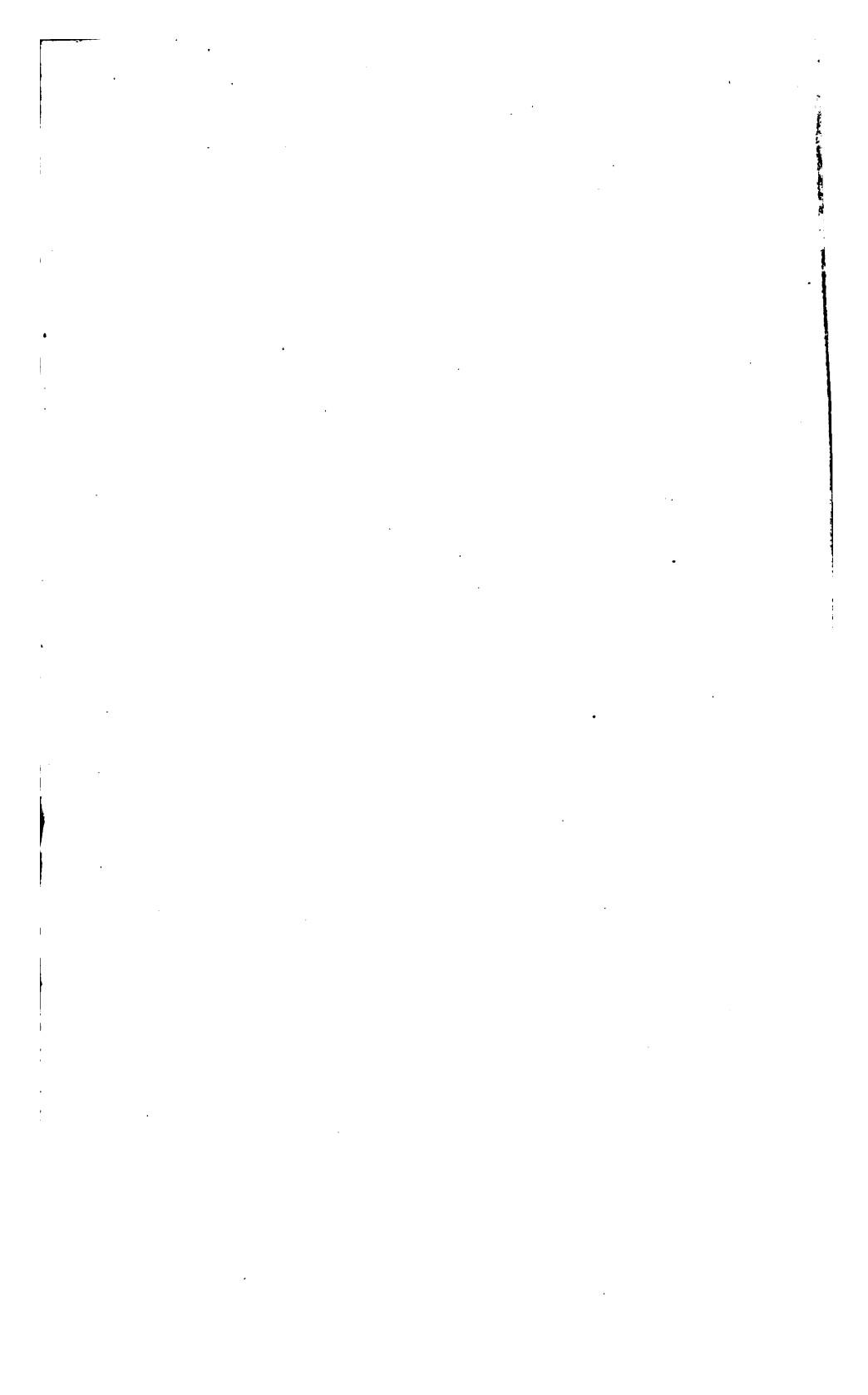
merecen estudiarse con detencion por todos los chilenos inteliuentes i patriotas que deseen el engrandecimiento de su pais por la conquista del rico suelo que habitan unas cuantas tribus salvajes que hasta el dia se han considerado invencibles no solo en la guerra, sino tambien en el terreno de la civilizacion i del progreso.











THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS

WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

APR 29 1937 ✓

MAY 2 1940
15MAY'58 RD
RECD LD

AUG 22 1958

29 Oct '62 SS ■

41 1962

4-1 IRVINE
INTERLIBRARY LOAN
FEB 24 1971

JUL 25

LD 21-100m-8-'84

U.C. BERKELEY LIBRARIES



CO38946353

F3276
.T8

Trethor
208493